

Escándalos de
Londres Libro 2

A woman with red hair styled in an updo stands in a grand, ornate room. She is wearing a teal and green patterned dress with a large brown bow at the waist and white gloves. She is looking out of a large window. The room features ornate furniture, including a blue tufted sofa and a large mirror.

El Ascenso
de Lady
Dalton

CARRIE LOMAX

El Ascenso de Lady Dalton

ESCÁNDALOS DE LONDRES

LIBRO DOS

CARRIE LOMAX

Derechos de autor

Derechos de autor © 2019 por Carrie Lomax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro.

Este libro o partes del mismo no pueden ser reproducidos en ninguna forma, almacenados en ningún sistema de recuperación, o transmitidos de ninguna forma por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o de otra manera— sin el permiso previo por escrito de la autora, excepto según lo establecido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esto incluye una prohibición sobre el uso de este libro en el entrenamiento de cualquier base de datos de Modelos de Lenguaje Grande o su uso de cualquier otra manera en cualquier programa de inteligencia artificial sin el permiso expreso por escrito de la autora. Ninguna plataforma tiene el derecho de sublicenciar a otros para reproducir y/o usar de otra manera esta obra de cualquier forma con el propósito de entrenar tecnologías de inteligencia artificial para generar texto sin el permiso específico y expreso de la autora.

Para permisos, contactar a: info@carrielomax.com.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación de la autora o utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Portada por Dark Petals Creations.

Índice

[Sobre la serie Escándalos de Londres](#)
[Londres, diciembre de 1822](#)

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)
[Agradecimientos](#)
[Sobre la autora](#)
[Libros de Carrie Lomax](#)

Sobre la serie Escándalos de Londres

La serie Escándalos de Londres son novelas independientes interrelacionadas con un final feliz garantizado. Sumérgete en las románticas historias que escandalizan la alta sociedad londinense.

El Señor Indómito: Un heredero reluciente al borde de la locura. La búsqueda desesperada de una mujer por salvarlo. Un amor que no se rinde...

El Ascenso en Lady Dalton: El inesperado matrimonio de su hermana con un conde le ofrece a Viola una vida de lujo inimaginable, con poco espacio para el amor. Cuando recae sobre ella la sospecha de una serie de robos de joyas, no tiene más remedio que recurrir a un apuesto vizconde en busca de ayuda. Pero, ¿sus secretos bien guardados destruirán su oportunidad de amor?

El Señor Perdido: Es el heredero de nada, señor de nadie. Despojado de su herencia cuando su hermano, dado por perdido, "milagrosamente" regresó a Inglaterra, ha sido exiliado a América desde un trágico accidente. Ahora tiene un plan para recuperar su antigua gloria seduciendo a una joven adinerada y protegida. Pero cuando ella descubre su trama, se ve obligado a enfrentar sus verdaderos sentimientos por la mujer que ama.

El Corazón Robado del Duque: Una ladrona astuta se encuentra con su igual en un duque rígido y desconfiado. Él quiere que ella robe una querida reliquia familiar. En su lugar, ella le roba el corazón.

Londres, diciembre de 1822

Uno

VIOLA

LA SEÑORA VIOLA CARTWRIGHT acarició un trozo de lino estampado y suspiró. La fina tela se deslizaba bajo su mano enguantada con la suavidad de la seda. Si tan solo la modista no le hubiera pedido que mantuviera sus guantes puestos, Viola se habría quitado uno —discretamente— para disfrutar de la textura de un material que había estado fuera de su alcance hasta hacía unos meses. Antes de eso, si hubiera intentado tocar una tela delicada y costosa, la modista probablemente le habría apartado la mano de un manotazo en lugar de recordarle gentilmente que no manchara la mercancía.

Absorta en hacer sus selecciones, Viola sintió una presencia a su espalda antes de que un toque ligero como un susurro rozara el escaso centímetro de piel expuesta entre su manga y el borde de sus finos guantes de algodón. Viola se sobresaltó.

—Oh, eres tú —suspiró, mirando por encima de su hombro. De repente, la habitación se volvió más cálida. Los cordones del corsé de Viola se apretaron misteriosamente, amenazando con cortar la respiración.

Lord Dalton tenía ese efecto en ella. Probablemente, tenía ese efecto en muchas mujeres. Viola deseaba ávidamente poder conservar para sí misma la mirada que le hacía hervir la sangre de aquel hombre. Imaginaba que la mitad de las mujeres de Londres sentían lo mismo.

A finales del verano pasado, había llegado a la puerta de su abuela con poco más que la ropa que llevaba puesta, su hijo de ocho años y su hermana menor enamorada. En pocas semanas, Harper se había casado con Edward Northcote, el heredero del conde de Briarcliff, para sorpresa de casi todos. La primera boda de la pareja había sido un fiasco exagerado, seguido rápidamente por un incendio que había reducido a cenizas la residencia de los Briarcliff en la ciudad. Se rumoreaba que Richard, el hermano menor de Edward, había provocado el incendio en el que el anterior conde se había desplomado y muerto.

Harper y Edward permanecían en el campo, adaptándose a sus nuevas vidas. Pero Viola había decidido regresar a Londres durante la mayor parte de diciembre. Después de pasar quince años en una granja cerca de Upper Cotwarren, un pueblo en el norte de Inglaterra, se había adaptado a la vida en la ciudad con un entusiasmo que su hermana y su nuevo cuñado no compartían.

—No quería asustarte —murmuró Dalton, con su mano flotando cerca de la de ella. Habían pasado meses desde su último encuentro. ¿Qué estaba haciendo aquí, en una tienda de modista?

La respuesta estaba detrás de él, una niña pequeña con un vestido de lana azul. Un montón de ropa de abrigo desbordaba los brazos de la niña mientras luchaba por contener una capa de

terciopelo y un gorro de lana. Debía ser la hija de Dalton, Emily, de cuatro años.

—Aquí tienes, papá.

Dejó caer el montón a los pies de su padre. Dalton aceptó el bulto de tela húmeda. Emily se alejó corriendo, guiada por una costurera, para mirar dibujos de ropa infantil.

—Ha crecido cinco centímetros desde su cumpleaños. Ya no le queda nada —se quejó Dalton con orgullo afectuoso.

—Conozco esa sensación. Matthew ha dejado pequeños dos pares de zapatos desde el verano pasado. —Sin mencionar que el primer par le quedaba dolorosamente apretado para empezar. Hace cinco meses, Viola había perdido su hogar en Upper Cotwarren, en el norte de Inglaterra. Los zapatos demasiado apretados no habían sido su principal preocupación. Sin dinero y sin hogar, Viola y Matthew se habían visto obligados a viajar a Londres con su hermana, Harper, para encontrar a su abuela perdida hace tiempo, la baronesa Landor. El torbellino del matrimonio de su hermana con el heredero del conde de Briarcliff aún hacía que a Viola le diera vueltas la cabeza cuando intentaba pensar en todos los cambios que su familia había soportado en tan poco tiempo.

—¿Ah, sí? —Una lenta sonrisa se extendió por los labios sensuales de Dalton. Oh, el hombre era guapo. Su corazón se aceleró ante la idea de que ella, la humilde Viola Cartwright, de soltera Forsythe, atrajera a un joven galán como Dalton. La diferencia de cuatro años entre ellos tampoco jugaba a su favor.

—Sí. Se va al colegio en enero. —Lo que la dejaría completamente sola. Viola alejó ese pensamiento como si fuera una telaraña—. Estoy aquí para encargarme de su uniforme escolar.

—¿Eton? —preguntó Dalton distraídamente mientras cambiaba el bulto de ropa de su hija de un brazo a otro. Una segunda costurera apareció para liberarlo de la carga. Viola reflexionó que la tienda estaba bien atendida, un lujo que nunca había experimentado hasta hacía unos meses. Era mejor que la modista quisiera que se dejara los guantes puestos. Las manos agrietadas y cicatrizadas de Viola eran tan inadecuadas para la buena sociedad como para las telas finas.

—Bainbridge —respondió Viola. Era el competidor más cercano a Eton. Solo la notoriedad de su nuevo cuñado había asegurado un lugar para Matthew. El estatus recién adquirido de su hermana como condesa había traído consigo ventajas inimaginables. Viola estaba decidida a disfrutar de cada una de ellas.

La mirada oscura de Dalton, como azúcar moreno caramelizado sobre una llama, se dirigió hacia ella con una intensidad que hizo que la sangre de Viola palpitara. Si pudiera embotellar esa mirada y venderla, sería una mujer rica por derecho propio, en lugar de una pobre dependiente. Lamentablemente, sin embargo, Dalton era un lujo que Viola no podía permitirse.

Nada le impedía mirar, sin embargo. Con sus oscuros mechones rizándose alrededor de sus orejas y sienes, y la severidad de sus pómulos compensada por el atisbo de una sonrisa sardónica que jugaba perpetuamente en las comisuras de su boca sensual, a menudo se sorprendía mirando fijamente a Dalton. De hecho, así había sido como se habían conocido inicialmente el otoño pasado. Su atrevido escrutinio había llevado a su impertinente presentación, y ahora... ¿qué?

Estaba mirando de nuevo. Dalton se lo permitió, con humor jugando en sus labios mientras su mirada se encontraba con la de ella y se deslizaba. Un calor embarazoso inundó a Viola.

—Una institución digna —fue todo lo que dijo, refiriéndose al colegio—. Será mejor que vaya a ver a Emily.

—Parece fascinada. —Viola miró al otro lado de la habitación donde la costurera le había dado una muñeca con ropa en miniatura para vestir. Una tristeza nostálgica la atravesó—. Mi primogénita fue una niña. Ahora tendría doce años.

Si hubiera vivido.

Inmediatamente, Viola se quedó paralizada. *Nunca* hablaba de la niña que había dado a luz a los diecisiete años, que había muerto antes de cumplir su primer año. Era una confesión que Viola podía hacer sin pensar solo a Dalton, y precisamente lo que lo hacía tan peligroso para su paz mental. Con su austeridad sacerdotal y su mirada traviesa y burlona, el hombre tentaba a Viola a hablar abiertamente cuando debería cuidar su lengua.

—¿Alguna vez piensas en ella como si hubiera vivido? —preguntó Dalton.

—Por supuesto. ¿Tú no piensas en ellos? —preguntó Viola suavemente mientras su vergüenza se disipaba lentamente. Deseaba que el hombre no tuviera ese efecto liberador en sus labios. Su confianza era difícil de ganar. Aunque Dalton se había mostrado digno de su confianza el otoño pasado, no lo conocía lo suficiente como para soltar detalles personales sobre su vida como acababa de hacer. Sus mejillas se encendieron. Debería concluir sus asuntos y huir al frío aire de diciembre de las calles de Londres antes de avergonzarse aún más.

Pero él había perdido a toda su familia cuando era niño. Luego, su primera esposa, la madre de Emily, había muerto antes de que su hija cumpliera un año. Dalton conocía la pérdida. Peor aún, la mayoría de Londres miraba a Dalton con cierto grado de superstición, porque casi todos los que amaba morían. Nadie quería ser el siguiente.

—Nunca —respondió Dalton con serenidad, sin inmutarse por su falta de etiqueta en medio de una tienda bulliciosa. Quizás el hombre disfrutaba de su compañía porque Viola nunca había desarrollado el hábito de bailar alrededor de asuntos delicados, pensó Viola. Dalton parecía encontrar su compañía refrescante.

—Pienso en ellos como congelados en el tiempo. Por siempre con seis, ocho, once y diecisiete años. Mis padres nunca envejecen. Mi difunta esposa, sin embargo... —se interrumpió mientras contemplaba a su hija—. No es exactamente lo mismo. Puedo imaginar momentos en los que ella está viva a mi lado, porque Emily se parece mucho a ella.

El corazón de Viola se retorció como un trapo empapado.

—Emily es una niña encantadora. Muy vivaz y cautivadora —ofreció Viola apresuradamente, mirando a la pequeña que estaba encantando a la costurera para que le diera un pastelito de té—. Apuesto a que está disfrutando del día contigo. ¿Normalmente viene aquí con su institutriz?

—Por supuesto. Pero la señorita Templeton se siente indispuesta, así que hoy me he tomado un interés personal.

Dalton se volvió hacia ella con una mirada penetrante. Viola sintió que su mirada recorría su cuerpo de arriba abajo, admirándola, tal como ella lo había hecho con él un momento antes. El impulso de huir, que siempre venía justo después de una conversación privada con Dalton, por inocua que fuera, corrió por sus venas.

Piers Ranleigh, sexto vizconde de Dalton, era un lujo que nunca podría permitirse disfrutar.

A pesar de esto, él la tentaba por encima de todas las demás delicias. Viola renunciaría a la seda y el satén por metros, a las finas sábanas de lino, a bailar con música exquisita, a las noches en la ópera, incluso al placer de saquear la extensa colección de libros de su abuela.

Se detuvo. *Quizás no a la biblioteca.* Una debe tener algunos estándares, después de todo. Especialmente en lo que respecta al sexo masculino. Tener expectativas ingenuas era, después de todo, cómo se había convertido en la señora Cartwright.

—¿Asistirás, por casualidad, al baile de los Townsend mañana por la noche? —preguntó Dalton, sacando a Viola de su ensimismamiento.

—Puede que sí. Puede que no —Viola esbozó una sonrisa. No necesitaba evitar toda

interacción coqueta con el hombre, solo el tipo que la tentaba a besos... y más—. Depende de si mis vestidos pueden estar listos a tiempo. Lo cual es mi segundo propósito al venir aquí hoy.

Como si la hubiera conjurado, la modista apareció para hacerle señas de que entrara en la trastienda.

Dalton le dedicó una sonrisa devastadora a medias. Un hoyuelo apareció en la suave extensión de su mejilla bajo el pómulos afilado y sobre la fuerte línea de su mandíbula. Viola parpadeó ante la efímera aparición de esa pequeña hendidura. Si lo había visto sonreír completamente antes, había sido demasiado breve y superficial para que esa marca caprichosa hiciera su aparición.

—Entonces, puede que te vea o no allí —respondió con una ligera reverencia—. Pero si tuviera tanta fortuna...

Hizo una pausa.

—¿Sí, milord? —le instó ella.

—Usa el terciopelo carmesí.

Dalton giró sobre sus talones y se movió para atender a su hija.

Viola se quedó boquiabierta mirándolo, su mente dando vueltas de anhelo. *No es para ti*, se recordó a sí misma, agradecida de volver su atención a placeres más accesibles.

Das

PIERS

HA VUELTO. Piers no podía recordar haber experimentado jamás una alegría tan despreocupada. No es que nunca se sintiera feliz; al contrario. Emily le brindaba una gran alegría cada día. Sin embargo, cada vez que Viola estaba cerca, su pecho se expandía hasta que pensaba que los botones de su chaleco iban a estallar. El mundo era un lugar más cálido y brillante con Viola cerca para bromear.

Piers tenía toda la intención de conquistar su corazón.

Después del incendio en la residencia de los Briarcliff hace dos meses, la familia Northcote se había retirado al campo por el resto de la temporada, en parte para evitar el exceso de escrutinio mientras Edward se adaptaba a su papel como nuevo conde. El cuñado de Viola estaba poco inclinado a seguir las convenciones en las mejores circunstancias. ¿Quién podría culparlo, después de la desastrosa manera en que se había perdido en el extranjero y había sido repatriado a la fuerza?

La mayor parte de Londres, al parecer.

No había ayudado que el conde anterior hubiera muerto de un shock relacionado con el incendio. Tampoco había ayudado una fuga fallida entre la nueva condesa, antes Harper Forsythe —la hermana de Viola—. El desastre seguía siendo el tema principal de los chismes de la sociedad semanas después. Si hubiera estado pensando y no solo añorando, Piers le habría preguntado a Viola si estaba en la ciudad para mitigar el desastre o simplemente porque lo echaba de menos.

¿Era arrogante? Absolutamente.

—Papá, ¿puedo tomar un pastel?

Unos ojos oscuros y grandes lo miraban desde una altura poco menor a su cintura. Los rizos castaños se balanceaban sobre los hombros de su hija. Los bucles eran la contribución de su difunta esposa. Piers se sacudió su distracción.

—Te prometí uno, mi bolita de masa dulce, y lo tendrás —Piers capturó la pequeña mano de su hija en la suya. Cálida y ligeramente pegajosa, ella tiró e intentó adelantarse saltando hacia la tienda de té, inmune al frío y con sus guantes metidos en los bolsillos de su capa. Los niños no eran especialmente bienvenidos en las tiendas elegantes, pero el propietario le permitió llevar a Emily al mostrador y seleccionar un dulce. Los vizcondes eran clientes valiosos. Piers no estaba por encima de usar su título para hacer feliz a su hija.

Era prácticamente el único uso que le daba. Aun así, uno no daba por sentada una herencia como la suya.

Algún día, tendría que volver a casarse. Piers se negaba a ser el único Ranleigh que no produjera un heredero. Todo lo que le quedaba en cuanto a familia era Emily, la capacidad de transmitir su nombre y una hermana dañada cuyos pulmones nunca sanarían. Gwendolyn moriría soltera. No podría soportar los rigores del embarazo y el parto. Él nunca le permitiría arriesgar su vida.

—¿Puedo tener un vestido azul para mi muñeca? —preguntó Emily entre bocados de un pastel de natillas. Esta era una de las varias demandas con las que lo había bombardeado desde que salieron de la tienda, pero debía querer especialmente este juguete porque estaba usando sus modales más bonitos.

—Por supuesto, cariño.

La señorita Townsend, bendita sea su alma estirada, iba a matarlo por consentir a Emily cuando regresaran a casa. Su niñera poseía todo el encanto de un alfiletero. Para ser justos, él había buscado lo opuesto a la tentación cuando Emilia, la primera Lady Dalton, falleció unos meses antes del primer cumpleaños de Emily. Pero si hubiera sabido que seguirían rozándose tan torpemente casi cuatro años después, Piers podría haber seleccionado una candidata con habilidades de conversación más allá de *por favor, señor y sí, señor*.

Piers limpió una mancha de mermelada de las redondas mejillas de Emily. No importaba la institutriz de la niña. Viola era la mujer perfecta para convertirse en la próxima vizcondesa Dalton. Todo lo que Piers tenía que hacer era ganar el corazón de la señora Cartwright sin perder el suyo. Simple, realmente. Ella era un alma alegre y práctica. Viola entendería los beneficios de una unión para ella y para el joven Matthew, y él podría deleitarse en su presencia mientras ambos caminaran por la tierra. Lo cual, según su experiencia, probablemente sería mucho más corto de lo que preferiría. Terminada su golosina, ayudó a su hija a ponerse de nuevo su ropa de invierno y llevó a Emily al carruaje que esperaba cerca.

Lágrimas para Piers. Chico de la fiebre. No te acerques, te contagiarás su maldición, yacerás en un ataúd tirado por el coche fúnebre.

Los recuerdos de los cánticos burlescos y sin sentido hicieron que tropezara con un adoquín y se tambaleara hacia adelante. Incluso ahora, media vida después, esas burlas infantiles podían atravesarlo con una crueldad salvaje.

Esos hombres habían crecido para convertirse en sus pares, literalmente. Muchos de los chicos que lo habían torturado en la escuela ahora eran, supuestamente, sus amigos. Sin embargo, Piers confiaba en el grupo de aristócratas más estimados de Londres tanto como en el carterista promedio de la calle. Baja la guardia y cualquiera de los dos es capaz de apuñalarte entre las costillas. Compadecía a Viola, tratando de navegar por este nido de víboras de intrigas sociales y obligaciones oscuras. Maldita sea si podía entender cómo disfrutaba tanto de Londres. Pero lo hacía.

—¡Te atraparé, papá! —chilló Emily. En su lugar, saltó sobre su brazo y balanceó sus pies hacia arriba. Piers evitó por poco chocar con un empleado que pasaba y que le lanzó una mirada furiosa.

—No ayudas, señorita Emily —la reprendió suavemente.

—Soy Lady Emily, papá. La señorita Townsend lo dice. Todavía tengo hambre. ¿Puedo tomar otro pastel?

—Se dice "¿puedo tomar otro pastel, por favor?", querida, y la respuesta es no. Vamos. Sube al carruaje —Piers alzó a su pequeña e inquieta compañera al asiento y le arropó las piernas con una manta. Pero para cuando el cochero puso los caballos en movimiento, ella ya la había pateado para arrodillarse en el asiento y mirar por la ventana.

—¿Vamos al museo?

Piers se preguntó cómo soportaba la señorita Townsend el asalto diario de charla infantil. Hace aproximadamente un año, su hija había prácticamente erupcionado en un volcán continuo de palabras. El único momento en que Emily estaba callada era cuando dormía. De lo contrario, era una fuente de demandas alternativas, quejas y preguntas no del todo formadas sobre el fascinante mundo que se había propuesto descubrir.

—Hoy no, querida. Papá va a salir esta noche —Le había prometido a Emily un viaje al Museo Británico, pero aún no había encontrado el momento. A los cuatro años, todavía era un poco joven para estar en público.

—Nooo. Quiero que me lleves a la cama —Su brillante labio inferior sobresalía obstinadamente.

Piers no trató de ocultar su sonrisa. Siempre que la señorita Townsend tenía su tarde libre, le leía un cuento a su hija y a menudo se quedaba dormido en el proceso. La inquieta Emily le gustaba patearlo en las costillas hasta que se despertaba en la oscuridad, confundido y completamente vestido. —Te daré un beso antes de irme, cariño, como siempre hago.

—Si me compras un vestido azul también, mi muñeca y yo podemos ir contigo. Todas bailamos —Emily aplaudió con sus manitas. Había una mancha de mermelada en su mitón. El carruaje pasó por un bache pronunciado, y ella casi se cayó del asiento. Piers atrapó a su hija con facilidad y la acomodó a su lado. Sería un largo viaje de vuelta al alojamiento de Dalton en la ciudad.

—Tendrás tu turno a su debido tiempo, Emily. Ahora, siéntate a mi lado mientras te cuento una historia.

—¿Es sobre una princesa?

—¿Quieres que lo sea? —preguntó él, estrujándose el cerebro para inventar un semblante de historia.

—Sí. O un hada.

—¿Qué tal una princesa hada? —ofreció.

—¡Sí! —gritó Emily. Piers se llevó un dedo a los labios, y ella se calló por un momento.

—Érase una vez, una hermosa princesa hada que fue desterrada de su reino y condenada a vagar por el universo mortal —comenzó. La curva de las oscuras pestañas de Emily descansó contra su pálida y redonda mejilla por un largo momento.

—¿Es como la mujer con la que hablaste? —Emily puntuó su pregunta con un gran bostezo.

—¿Quién? —preguntó Piers, aunque sabía la respuesta. Viola. La señora Cartwright.

—La mujer que tocaba la tela con los guantes puestos.

—Exactamente como ella, cariño. De hecho —se inclinó y susurró teatralmente—, creo que podría haber sido ella.

Los ojos de Emily se abrieron de par en par. Piers suspiró. Era demasiado esperar que pudiera dormir una siesta, ¿verdad?

—¿Por qué se fue? —preguntó su hija con otro bostezo. Logró darle un rodillazo en las costillas. Piers gruñó. Su hija tenía un par de piernas del demonio. La idea del potencial de problemas en unos quince años no lo reconfortaba. Otro punto decidido a favor de Viola: ella sabría cómo guiar a una joven obstinada a través del desafío que era la presentación en sociedad de una chica. El mero pensamiento de una velada en Almack's le provocó un escalofrío que recorrió todo el cuerpo de Piers.

—La dama había sido maldecida con un hechizo por un mago malvado —dijo después de una pausa.

—¿Cómo se llamaba?

—¿El mago? —preguntó. ¿Cuánto tardaría Emily en dormirse? Ya debían estar a mitad de camino a casa.

—La princesa.

—Viola.

Emily asintió, satisfecha.

—El mago malvado maldijo a Viola, la princesa hada, porque quería casarse con ella y arrebatarle su reino —Piers creyó detectar un suave ronquido. Continuó hablando, esperando que el ritmo de su voz la arrullara—. La princesa se marchó y juró que nunca volvería a su reino hasta que el mago malvado la liberara de la maldición. Durante años, vagó sola. Un hombre humano se enamoró de Viola y juró luchar contra el mago. La princesa le dio un mechón de su cabello para que tuviera buena suerte...

Se detuvo, pensando que tal vez ella habría cerrado los ojos. Pero no.

—¿Lo venció? ¿Al mago?

Todavía despierta. Emily se movió, clavándole una rodilla huesuda en el costado en el proceso.

—El mechón de cabello poseía poderes mágicos —después de todo, la dama era un hada— que el hombre usó para disfrazarse del mago malvado. Robó el bastón del mago y le ordenó que levantara la maldición. Pero el mago era astuto. La maldición solo podía romperse con el beso del verdadero amor...

La respiración de Emily se ralentizó bajo su mano. Por fin dormida. Piers soltó un suspiro de satisfacción.

El carruaje se detuvo.

La puerta se abrió, dejando entrar aire frío. Benjamin, el lacayo, tenía una expresión avergonzada. —Lo siento, señor. Hemos llegado, cuando esté listo —Cerró la puerta.

—¿El hombre la besó? —Emily se quitó la manta de las piernas y se retorció hasta el suelo.

—Tendremos que esperar al próximo viaje para averiguarlo, ¿no es así? —preguntó, indicando a su sirviente que los dejara salir.

—¿Al museo? —exigió. Piers, agotado por la energía excesiva de su descendencia y la incesante fuente de preguntas, simplemente asintió. Emily saltó fuera, charlando con Benjamin mientras la llevaba a donde el ama de llaves esperaba su llegada en el escalón.

—Pronto, pequeña —Se volvió hacia la señorita Townsend, la poco agraciada pero absolutamente paciente joven a la que pagaba para cuidar de su más amada.

—Veo que no durmió la siesta —La institutriz entrecerró los ojos mirándolo.

—Sí, señorita Townsend, sus servicios aún son requeridos esta tarde. Confío en que su dolor de cabeza haya mejorado —entonó Piers con su mejor tono autoritario. Mujer tediosa, aunque apreciaba su protección, incluso cuando estaba mal dirigida hacia él.

Tres
VIOLA

VIOLA ABRIÓ de par en par las puertas de la casa vacía ubicada en el número 24 de Hamilton Mews. El aire frío se arremolinó en el edificio de piedra caliza, hinchando sus faldas hacia adelante y presionándolas contra sus pantorrillas.

Las medias abrigadas eran *todo* un lujo en el clima frío. ¿Durante cuántos años en Upper Cotwarren se había conformado con medias remendadas y delgadas que irritaban los sabañones que le brotaban en las manos y piernas cada invierno? Viola juró que nunca permitiría que eso volviera a suceder. Matthew recibiría educación, encontraría un oficio apropiado y viviría cómodamente mientras ella vivía aquí, con su hermana cuando Harper y Edward estuvieran en residencia y sola cuando no lo estuvieran.

—¿Hay alguien aquí? —llamó Viola. Solo el eco de su propia voz respondió. Los trabajadores habían terminado en su mayoría de reparar el yeso, pulir los pisos de madera e instalar nuevas ventanas. El reconfortante olor a aceite de madera y cera de abejas impregnaba las frías habitaciones. No se habían encendido fuegos en anticipación a su llegada, pues aún no había sirvientes. Viola tenía mucho que hacer antes de que su hermana y su cuñado regresaran a la ciudad en primavera.

Entró en el vestíbulo y cerró las puertas tras ella. Sin el frío viento de diciembre para animar la casa, solo sus pasos rompían el silencio.

Seleccionar el mobiliario había sido un proceso relativamente sencillo. Durante los dos meses que había pasado en el campo ayudando a Harper a aclimatarse a su nuevo papel como condesa, Viola se había hecho útil solicitando muestras de madera y catálogos impresos de las carpinterías más establecidas. Consultar con su hermana había sido sencillo.

—Me gustan estos —había dicho Harper, rodeando con un círculo los números de página de los estilos que le gustaban.

Edward había sido igualmente fácil de complacer, aunque solo porque era completamente indiferente a consideraciones como el mobiliario.

—Lo que mi esposa quiera. Tienes un lado frugal, Viola. Confío en que manejarás los pedidos sin que te estafen —Edward había hecho una mueca—. Ciertamente, más de lo que confiaría en mí mismo. Todo esto es nuevo para mí. Estoy hasta el cuello tratando de lidiar con las cuentas de Briarcliff y resolver problemas derivados de la casa incendiada.

Considerando la altura del conde, eso era acumular problemas muy altos, sin duda.

Viola había hecho pedidos de muebles neoclásicos a George Smith, en caoba con damasco de seda azul, crema y dorado y adornos de trencilla dorada. Se entregarían después de año nuevo, lo

que significaba que Viola tenía hasta Navidad para terminar de instalar los revestimientos de las paredes y seleccionar las alfombras. Luego estaban las cortinas, la platería, la ropa de cama y demás. El ama de llaves de Briarcliff le había dado a Viola una lista de proveedores e instrucciones y se había ofrecido a aconsejarla sobre cualquier decisión que hubiera que tomar. Sin embargo, por muy generoso que fuera el bolsillo del conde, la tarea seguía siendo abrumadora.

Viola se recogió las faldas y subió pesadamente por la gran escalera. Cuando llegó al primer rellano, ya tenía demasiado calor como para llevar la capa, pero no había donde colgarla, así que se la dejó puesta.

Las salas públicas en el piso del salón eran espaciosas con amplias ventanas que dejaban entrar mucha luz. O lo habrían hecho, de no haber estado cubiertas con grueso papel pergamino. Viola despegó el borde para dejar entrar la menguante luz del atardecer. Motas de polvo se arremolinaban en los débiles rayos. Su primera tarea sería hacer que limpiaran a fondo el lugar y que entregaran carbón.

Viola juntó sus guantes de suave piel de cordero y se dirigió escaleras arriba hacia los dormitorios. Pasó de largo la gran suite donde Edward y Harper dormirían cuando estuvieran en residencia. O lo que fuera que eligieran hacer allí. No era asunto suyo. Al final del pasillo había dos habitaciones adecuadas para niños o invitados. Al final, con vistas al patio trasero con su peral sin hojas, estaba su habitación.

Mi nueva vida comienza cuando me mude aquí, pensó Viola con inmensa satisfacción. Por mucho que adorara a su abuela, poner unas cuantas manzanas de distancia entre ellas le daría la libertad que Viola ansiaba. A pesar de la cálida relación que se había desarrollado entre ellas, la fricción constante por la exigencia de la baronesa de que se casara tenía una manera de surgir en momentos inconvenientes. También estaba la ocasional desaprobación mordaz de las amigas de su abuela. Lady Gracie, en particular, seguía profundamente ofendida por la elevación de Harper a condesa, y le gustaba recordarle a Viola su indignidad a través de cumplidos malintencionados y mezquinos. Esta era la parte chismosa y cerrada de la sociedad de la ciudad que Viola prefería fingir que no existía.

Viola apartó el pensamiento. Lady Gracie era un problema para más adelante, después de que su trabajo aquí estuviera terminado. Mientras tanto, había cierto almirante cuyo afecto no deseado debía ser rechazado gentilmente. Lo último que necesitaba en Londres era un enemigo.

El futuro que apenas se había atrevido a soñar estaba tan cerca que podía sentir la libertad pulsando a su alrededor. Era el zumbido de una ciudad que ofrecía innumerables delicias para una mujer curiosa con medios y tiempo libre. En su núcleo estaba el derecho de Viola a bailar al son de su propia elección. La única forma en que alguna vez estaría atada a otro ser humano sería por amor, no por obligación, pues ya había soportado demasiado de eso en su joven vida.



PIERS

La familia Northcote no había salido mucho en público desde la muerte del difunto conde de Briarcliff. Por lo tanto, la visión de un vestido de terciopelo verde oscuro con adornos de marfil profundo en el dobladillo sacó a Piers de su conversación con su viejo conocido, el marqués de Evendaw.

Ranleigh, el huérfano de la fiebre escarlata. Piers alejó el recuerdo de Evendaw cantando

apodos insultantes. Como si él hubiera sido el responsable. La superstición lo había seguido durante años, hasta que se casó con Emilia. Sin embargo, después de que ella muriera, la mancha en el nombre Ranleigh y la marca sobre la Casa de Dalton se volvieron permanentes. Estaba marcado.

Esta noche, sin embargo, nada de eso importaba. Viola no llevaba el vestido que él había solicitado audazmente, pero aun así se preguntaba: ¿había venido por él? Piers sufría con la posibilidad. La señora Cartwright, cuyo nombre plebeyo apenas se ajustaba a su elegancia natural, inclinó la barbilla para escuchar a su acompañante. Su mirada pasó por encima de la suya, luego volvió, encontrándose con la de él por un momento antes de descartarlo con una sonrisa presumida curvando sus labios hacia arriba en la esquina.

Fue un valiente intento de fingir desinterés, y él la saludó mentalmente. Sin embargo, había sentido la chispa de conciencia a través del salón de baile. Apostaría a que la señora Cartwright también la había sentido.

—Dalton, ¿escuchó mi oferta de la mano de mi hermana?

—Sí —tosió—, me siento honrado.

A decir verdad, apenas había escuchado las palabras de Evendaw después de ver a Viola. Una fría oleada de comprensión desvió su atención de la visión en terciopelo verde esmeralda.

La oferta de Evendaw no era un acontecimiento bienvenido. Rechazar una propuesta para iniciar negociaciones matrimoniales con el marqués era imprudente, ya que el hombre disfrutaba usando su cuidadosamente cultivada influencia política para obtener favores. En realidad, Piers consideraba al hombre un pomposo imbécil, aunque como rara vez se le pedía su opinión, generalmente se la guardaba para sí mismo. Evendaw frunció el ceño, sus cejas de oro pálido se juntaron sobre el pico de su nariz. El color era un rasgo familiar. Lady Margaret era tan menuda como la querida y desgastada muñeca de Emily y casi igual de animada.

—Me gustaría concertar una reunión. Una reunión discreta. Mi hermana es, como he mencionado, muy tímida con los hombres.

Lo noble sería casarse con la pobre chica. Darle un título y un bebé o dos. Conseguir un heredero, con suerte. Piers ya lo había hecho una vez. Debería reconciliarse con la idea de hacerlo de nuevo. Había sabiduría en no apegarse demasiado a la familia. Solo preparaba a uno para la devastación cuando la muerte inevitablemente llegaba. A pesar de esta convicción, su atención volvió a dirigirse a la mujer en terciopelo verde oscuro con adornos de seda dorada, cuyas caderas se balanceaban suavemente mientras deambulaba por el perímetro de la pista de baile.

Ella también había conocido la muerte de seres queridos, pero Viola no dejaba que el pasado empañara su disfrute del presente.

—Quizás en otra ocasión —interrumpió Piers. Se lanzó a través de la sala, fijándose en la escasa extensión de piel visible entre los guantes de satén dorado de la señora Cartwright y el abombado de su manga.

—Señora Cartwright —dijo en un suspiro—. ¿Le gustaría bailar?

La dama se volvió para atravesarlo con sus ojos inquisitivos de color azul grisáceo.

—Disfruto mucho de un vals —ofreció vacilante. Para que no confundiera su reticencia con coquetería, la señora Cartwright abrió su abanico de golpe—. Por desgracia, temo que me estén observando en busca de cualquier indicio de impropiedad. Con usted, no me atrevo a correr el riesgo.

Viola hizo un gesto hacia el otro lado de la sala. Lady Gracie y la baronesa Landor los observaban desde la seguridad de la mesa de cartas en un nicho. Faltaban tres semanas para

Navidad, y la temporada londinense estaba decayendo, dejando la fiesta menos concurrida de lo que podría haber sido unas semanas antes. En primavera, una reunión equivalente probablemente sería un tumulto de gente y caballos en la calle.

—¿Le tienta a la impropiedad? —bromeó Piers, su voz ronroneando en una semblanza de coqueteo calculado. Tomó el abanico conmemorativo de papel que colgaba de la muñeca de Viola. Ella lo soltó sin resistencia. Piers entrecerró los ojos para leer los nombres escritos en las varillas. No estaba ni cerca de estar lleno. Había cuatro nombres.

—Almirante Saxon —leyó en voz alta—. Eso fue por la cuadrilla al principio de la velada.

—La abuela afirma que es un hombre encantador —comentó Viola con un atisbo de sonrisa en las comisuras de los labios.

—Siempre que no tengas nada que decir. Está sordo como una tapia.

—Bueno, yo estaba concentrada en la música —respondió Viola—. Por mucho que lo disfrute, bailar es una habilidad recientemente adquirida para mí. Apenas puedo permitirme ser selectiva con las parejas si deseo dar una vuelta.

La señora Cartwright a menudo parecía ser la única mujer en Londres que apreciaba las reuniones sociales. Desde el momento en que la vio por primera vez a ella y a su cautelosa hermana al borde del salón de baile de los Woolryte el pasado septiembre, se había sentido atraído por ella como un imán al hierro.

—Una mujer sabia escribió una vez: "Todo salvaje puede bailar". ¿*De dónde había surgido ese comentario mordaz?*

La mirada sorprendida de Viola se dirigió hacia él.

—Jane Austen. El siempre desaprobador señor Darcy. Supongo que tiene razón. Lo que me falta en delicadeza, lo compenso con entusiasmo.

No había tenido la intención de insultarla. Más bien, el tosco almirante había sido su objetivo. No era de extrañar que la alta sociedad londinense llamara a Piers cáustico y taciturno, o algo peor.

—Dalton —retumbó una voz masculina áspera detrás de él con una jovialidad poco convincente. La irritación de Evendaw hizo que la espalda de Piers se tensara como si le hubieran golpeado. El marqués, que en ese momento era solo un conde, usaba ese tono cuando estaban juntos en la escuela. Aunque su capacidad para hacer que Piers se sintiera más bajo que un gusano en el mantillo había disminuido, el eco de su desprecio tiraba de una cuerda invisible de reacción en su cuerpo. La mirada azul claro de la señora Cartwright se posó en él, interrogante, antes de apartarse como una mariposa que se posa brevemente en una flor y luego desaparece.

—Mi hermana tiene un espacio libre en su tarjeta de baile —declaró Evendaw mientras daba una palmada con su enorme zarpa sobre el hombro de Piers—. Si está libre.

—No tengo ningún derecho sobre él —se ofreció la señora Cartwright antes de que Piers pudiera esconderse detrás de sus faldas de terciopelo.

Piers le lanzó una mirada penetrante, pero ella simplemente levantó la barbilla en señal de desafío. Preferiría quedarse aquí y batirse en duelo con palabras. Mejor aún, podrían abandonar este tedioso evento y batirse en duelo con sus lenguas y dientes en privado. Preferiblemente sin ropa.

—Estaría encantado de bailar con Lady Margaret, si la señora Cartwright me lo permite. ¿Quizás la próxima canción? —Si tenía que ser amable con Evendaw, al menos podía aprovechar su sacrificio para conseguir lo que quería.

—Si así lo desea —respondió Viola fríamente.

Oh, claro que lo deseaba. Desde el primer momento en que la conoció, Viola y sus malditos secretos lo habían cautivado. Se los arrancaría. Uno por uno, la haría suya.

Pero ahora, tomó entre sus brazos a la delicadamente proporcionada Lady Margaret. Aunque Piers hizo todo lo posible por mantener una distancia muy apropiada, la diminuta estatura de ella lo obligó a acercarse lo suficiente como para hablarle a su corona de cabello dorado adornada con perlas. Olía fuertemente a agua de rosas y bailaba con pasos minúsculos que hacían que Piers se sintiera tan grácil como cuando Emily había intentado trepar por su brazo más temprano ese día.

—Entiendo que esta es su primera temporada —ofreció después de unos momentos de silencio.

—Sí —respondió Lady Margaret, con la mirada fija en el botón superior de su chaleco.

—¿Está disfrutando? —intentó Piers de nuevo. Echó un vistazo a la mujer que hacía que su corazón se expandiera en su pecho. Viola, la señora Cartwright, charlaba amablemente con Evendaw, marcando el ritmo de la música con el pie como si no pudiera esperar para dar una vuelta.

Invítala a bailar, imbécil. Piers maldijo mentalmente al hombre que quería convertirse en su cuñado. Aunque no le gustaba la idea de que Viola bailara con el marqués, era preferible a ver al hombre ignorarla.

—Sí, mucho —llegó la respuesta tímida como un ratón de Lady Margaret a la pregunta que él había olvidado que había hecho un momento antes. Se tragó su frustración. La mujer que deseaba no era la que estaba en sus brazos. Pero lo estaría, una vez que descubriera cómo conquistarla.

Cuatro

VIOLA

A VECES, Viola se imaginaba que podía interpretar el significado oculto en la inclinación precisa de los hombros de Dalton o adivinar el significado de una repentina tensión en su mandíbula.

Se engañaba a sí misma. Viola no era más que una intrusa temporal en este mundo dorado de vestidos de baile confeccionados con exquisitas telas. Esa noche, mientras su doncella ajustaba su corsé, Viola tuvo la osadía de pasar la mano sobre la superficie suave como la nieve del vestido de terciopelo de seda verde esmeralda.

—Por favor, señora, si no le importa. Arrugará el acabado —dijo la doncella con timidez.

Viola soltó el terciopelo, y la mujer procedió a cepillar la tela hasta que brilló como una esmeralda de color verde profundo, borrando cualquier rastro de su intrusión. Caía pesadamente sobre su cuerpo. Incluso las telas pobres pesaban, pero esta era una sensación suntuosa de pura riqueza. Al igual que los guantes de satén suaves como la mantequilla que le llegaban hasta los codos, ocultando sus ásperas y cicatrizadas manos de campesina. Disfrazando su verdadera naturaleza entre estas personas bien vestidas que podían permitirse dar por sentado tal lujo.

Como Piers.

Lord Dalton, se reprendió a sí misma.

—Hacen una pareja perfectamente encantadora —refunfuñó el hombre a su lado. Llevaba varios minutos divagando, principalmente sobre la dificultad de encontrar una pareja adecuada para su hermana, la joven más bien insípida que tenía la fortuna de estar en los brazos de Dalton. Viola reprimió un arrebato de celos.

—Mm —respondió sin comprometerse, sintiendo el ritmo de la música y el agradable peso de su falda mientras la tela se movía al compás del golpeteo de su pie. Los últimos meses habían dejado poco tiempo para bailar. Había sido la segunda boda legal de su hermana Harper, que a pesar de ser una ceremonia discreta, había ocurrido demasiado pronto después de la muerte del difunto conde para ser apropiada. Su abuela le había informado que era aconsejable un cierto intervalo antes de regresar a Londres.

Viola había aguantado seis semanas en el campo. Había visto suficientes cielos abiertos y campos ondulados para toda una vida. Ella prosperaba con la actividad y las posibilidades de Londres. Intereses que antes eran breves pasajes en sus pocos libros ahora estaban a solo un corto viaje en carruaje.

—Margaret tiene un temperamento delicado. ¿Entiende lo que quiero decir, señora Cartwright? —preguntó Evendaw, atravesándola con la mirada.

—Por supuesto —Viola no tenía idea de lo que el hombre quería decir, pero su silencio

anterior la había marcado como confidente, aparentemente.

—Dalton tiene la clase de fuerza que puede proteger a una niña como Margaret. Si tan solo pudiera hacer que ella vea más allá de su historia familiar. El hombre ha tenido la suerte más condenable.

—¿Suerte? —lo incitó Viola. Se requería poco esfuerzo para mantener al hombre hablando. Una sola palabra bastaba.

—Perdió a toda su familia, excepto a su hermana, Gwendolyn.

Ah, sí, Dalton había mencionado una hermana una vez. Viola tenía la impresión de que Gwendolyn estaba enferma. Al parecer, nadie la había conocido. Ella sabía sobre la familia de Dalton, aunque los detalles eran borrosos. Lo que más desconcertaba a Viola era por qué la sociedad londinense rehuía a Dalton como si una sombra oscura pendiera sobre su cabeza dondequiera que fuera. Admitía que él favorecía la ropa de corte severo en colores austeros de negro, gris y blanco, pero muchos otros hombres también lo hacían. Además, le sentaba notablemente bien a su atractivo oscuro y melancólico.

—¿Puedo preguntar cómo? —inquirió ella.

Las cejas espesas de Evendaw se fruncieron tan profundamente sobre el puente de su nariz que se convirtieron en un solo organismo, como una oruga arrastrándose por su amplia frente. Una mujer que hubiera visto menos del mundo podría haberse acobardado. Viola no era esa mujer.

—Será mejor que le pregunte al propio Dalton —respondió Evendaw con los labios fruncidos.

Aparentemente, había ciertas líneas que no se podían cruzar. La discusión sobre un hombre que perdía a su familia era perfectamente aceptable, siempre que se hiciera en voz baja al borde de una pista de baile. Sin embargo, cualquier mención de la razón era sospechosa. Por todo lo que Evendaw le diría, Dalton podría haber matado a su familia él mismo. Probablemente no, considerando que estaba intentando casar a su hermana con el vizconde en cuestión, pero con estos tipos de Londres uno nunca sabía con certeza.

—Supongo que no simplemente los extravió un día —dijo ella después de un momento.

—No —respondió Evendaw de manera represiva.

Viola renunció a tratar de entablar conversación con el hombre. El vals se elevó, y unos compases antes del final, Dalton devolvió a Lady Margaret a su hermano. Su despedida no pareció provocar ni un ápice de consternación entre ellos.

—Gracias por el vals, Lady Margaret —dijo Piers, esbozando una reverencia.

—Es un placer —respondió ella con formalidad.

—¿Otro baile, verdad? —Evendaw aplaudió.

La joven palideció. Dalton compuso sus rasgos en una cuidadosa neutralidad, una expresión que Viola había llegado a reconocer como resentimiento bien disimulado.

—Me temo que Lord Dalton me ha prometido el siguiente baile —intervino ella, sorprendiendo a todos, incluso a sí misma.

—Bueno. Quizás en otra ocasión.

Evendaw hizo una reverencia rígida y se marchó con su hermana del brazo, siguiéndolo al trote.

—Ahora que lo has dicho, estás obligada a acompañarme en una vuelta por la pista —dijo Dalton en el momento en que el marqués y su hermana estuvieron fuera del alcance del oído.

—Bailar nunca es una obligación —Viola le sonrió.

Dalton le ofreció sus brazos, y Viola se adentró en su abrazo. Su tenue aroma a cuero y lino

almidonado le rozó la nariz justo antes de que su mano se aplanara sobre su espalda y se deslizara hasta su cintura, rozando la sensual tela, lo que a ella se le había negado la oportunidad de hacer.

—Especialmente cuando es contigo —susurró Dalton. Las palabras pronunciadas en voz baja por Dalton enviaron un escalofrío por la columna vertebral de Viola.

Sus cuerpos se empujaron una vez y luego encontraron el ritmo. Desde su llegada a Londres hacía varios meses en un intento desesperado por encontrar un lugar seguro después de haber perdido la pequeña granja para pagar las deudas de su marido, Viola había adorado la oportunidad de bailar. Hacerlo con Dalton era una escena sacada de un cuento de hadas. La parte superior de su cabeza llegaba a la punta de su nariz inclinada, dejándola observar su boca mientras bailaban. O, cuando se atrevía a levantar la mirada, a encontrarse con el ardor en sus ojos.

—¿Soy tan especial? —preguntó ella con una broma sin aliento. Viola quería ser especial para él.

—Es usted la mujer más extraordinaria que he conocido jamás, señora Cartwright —respondió Dalton como el estirado aristócrata que era. Viola sonrió ampliamente, al sentir que su paso se descompasaba por un solo instante.

—Un gran cumplido, sin duda —bromeó Viola, aunque mantenía el control más tenue sobre su propia reacción—. Uno no esperaría que una simple esposa de granjero cautivara a un vizconde. Quizás Lady Margaret sea una mejor perspectiva.

—Me subestimas si crees que me dejo encandilar tan fácilmente por una cara bonita. Y te subestimas a ti misma si piensas que eso es todo lo que tienes para ofrecer —dijo Dalton, acercándola un poco más de lo que era apropiado. Viola llenó sus pulmones con el aroma de él. Anhelaba hacer mucho más que coquetear. Una vez, lo había besado. Había sido apenas un roce de sus labios contra su mejilla, pero ese simple gesto había transmitido tantas emociones para ella.

Dalton, en ese momento, había sido un consuelo en su instante de miedo, anhelo, deseo y desesperación. Pero eso había sido cuando Viola y Harper enfrentaban un futuro realmente sombrío. Ahora, su futuro se veía francamente prometedor. Aunque no había escapado por completo de la insistencia de su abuela de que necesitaba encontrar un marido, el espectacular éxito matrimonial de Harper le había comprado tiempo.

Tiempo que necesitaba desesperadamente. Viola se había casado una vez por obligación, y había sido un desastre total. Su esposo, Samuel Cartwright, había intentado usar su conexión con la baronía Landor para extorsionar dinero de la familia que ella nunca había conocido. Viola juró no volver a casarse por razones prácticas.

—¿Eso significa que encuentra mi rostro razonablemente bonito, milord? —preguntó Viola mientras giraba con ligereza. Sus pesadas faldas presionaban las enaguas contra sus piernas. Sus zapatillas de baile de seda dorada destellaban y centelleaban bajo el dobladillo, demostrando sus rudimentarias habilidades de baile a cualquiera que quisiera criticar. Que lo hicieran. Lo peor que podrían decir de una mujer que se atrevía a bailar con uno de los caballeros más elegibles —aunque intimidante— de Londres no se podía comparar con nada de lo que ya habían dicho sobre su hermana, Harper.

—Te encuentro tan cautivadora como la luna lo es para el mar —Dalton la atrajo más cerca después del siguiente giro. Sus labios estaban a centímetros de encontrarse. Lo suficientemente cerca como para que un soplo de su aliento le rozara la mejilla como una suave caricia del dorso de sus nudillos. Íntimo. Adorador.

Ella se echó hacia atrás ligeramente.

Lo único que Viola no podía permitirse era ser un escándalo. A pesar del éxito matrimonial de Harper, su hermana ya había atraído suficiente de eso sobre la familia. El deber de Viola era presentar una cara tranquilizadora a la familia mientras estuviera en público y atraer el fuego de los críticos más feroces de Edward y Harper siendo absolutamente intachable.

—Es imprudente darle tanto poder sobre uno a otra persona —advirtió, mirándolo directamente a los ojos. Dalton la hizo girar de nuevo. Viola lo esperaba. No anticipó que él usaría la fuerza de su regreso para atraerla más cerca de lo que nadie consideraría apropiado.

En ese momento, Viola anhelaba ser cualquier cosa menos apropiada.

—¿Hablas por experiencia? —exigió Dalton.

—Así es —respondió ella, sin aliento. Viola presionó contra su firme agarre en la parte baja de su espalda, y después de un momento, Dalton cedió.

—Te escucharé decir esas palabras en otro contexto —susurró, una promesa. Una amenaza.

Viola se rio como si le hubiera contado un gran chiste. La gente cercana los miró de reojo.

—No, Dalton, no lo harás.

La música se hinchó y murió. Las notas finales de la canción habían sido tocadas. Viola esbozó una reverencia y dejó a su pareja allí de pie, cavilando y solo.

Cinco

PIERS

NECIO.

Piers se reprendió a sí mismo mientras luchaba por respirar tras la partida de la señora Cartwright, con la espalda rígida y las caderas balanceándose mientras lo dejaba cocerse en su propia arrogancia.

Idiota.

Se volvió a reprender cuando Viola aceptó el siguiente baile de un caballero mayor, uno que sería considerado adecuado en el mismo sentido estrecho en que Lady Margaret era adecuada para él. Con mechones grises en las sienes y un profundo surco grabado en el centro de su frente, el almirante era precisamente el tipo de hombre que una mujer en la incómoda posición social de la señora Cartwright debería considerar un buen partido.

El almirante Saxon estaría agradecido por una mujer con conexiones como las de Viola. Una mujer sin medios pero con fuertes relaciones con una baronía y un condado traía consigo activos sustanciales, aunque intangibles, que podrían impulsar al almirante a un estatus social significativamente más alto. Viola era lo suficientemente joven para tener hijos, aunque fuera mayor que Piers. Él sabía que eso le importaba a ella, aunque la diferencia de edad no le importaba a él. Tampoco era una debutante inocente que necesitara que la tranquilizaran sobre sus intenciones genuinas antes de aceptar siquiera un beso. De hecho, la dama lo había besado primero. Aunque eso había sido hace meses, cuando la nueva dama y el nuevo conde de Briarcliff habían estado escandalizando a todo Londres con su comportamiento poco convencional. Dalton no podía recordar la última vez que se había divertido tanto. Aún podía sentir el fantasma de ese beso en su mejilla cuando cerraba los ojos. Lo hizo ahora, deleitándose en el recuerdo de su breve contacto.

La decepción lo atravesó. No había necesidad de que se declarara como un chico inexperto. En medio de una pista de baile, nada menos.

—Se me ocurre que fui innecesariamente ofensiva.

La voz de Viola Cartwright sobre su hombro hizo que Piers se sobresaltara. Un escalofrío eléctrico recorrió sus nervios, no desagradable pero inesperado. El contralto de su voz le hizo pensar en la dulce suavidad del brandy.

—¿En qué sentido?

—Usted me hizo varios dulces cumplidos mientras bailábamos juntos. Yo le devolví el favor con una brusca negativa.

—Hablé con arrogancia —no era exactamente una disculpa, aunque Piers lo decía como tal.

—Así lo hizo —Viola metió su mano enguantada en el hueco de su brazo—. Ya que está claramente decidido a encontrar una nueva esposa, he resuelto ayudarlo.

—¿Ayudarme? —Piers se atragantó. Estaban deambulando por el salón de baile que había comenzado a llenarse de invitados.

—Sí, a cortejar a Lady Margaret —respondió Viola con picardía.

En ese momento quedó claro que su lento desfile no había sido sin rumbo. La joven con la que apenas recordaba haber hablado estaba enmarcada entre dos grandes plantas en macetas, su cabello dorado oscuro brillando como latón pulido. Por una vez, sus ojos no estaban pegados ansiosamente al suelo. Sonreía radiante a su acompañante, una mujer llamativa de ojos grandes y labios carnosos que llevaba un vestido color cereza con hilos de cobre y encaje rubio en el cuello, la cintura y las mangas. Piers no sabía quién era.

—¿Y si no deseo cortejar a Lady Margaret? —preguntó sin pensar. La única mujer a la que quería ayuda para cortejar era la señora Cartwright, pero ella le había ofrecido una manera de pasar tiempo juntos.

—¿Por qué no? Es muy bonita, aunque reticente.

—Me recuerda demasiado a mi primera esposa —Piers tragó saliva mientras el familiar dolor se extendía por el hueco de su pecho.

—Oh.

—En el sentido de que Lady Margaret tiene más o menos la misma edad que tenía mi difunta esposa cuando la cortejé —la primera Lady Dalton tenía diecisiete años cuando él había comenzado a cortejarla. Se habían casado cuando ella cumplió dieciocho. Había sido madre a los diecinueve y había muerto a los veinte. La pequeña Emily había sido nombrada como su madre. Aparte de la niña, una gran lápida y un nombre transcrito en los registros de nacimiento y matrimonio, la vida de Emilia Ranleigh había dejado poca huella en esta tierra.

Su primer matrimonio había sido un asunto sencillo. Emilia había sido la hermana de un amigo de la escuela, si es que se podía decir que Piers tenía algún amigo de la escuela. Su hermano había sido un conocido que buscaba deshacerse de una hermana mercurial, demasiado inteligente y problemática, entregándola a un hombre que necesitaba un heredero para preservar la línea familiar. Piers no habría aceptado la unión a menos que hubiera habido algún grado de afecto e interés, y lo hubo, por un tiempo. A veces le asustaba pensar lo parecida que era su hija a Emilia. Brillante, inquisitiva y propensa a arrebatos emocionales. Aunque, después de todo, solo tenía cuatro años. Todos le aseguraban que era parte de la edad.

Thomas Belden había sido el único chico que era tan marginado como él. Edward Northcote, uno o dos años mayor, había sido amable con todos, sin hacer excepciones. Había sido una persona singular incluso antes de desaparecer en la selva amazónica. Por lo demás, Piers había considerado a sus compañeros como una manada desordenada de hienas que habían oído su debilidad y se habían acercado para matar, y luego habían fingido que nada fuera de lo común había sucedido después de dejarlo ensangrentado.

No mucho había cambiado desde su infancia. Eran mayores, y físicamente, muchos habían comenzado a llevar las marcas de una vida rápida. Lo toleraban un poco mejor ahora. Piers nunca tuvo otra opción que disimular lo poco que respetaba a sus compañeros aristócratas, sin embargo.

—Usted también habría sido bastante joven —observó ella.

—Tenía veintiún años cuando me casé con Emilia. Ella tenía dieciocho. ¿Qué edad tenía usted cuando se casó con el señor Cartwright?

—Quince.

Apenas era inaudito, sin embargo, la declaración plana de Viola sobre su edad en el momento de su boda le dijo a Piers todo lo que necesitaba saber. La unión no había sido feliz.

Su brazo se apretó protectoramente alrededor de su cintura. Viola levantó la barbilla y la mirada al mismo tiempo, desafiándolo. Luchando contra el instinto, Piers deliberadamente aflojó su agarre.

—¿Quién es la nueva dama? No creo haberla conocido —preguntó Piers, apartándose del tema que incomodaba a su acompañante y señaló a la escultural morena que estaba cerca de Lady Margaret. Cerca había un trío de jóvenes de cabello cobrizo y busto generoso con vestidos color crema y fajas a juego.

—La señorita Lowry, de Nueva York. Llegó con las hermanas Kilpatrick y se está quedando con ellas como invitada. ¿La encuentra cautivadora? Todos los demás con quienes he hablado parecen hacerlo.

Las tres mujeres vestidas con trajes de debutante color marfil susurraban y señalaban al otro lado de la sala. Una matrona cercana les lanzó una mirada reprobatoria, pero las desconocidas la ignoraron.

—Cualquier hombre la encontraría atractiva, señora Cartwright. La señorita Lowry es bastante hermosa.

Sin embargo, las americanas no le atraían. A la señorita Lowry le faltaban los modales molestos de las otras tres, pero tenía una manera misteriosa de permanecer al borde de su atención, desvaneciéndose en el fondo hasta un momento desconcertante en que aparecía nítidamente en foco. Incluso desde la distancia, la señorita Lowry irradiaba un frío desdén.

—Mucho. ¿Está diciendo que sus gustos en posibles esposas se inclinan hacia las morenas americanas adineradas? —le provocó la mujer a su lado.

—Más que hacia las jóvenes de cabello chillón y voces propias de un burdel —murmuró Piers sin caridad. Podía hacer tal comentario insensible en compañía de Viola. De hecho, a su lado, las cejas oscuras de Viola se habían arqueado sobre su pálida frente, y su boca se comprimó en una línea firme como si luchara contra una sonrisa.

Como si los hubiera escuchado desde esa distancia, la señorita Lowry escudriñó la multitud y, al encontrarlo, lo atravesó con una mirada inquisitiva. Era casi como si pudiera evaluar su rango en la nobleza con una sola mirada. Tuvo la extraña sensación de ser evaluado, mentalmente despojado de sus ornamentos y sopesado por su valor. Piers se preguntó si así era como se sentía Lady Margaret al entrar en el salón de baile, como ganado en una subasta. Se preguntó si todos se sentían así. ¿Por qué se hacían esto a sí mismos?

Su piel se sentía como si estuviera demasiado tensa sobre sus huesos. Porque eran un grupo atado a las tradiciones que valoraba el linaje por encima del amor. Por eso participaban en esta farsa continua. El poder y la tradición eran lo único que les impedía lanzarse a las gargantas de los demás.

—Sabía que tenía un excelente gusto —declaró la señora Cartwright—. Le ayudaré a conquistar a la americana.

Piers volvió bruscamente al presente.

—No la quiero. La quiero a usted —se quejó suavemente. Sin embargo, si seguir su plan le permitiría pasar tiempo con Viola, Piers lo toleraría por un tiempo.

—Ah, pero no puede tenerme. La señorita Lowry, sin embargo, tiene el porte de una dama. A diferencia de mí —Viola rió con cierta vergüenza.

—¿Por qué dice eso? —exigió él—. Tiene conexiones con un barón y un conde. Señora Cartwright, usted es una dama en todos los sentidos.

El rostro de Viola se arrugó por un brevísimo momento mientras miraba de nuevo a los bailarines. Sin embargo, cuando habló, había una ligereza forzada en su tono y una cautela vigilante en las comisuras de sus ojos.

—Nunca me siento como una dama, milord —ofreció Viola en voz baja—. Cada momento que estoy aquí, se me recuerda constantemente que no pertenezco. Nadie más aquí mira con asombro los vestidos, las joyas brillantes, los lacayos de librea, las elegantes arañas de cristal... ¿me explico?

—¿Quiere decir que se siente como una impostora?

—Sí. Eso es, precisamente. —Viola le dio un ligero toque en el brazo con su abanico, animándose—. Mi mayor temor es que el maravilloso cuento de hadas que he estado viviendo desde el otoño pasado se convierta en una pesadilla. Vivo aterrorizada de que me descubran como la humilde esposa de granjero que era, y me saquen de las instalaciones encadenada, rumbo a la picota. O algo peor. —La nariz de Viola se arrugó ante la idea—. Por lo tanto, debo disfrutar cada momento de esta deliciosa fantasía que estoy viviendo, mientras dure.

—¿Y si hubiera una manera de hacer que su fantasía fuera una realidad permanente? —preguntó él suavemente.

Piers tragó saliva, su cuerpo ardiendo de vergüenza, lo suficientemente caliente como para marchitar su almidonada corbata. Ya había hablado con el corazón una vez esta noche. Era más que estúpido insistir donde no era deseado. Sin embargo, la herida de su rechazo aún escocía.

—¿Cómo? —Viola se volvió para mirarlo por encima del hombro. Era una mujer alta y bien formada. La parte superior de su cabeza rozaba su nariz. Tenían la altura relativa perfecta para besos robados y prolongados. La entrepierna de Piers se tensó ante la idea. A su alrededor, el salón de baile se desvaneció.

—Cátese conmigo —susurró, luego tosió—. Estoy pensando en tomar esposa antes de que termine el año. ¿Me haría el honor, señora Cartwright?

El mero hecho de decir las palabras dejó un sabor cenizo y mórbido en su boca. Podía escuchar los susurros escandalizados ahora. *Encierran a sus hijas. Piers Ranleigh está en busca de otra víctima Dalton.*

Nadie se lo diría a la cara. Solo los hombres desesperados por deshacerse de una hermana problemática, como Evendaw, considerarían su propuesta. Y con suerte, la dama de su elección.

—Ya sabe lo que dicen sobre casarse con prisa —se burló Viola, sus ojos azules brillando con picardía.

Él se rió entre dientes. —Ciertamente.

—No puedo aceptar su generosa oferta, milord —respondió Viola suavemente. Un dolor agudo atravesó el corazón de Piers—. Pero prometo que le ayudaré a encontrar la pareja adecuada. Venga —dijo alegremente—. Le presentaré a las nuevas amigas íntimas de Lady Margaret, las hermanas Kilpatrick americanas y su acompañante, la señorita Lowry.

Pero antes de que Viola pudiera llevarlo al nicho donde Lady Margaret y la señorita Lowry estaban refugiadas, un chillido estalló desde el otro lado de la sala.

—¡Mis joyas! ¡Me las han robado! —gritó una mujer.

Seis

VIOLA

—¿ROBADO? ¿Cómo puede Lady Graham estar tan segura? —Viola escuchó los susurros como ecos de sus propios pensamientos.

—¡Llevaba puesto tanto el collar como la pulsera a juego, y ambos han desaparecido! No puedo haberlos perdido simplemente. —La mujer en cuestión buscaba frenéticamente en su corpiño mientras agitaba sus faldas en un amplio círculo, sacudiéndolas con su mano libre.

—Mis pendientes han desaparecido —exclamó Lady Margaret, con pánico en los ojos—. Eran un regalo de mi abuela.

—Me falta una pulsera —declaró Miss Lowry, examinando una de sus elegantes muñecas, con los ojos abiertos de asombro. Otras voces se unieron.

—Quizás estas no sean las mejores circunstancias para organizar una presentación —susurró Viola. Se oían llamadas para convocar al magistrado de Bow Street. Finalmente, el anfitrión de la velada subió al escenario y ordenó a todos que permanecieran hasta que se pudiera realizar una investigación exhaustiva.

Con el entretenimiento de la noche así arruinado, se dispusieron a esperar. Casi de inmediato, la Duquesa Viuda de Summervale se acercó tambaleándose del brazo de su hijo para discutir en voz alta con los anfitriones.

—Ciertamente yo no robé un montón de joyas de vidrio y papel de aluminio. Quien haya invitado a un ratero nacido en el arroyo es el verdadero culpable. —La robusta duquesa se volvió para mirar furiosamente alrededor de la sala, trayendo a la mente de Viola la imagen de un pavo enojado. Reprimió una sonrisa presionando el suave cuero de su guante contra su boca.

Los ojos penetrantes de la duquesa se posaron en ella, y el humor de Viola se evaporó al instante, dejando un escalofrío de temor. Ella era la intrusa, la que no pertenecía allí. Era natural que la sospecha recayera sobre ella. O sobre las estadounidenses, tres jóvenes pelirrojas y voluptuosas vestidas de crema y marfil con coloridas fajas de seda que conversaban con Miss Lowry en un rincón de la sala. La más baja golpeaba el suelo con el pie, irritada. La mujer alta y morena era un centro de calma en medio del huracán de las hermanas.

—La dejarán ir. La mente de la duquesa no ha estado del todo presente últimamente —dijo Dalton tranquilizadamente. Su presencia era cálida y reconfortante a su lado, y el miedo de Viola se desvaneció.

—Como nosotros no tenemos tal excusa, supongo que se nos exigirá quedarnos hasta que llegue el magistrado con sus hombres de Bow Street. Propongo que aprovechemos este tiempo para acercarnos a Evendaw y Lady Margaret, para que pueda presentarte a la estadounidense.

—¿Cómo es que la conoces?

—Conocí a los Kilpatrick antes de tu llegada —Viola guiñó un ojo—. Personalmente, las encuentro refrescantemente directas. No hay necesidad de preocuparse por cometer meteduras de pata vergonzosas, por ejemplo. Se puede confiar en que las jóvenes cometan seis errores en el espacio de dos minutos, entre ellas. Eso sin contar las contribuciones del padre a la impropiedad sostenida. En comparación, mis errores parecen perfectamente mundanos. Estar en su compañía es posiblemente el único momento en que me siento como una verdadera dama, por más manchado que sea ese título en mi caso.

Para tranquilizar a todos, la anfitriona había ordenado que se sirviera champán. Mientras Viola y Dalton se abrían paso entre la multitud, a la que la orquesta intentaba atraer a la pista de baile con una animada danza, el almirante Saxon tomó una botella llena de la bandeja de un lacayo que pasaba, junto con dos copas de champán a medio llenar.

—Señora Cartwright, he asegurado una mesa, ¿le gustaría sentarse y compartir un refrigerio conmigo? —La esperanza que rebosaba en sus ojos tomó a Viola por sorpresa. Su mirada se dirigió a Dalton, que había sido separado brevemente de su lado por una multitud de jóvenes con vestidos blancos que revisaban frenéticamente el cabello de las demás en busca de joyas decorativas perdidas.

El maldito hombre sonrió con suficiencia e hizo una reverencia, dejándola a su propia defensa.

Oh, ¿así es como quieres jugar? ¿Yo finjo ayudarte a seducir a otra mujer y tú me dejas a merced de los solteros elegibles de Londres en represalia?

No importaba, había manejado problemas peores que un hombre grosero prestándole una atención respetuosa en una fiesta. Aunque, mientras se sentaba frente a la pequeña mesa de cartas ante su admirador almirante, rápidamente se hizo evidente que el hombre tenía la intención de beberse la mayor parte de la botella él mismo. Saxon llenó su copa hasta el borde, la vació y la rellenó en el tiempo que le tomó a Viola dar un sorbo de la suya.

Pero lo peor era que hablaba. Extensamente, sobre nada que a ella le importara, sin el menor interés en nada de lo que ella tuviera que decir.

—Oh —Viola asintió, mirando la sala—. Ya veo. Mhm.

Esta era la suma total de conversación que el almirante le exigía. Viola volvió a golpear el suelo con el pie, preguntándose si estaba obligada a bailar con el hombre como había prometido, o si podía seguir ofreciéndole champán hasta que lo olvidara por completo. La lista de canciones había cambiado, aunque pocos bailaban. Evendaw estaba dando una vuelta con una mujer rubia con un vestido color zafiro. Viola no la reconoció, pero parecían estar divirtiéndose mucho. Todos los demás estaban llorando ansiosamente o de pie aburridos y esperando el más mínimo fragmento de chisme. El magistrado y varios hombres de rostro duro con abrigos largos y botas altas interrogaban a cada mujer a la que le habían robado joyas. Lady Margaret se aferraba a Miss Lowry como un insecto a un tallo en una tormenta. Viola encontró muy conmovedora la forma en que Miss Lowry consolaba a la chica, si bien inesperada dado el frío desapego que había mostrado antes.

—¿No está de acuerdo, señora Cartwright?

—¿Disculpe? —Viola se sobresaltó—. Lo siento. Estaba observando a los hombres de Bow Street trabajar y perdí el hilo de nuestra conversación. —Vertió lo último del champán en su copa para distraerlo.

La única persona que Viola no veía era Dalton.

—Creo que congeniamos admirablemente, querida. Me gustaría llevarla a dar un paseo en

carruaje mañana por la mañana.

—Oh —dijo Viola de nuevo, preguntándose cuánto de la conversación se había perdido. Hacía mucho tiempo, había practicado cómo deslizarse sobre momentos de falta de atención antes de acordar algo inadvertidamente. Su hijo, Matthew, le había dado práctica en el arte de no aceptar cosas que no había querido, cuando no había estado escuchando su parloteo. Pero en ese momento, sus bien afinadas habilidades de evasión la abandonaron.

—¿A eso de las once, le parece?

—Yo, eh...

Antes de que pudiera balbucear una excusa adecuada, Viola se vio sorprendida por el sonido de la voz de Dalton a sus espaldas.

—Los Runners quieren verla ahora.

—¿Yo? —chilló Viola, sintiéndose tan articulada y acorralada como un ratón. No tenía motivos para sentirse así. Pero la idea de los magistrados y la visión de hombres ceñudos con abrigos largos le traían a la memoria recuerdos desagradables del arresto de su marido y su encarcelamiento en la prisión de deudores a un día entero de viaje de Upper Cotwarren. Solo el reconfortante aroma a lino fresco y jabón caro, y la mano de Dalton bajo su codo, le dieron la fuerza suficiente a sus piernas para mantenerse en pie.

—Sí. Han instalado una mesa en la sala de juegos y están interrogando a todos los que presenciaron el robo.

—¿Cómo saben que fue un robo y no simplemente una racha de broches sueltos? —espetó Viola, lanzando una mirada anhelante hacia la botella de champán vacía. Debería haber terminado al menos su copa. El almirante la miró y movió los dedos.

Oh, no. El corazón de Viola se hundió en su estómago. ¿Había accedido a verlo, o el hombre estaba malinterpretando deliberadamente su reticencia? De cualquier manera, ya no había nada que hacer al respecto.

—Todo estará bien. Apenas son amables, pero no van a arrestarte. A menos, claro, que hayas robado tú los diamantes —comentó Dalton sin humor. La expresión sombría de su boca indicaba que no había disfrutado de su tiempo con los oficiales.

—No tengo uso para las joyas. Estoy perfectamente contenta con las de imitación. ¿Por qué querrían entrevistarme? —La alarma subió por su garganta, sabiendo a bilis.

—Quieren hablar con todos, Viola. Está bien. No dejaré que nadie te lleve.

—Gracias —dijo Viola simplemente cuando pudo hablar de nuevo—. Debo advertirte que inadvertidamente he accedido a ser llevada en el carruaje del Almirante Saxon mañana a las once.

—¿Ah, sí? ¿Significa esto que tengo competencia por tu mano?

Las palabras de Piers hicieron sonreír a Viola. Él le acarició la mejilla con un nudillo. De repente, la habitación se volvió muy cálida. Solo las puntas de sus dedos dentro de sus guantes de satén permanecieron frías.

—Sabes que no hay competencia por mi mano —susurró. Pero Piers nunca podría saber la razón. A pesar de la insistencia y las expectativas de su abuela, Viola no tenía intención de casarse con nadie. Ahora que Dalton había dejado claras sus intenciones de casarse como un cielo de invierno, no tenía más remedio que rechazar sus avances. Si tan solo no le hiciera tan difícil recordarse a sí misma. Viola se giró bruscamente y se armó de valor para enfrentarse a los Bow Street Runners.

Siete

PIERS

SIN COMPETENCIA. Por un lado, era una afirmación tranquilizadora. Por otro, podría interpretarse como una reafirmación indirecta de que él tampoco tenía ninguna posibilidad de ganar su mano.

Sin siquiera un beso apropiado, Piers sabía que Viola sería una mejor Lady Dalton de lo que Lady Margaret podría ser jamás. Su vitalidad terrenal le atraía más que una flor delicada, precisamente porque las flores de invernadero se marchitaban ante la más mínima adversidad, como había hecho su primera esposa. El ardor de Emilia se había convertido en un rencor susceptible en el instante en que la había dejado embarazada. Nada de lo que intentó funcionó para restaurar la conexión que creía que tenían desde el momento en que se conocieron. Le había traído libros y se había ofrecido a leérselos cuando estaba cansada y apática por el embarazo. Después de que Emily llegara, se había hundido en un estado de ánimo bajo del que nunca se había recuperado del todo. Ya fuera por la infección continua del parto o por la desesperación que finalmente acabó con ella, Emilia había languidecido en el dolor y la miseria durante meses antes de sucumbir. Si fuera por sus propias preferencias, Piers nunca volvería a dejar embarazada a una mujer. Lamentablemente, tenía un título que transmitir. El deber familiar era su destino. El amor familiar, al parecer, no lo era.

La mitad de Londres había susurrado que era su culpa, y en sus peores momentos, Piers lo creía. Piers venía a Londres para la temporada únicamente porque pudrirse en el campo solo demostraba que los rumores sobre él eran ciertos, a los ojos de la sociedad. Consideremos cómo trataban al Duque de Havencrest, que raramente pisaba la ciudad. Posiblemente era la única persona en Londres más vilipendiada que Piers.

Bueno, y Edward Northcote, el nuevo cuñado de Viola. Pero el suyo era un caso especial. Incluso Richard Northcote, el hermano menor de quien se rumoreaba que había iniciado el incendio que arrasó la residencia de los Briarcliff en la ciudad, seguía considerándose agradable, aunque particularmente alocado.

Algunos días, deseaba poder ser más como su único verdadero amigo de Eton, Thomas Belden. Él había estudiado derecho. Una ocupación útil, esa. Londres tenía teatro y museos y cultura, y si Piers era honesto, las interminables rondas de cacería y fiestas en casas de campo tenían poco atractivo. Que los chismosos pensarán lo que quisieran, siempre y cuando nadie le dijera nada a la cara. Podía actuar como si todo lo que amaba no se marchitara y muriera.

Emily no lo había hecho. Durante cuatro años, habían sido solo ellos dos, con la señorita Townsend como única niñera. Una pequeña familia variopinta con un padre excesivamente indulgente.

—¿Le dieron alguna esperanza de resolución?

Lady Margaret lo miró con ojos enrojecidos. Sus lóbulos dolorosamente desnudos atestiguaban que las joyas que faltaban esta noche no eran un accidente. Un solo pendiente podía explicarse, pero un juego completo de diamantes, una pulsera de esmeraldas, dos collares —aunque uno era solo de imitación— y seis broches desaparecidos en una sola noche solo podía ser obra de un carterista talentoso. El juego de manos era un arte callejero. No era lo que uno esperaba encontrar en un evento solo por invitación.

No era de extrañar que los anfitriones tuvieran el ceño fruncido y hubieran ofrecido ricas recompensas por la devolución de las joyas. Entre las pérdidas intangibles de la velada estaban sus buenos nombres. ¿Qué clase de persona invitaba a un ladrón?

—No —respondió Piers después de un momento. El rostro élfico de la joven se arrugó en un casi sollozo.

—Eran de mi abuela —sorbió Lady Margaret—. Me los dio para mi presentación en sociedad, para la buena suerte.

—Estoy seguro de que si pueden ser localizados, los Runners encontrarán al culpable —respondió Piers con más confianza de la que sentía. ¿Dónde estaba Evendaw?

Oh, allí estaba. Bailando con su esposa. A pesar de la forma en que maniobraba y manipulaba para conseguir todo lo que quería, Evendaw era el hombre más felizmente establecido que Piers había conocido jamás. De hecho, Evendaw era lo que Piers aspiraba a ser. Establecido. Feliz. Incluso ajeno. El día que dejara de preocuparse por conseguir un heredero sería ciertamente un día feliz.

A su lado, Lady Margaret seguía lloriqueando por sus pendientes perdidos. Inmediatamente, Piers se reprochó mentalmente por ser tan insensible, incluso dentro de los confines de su cráneo. La joven había perdido un regalo precioso y probablemente se sentía responsable de un acto que no había sido su culpa. Sin embargo, solo eran joyas, una réplica de las cuales podría ser fabricada por cualquier joyero competente.

Haría la sugerencia a Evendaw en la primera oportunidad. Un par de reemplazo contribuiría en gran medida a restaurar su felicidad. Había poca diferencia entre sobornar a Emily para que dejara de llorar por un juguete perdido y el colapso público de Lady Margaret, en su mente. Eso solo era razón suficiente para no casarse con ella. La mente de Piers divagaba ociosamente con ideas para evadir el torpe intento de su hermano de emparejarlos. Que Dios lo ayudara si los chismosos se enteraban de una posible pretendiente.

Viola emergió de la sala de interrogatorios improvisada, interrumpiendo la dirección poco amable de los pensamientos de Piers. Sus hombros se habían hundido hacia adelante, aunque su cuello estaba rígidamente erguido. La postura de la señora Cartwright irradiaba tensión.

—¿Me visitará mañana, Lord Dalton? —preguntó Lady Margaret.

—¿Yo... qué? —Era inútil. Había perdido el interés en la niña patéticamente tímida que nunca debería haber salido del aula.

—Recibo visitas a las dos. Por favor, venga. Haría tan feliz a mi hermano.

—Claro. Pero, ¿la haría feliz a usted, mi lady? —preguntó Dalton directamente. Lady Margaret lo miró, atónita y en silencio. Oh, qué desastre—. Si me disculpa.

Antes de que el almirante pudiera alcanzarla, Piers cruzó el atestado salón y capturó el brazo de Viola.

—La acompañaré a casa —declaró.

—No es necesario —respondió Viola, aunque le permitió guiarla hacia la salida—. Tengo un lacayo esperando.

—Puede ir con mis hombres. —Piers sabía perfectamente que Viola tenía pocos recursos, aunque suponía que había más fondos disponibles después del matrimonio inesperadamente ventajoso de su hermana con Lord Briarcliff. Su abuela alquilaba su carruaje y caballos, ya que mantener el transporte en la ciudad era prohibitivo. La había ayudado una vez antes y, dado el gesto de su mandíbula y su rostro pálido, se negaba a no hacerlo ahora.

Ella no se resistió. Piers tomó el codo de Viola y la condujo hacia la noche. La entrevista superficial con los Runners la había dejado retraída, como si estuviera aturdida en silencio.

—No es apropiado —dijo Viola como una ocurrencia tardía—. La gente hablará.

—Viola, la gente en esta ciudad está enamorada del sonido de su propia voz. Esta noche están distraídos por el robo. Nadie notará si te ahorro media hora de espera por tu carruaje.

Era testimonio de cuán desesperada estaba la dama por marcharse que accedió sin más argumentos. Llamó a su lacayo y pidió su abrigo, una gruesa capa de lana forrada de seda y ribeteada con piel. Enmarcaba sus suaves facciones bajo la luz de la luna. Una sensación de inquietud se instaló en el estómago de Piers.

—¿Los Runners fueron duros contigo? —preguntó. A Piers le habían parecido sus preguntas bastante superficiales, pero ellos eran los investigadores, y él no tenía intención de interferir en su trabajo. Sin importar cuántos rumores de corrupción persiguieran a los Runners, eran la mejor posibilidad de encontrar al ladrón.

—No, en absoluto. Sorprendentemente amables, de hecho —Viola se sacudió delicadamente. El ribete de piel se agitó con elegancia y se acomodó alrededor de su cuerpo. Su rostro resplandecía bajo la luz de la luna. Piers anhelaba tocar la curva redondeada de su mejilla—. Tengo recuerdos desagradables de tratar con magistrados y la ley. Mi marido... basta con decir que esta no es mi primera experiencia con una investigación.

—Reed ya no está, Viola. Estás a salvo.

Al escuchar la última palabra, ella se irguió un poco, pareciendo más su habitual yo vivaz. Sin embargo, la curiosidad ardía en el pecho de Piers, preguntándose qué habría hecho su marido para amedrentar a esta mujer tan segura de sí misma.

—Por supuesto. Sin embargo, ahora soy viuda, y tuve la sensación de que los Runners me creían la culpable. Nunca se me ocurrió que la viudez pudiera dejarme expuesta a falsas acusaciones.

Piers se rio. Como si la franca y honesta Viola tuviera un solo hueso de ladrona en su cuerpo.

—Yo tuve la misma sensación por unos minutos. Como si el ladrón aún estuviera en la habitación y pudieran intimidar al infractor para obtener una confesión si lo miraban con suficiente dureza. Es un truco especial que tienen.

El resoplido elegante de Viola le convenció de que su alarma finalmente había pasado.

—Ciertamente espero que tengan mejores métodos de investigación que intimidar para obtener una confesión de una persona desprevenida —reflexionó ella con agudeza.

—Estamos a su merced si no los tienen —rio Piers. El silencio cayó entre ellos, roto solo por el amortiguado clip-clop de los cascos de sus caballos sobre el adoquín.

—Viola —comenzó él, preguntándose cómo había sido tan simple revelar su corazón en una pista de baile y por qué las palabras se le atascaban en la garganta ahora.

—Señora Cartwright —le corrigió ella—. Sé que nuestro encuentro hace unos meses fue inusual, pero debo pedirle que observe las formalidades ahora, Lord Dalton. Mi hermana me envió a Londres para supervisar las renovaciones de su nueva casa de la ciudad y mantener una presencia familiar positiva, no para crear nuevo material para los molinos de rumores. No puedo lograr ninguna de las dos cosas si paso mi tiempo coqueteando y bailando con usted.

—Estaría mintiendo si fingiera no estar feliz por una nueva crisis que distraiga al *ton*. ¿Quién habría imaginado un carterista en un baile? —La cadencia de la voz de Viola mientras intentaba llevar el tema a un tono más ligero cortó a Piers como mil estocadas. Él quería mantenerse en este nivel íntimo y discutir los difíciles recuerdos que compartían, no girar hacia la ligereza y evitarlos.

—¿Qué cambiaría tu opinión sobre mí? —exigió.

—Piers —suspiró ella—. No es a ti a quien objeto.

—Entonces, ¿qué te detiene?

Viola separó los labios como si fuera a hablar, pero los pasos de su lacayo crujieron en el suelo fuera del carruaje. Ella desvió la mirada. Cuando la puerta se abrió, su máscara de determinada alegría estaba de vuelta en su lugar—. Gracias por una velada encantadora, Lord Dalton, y por el transporte a casa después del dramático final de esta noche.

—El placer fue todo mío —respondió Piers mecánicamente. No había una pérdida real, por supuesto. Era muy consciente de que la señora Cartwright no le debía nada, ni siquiera después de que él hubiera ayudado a su hermana a encontrar la felicidad con Edward. Sin embargo, la esperanza de que después de que el polvo se asentara, ella actuaría sobre la chispa de deseo entre ellos lo había sostenido durante las largas semanas de su ausencia.

Piers se sacudió de su estupor melancólico y se inclinó hacia adelante—. Le deseo buenas noches, mi lady.

Viola —la señora Cartwright, para él ahora— miró por encima de su hombro con una sonrisa.

—Está equivocado, mi lord. No soy una dama. Mil títulos nunca podrían convertirme en una. Siempre seré la simple señora Cartwright.

Hizo una reverencia. Su capa ondeó detrás de ella mientras desaparecía en la casa de su abuela.

Ocho

VIOLA

—¡MAMÁ!

El sonido de la voz de su hijo no debería hacer que una corona de dolor se apretara alrededor de las sienes de Viola, pero gracias a su exceso de champán la noche anterior, así fue.

Aunque estaba decidida a disfrutar de la sociedad londinense todo lo que pudiera, las noches largas no siempre le sentaban bien. Vivir como la esposa de un granjero, sacando adelante una existencia precaria en un pedazo de tierra pedregoso en Northumberland, la había acostumbrado a levantarse temprano sin importar lo poco que hubiera dormido. Incluso con las pesadas cortinas bloqueando el sol, Viola nunca podía dormir más allá del amanecer. Desde su regreso a la ciudad, sus mañanas y tardes estaban ocupadas con visitas a tiendas, comparando precios y seleccionando productos. Viola agonizaba sobre cada decisión, escribiendo a su hermana para obtener su aprobación antes de hacer los pedidos.

Necesitaba que la casa de la ciudad fuera espectacular cuando terminara. Regia, clásica y hermosa, para mostrar al mundo cómo el poco convencional conde de Briarcliff y su dama pretendían preservar el linaje que se les había confiado.

—Buenos días, Matthew —bostezó.

—Tengo un libro nuevo de la abuela. Mira. ¡Espartanos!

—¿Está relacionado con tus estudios? —Viola se incorporó. Las lujosas sábanas de lino se deslizaron bajo su cuerpo. Esta era una tela que podía tocar, y lo hizo ahora, pasando las puntas de los dedos por el borde bordado. El suave deslizamiento de su mano se interrumpió por el enganche de una uña rota, y Viola soltó la tela con una punzada de decepción. Las cicatrices marcaban el dorso de sus nudillos. Cortes de cuchillo, golpes contra la madera y astillas la habían marcado como una mujer trabajadora. La única forma en que podía fingir ser una dama era llevando guantes en todo momento.

—Historia —declaró Matthew, pero su mirada se desvió de la suya. A los ocho años, sabía que no debía mentir, pero aún no había aprendido a ocultarlo cuando lo hacía. Viola reprimió una sonrisa y alborotó el cabello de su hijo.

—Me alegro de que estés leyendo, querido. ¿Quieres que pida que nos traigan el desayuno y me lees mientras me visto?

Había un biombo en la esquina de su bien equipada habitación para tener privacidad. Era un nuevo lujo, y Viola a veces echaba de menos la intimidad de su casa de granja de una sola habitación. Había habido un desván donde Matthew dormía. Debajo del desván había un pequeño dormitorio con suficiente privacidad para ella y Samuel, su marido, cuando él estaba en

casa.

La doncella trajo una bandeja, y Matthew describió sangrientas batallas con la boca medio llena mientras Viola se lavaba y vestía. Luego se sentó frente a su hijo en la pequeña mesa para consumir su desayuno de tostadas, huevos y salchichas.

—¿Te has cepillado los dientes? —preguntó.

—Por supuesto, mamá —respondió Matthew al instante con unos ojos muy abiertos que desmentían su seguridad.

—¿Debo preguntarle a la señorita Holloway? —Viola no tenía reparos en preguntarle a la doncella que servía temporalmente como su institutriz para saber la verdad.

—Está bien.

Con un gran suspiro, Matthew apiló sus platos en la bandeja y la siguió hasta el lavabo. Juntos se cepillaron los dientes con polvos, tal como lo habían hecho cada día en la granja.

—Ya puedes irte —Viola lo liberó por fin. Su corazón se apretó como una manzana en una prensa de sidra al pensar que iría a la escuela en unas semanas. Primero, pasarían la Navidad en Briarcliff con su hermana, Edward y su abuela, la baronesa. Tendrían hasta después de año nuevo para explorar los amplios terrenos de la finca antes de que él fuera a la escuela.

Antes de que la dejara sola.

Se volvió hacia el artilugio de ducha que había utilizado por primera vez en Briarcliff y que le había resultado tan útil que había encargado uno para la nueva casa de la ciudad y lo había hecho entregar temprano para su uso personal. La bomba estaba rígida al principio. Vertió agua en la parte superior, abrió el grifo y el agua fría goteó sobre su piel.

Viola inhaló bruscamente. No estaba sola. Se había reunido con la familia de su madre, lo que quedaba de ella. Harper, aunque instalada con su nuevo marido, seguía siendo una parte importante de su vida. Sin embargo, hace solo unos meses, Viola le había dicho a su hermana: "Me casé una vez para salvarnos el pellejo. Esta vez te toca a ti. Ve tú a conseguir el marido rico". Incluso después de que se hiciera evidente que ella y Edward compartían una conexión casi tangible, le había sorprendido tanto a Viola como a cualquiera cuando Harper había tenido éxito más allá de los sueños más locos de nadie.

Viola se enjabonó rápidamente el cabello y el cuerpo, luego abrió el grifo de nuevo para enjuagarse. Helada, se envolvió en una gruesa toalla y se acurrucó junto a la chimenea por un momento para calentarse, hasta que un suave golpe en la puerta de su dormitorio indicó la llegada de la doncella para ayudarla a vestirse.

Peor aún, Viola no había anticipado lo duro que le afectaría el nuevo enfoque de su hermana. Aunque una hermana casada con un conde nunca podría considerarse una pérdida, había un vacío en su corazón al pensar que su hermana pequeña se cuidaba a sí misma. Ya toda una mujer. Aun así, el inesperado matrimonio de Harper le había dado a Viola un respiro para evitar el ultimátum de su abuela de casarse con el primer pretendiente que apareciera.

Quien llegó solo un momento después de que Viola bajara las escaleras. Aunque le disgustaba decepcionar a su abuela, Viola ya había decidido que el hombre en cuestión no era alguien con quien pudiera imaginar pasar una vida.

Después de la noche anterior, unos minutos de su compañía era pedir demasiado.

—Vengo a ver a la señora Cartwright —retumbó el admirador Almirante Saxon del entretenimiento de la noche anterior. Viola se quedó helada. Aparentemente, el champán que la había afectado tan dolorosamente antes había tenido poco efecto en el vital almirante de mejillas sonrosadas.

—Yo...

—¿Un pretendiente, querida? —sonrió la baronesa—. Esperaba que pudieras apuntar un poco más alto, dado el matrimonio de Harper, pero cualquier cosa con tal de sacarte de mi casa y llevarte a la tuya.

Viola no creyó ni por un segundo las palabras cortantes de su abuela. La baronesa disfrutaba enormemente la forma en que la llegada de sus nietas distanciadas había sacudido su vida.

—Un almirante es una excelente elección para una viuda anciana como yo —comentó Viola con un exceso de vinagre en su tono. Se tragó su amargura. La reaparición de Lord Dalton la noche anterior, combinada con el cansancio por haberse acostado tarde y su dolor de cabeza —ahora afortunadamente resuelto— la habían hecho sentirse vieja. Peor aún, el inesperado encuentro con Bow Street había sido un duro recordatorio de lo precaria que seguía siendo su situación, incluso con una baronesa como abuela y una condesa como hermana.

¿Y si Samuel seguía vivo? No es como si tuviera *pruebas* de su viudez. Un miedo frío entumeció la médula de sus huesos.

Su nueva vida —y el futuro de su hijo— se vendría abajo.

—Si tú eres anciana, ¿qué soy yo entonces? —preguntó su abuela con aspereza, devolviendo la mente de Viola al presente.

—Angelical. —Viola besó sus dedos y los agitó hacia la baronesa, quien rió como una colegiala.

—Cuando salgas esta tarde, Viola, asegúrate de llevar un lacayo y traer muestras de las telas que estás considerando para las cortinas —dijo la baronesa como una ocurrencia tardía—. Soy de la opinión de que el brocado quedará mejor con el damasco.

—Sigo prefiriendo el satén —replicó Viola con firmeza, pero al ver la expresión agria de su abuela, rápidamente se retractó—. Por supuesto, mantendré la mente abierta y traeré muestras para compararlas.

El afecto de su abuela tenía límites, y no permitía del todo el desacuerdo abierto. Se habían enfrentado en más de una ocasión por los muebles de la casa de la ciudad, ya que el gusto de la baronesa se inclinaba hacia patrones vívidos y colores pálidos, mientras que Viola prefería menos patrones, más brillantes y sólidos para resaltarlos.

—Asegúrate de hacerlo. Solo han pasado unos meses desde que llegaste. Eso es apenas tiempo suficiente para que una mujer aprenda todas las consideraciones necesarias propias de una dama de distinción.

Viola se erizó internamente, aunque trató de suprimir cualquier expresión externa de su frustración. Los consejos bienintencionados de su abuela a veces rayaban en lo opresivo. Este era uno de esos momentos. Era parte de la razón por la que había elegido quedarse con su hermana en el campo durante unas semanas después de su boda. Briarcliff era lo suficientemente grande como para que su visita no interfiriera con su dicha postnupcial. De hecho, era tan grande que había pasado días enteros sin encontrarse con Harper y Edward.

Cuando Viola se volvió para saludar al Almirante Saxon, su sonrisa se desvaneció.

Entre esquivar las atenciones de Dalton, empujarlo a los brazos de Lady Margaret, organizar la próxima partida de Matthew y preparar la casa de la ciudad para ser habitada, Viola había tenido dos semanas bastante ocupadas antes de que las vacaciones de Navidad la llamaran de vuelta a Briarcliff. El interés del almirante era una carga adicional que Viola no necesitaba. Aun así, apretó los dientes, forzó una sonrisa y dijo:

—Hola, Almirante Saxon. ¿Está usted aquí para nuestro paseo en carruaje?

¿Cómo diablos había accedido a esto?

Nueve

PIERS

EL FRESCO aire matinal trajo un tono rosado a las mejillas de Lady Margaret y la señorita Lowry. Ambas mujeres habían insistido en apretujarse en el carruaje ligero, aunque era un ajuste realmente estrecho. Sus caballos bayos emparejados pisaban con fuerza, ansiosos por moverse a un ritmo más rápido del que Piers les permitiría con dos damas gentiles en el vehículo.

—¿Podríamos ir un poco más rápido? —preguntó la señorita Lowry después de un breve lapso de silencio incómodo. Ya fuera que estuviera aquí como carabina o por sus propios motivos, Piers no podía entender por qué había sentido necesario meterse a la fuerza en su perfectamente poco notable paseo por Hyde Park, una costumbre más apropiada para la primavera o el principio del otoño, pero aún aceptable a mediados de diciembre si el clima era agradable, como lo era esta tarde.

Al menos la señorita Lowry se dignaba a hablarle.

Una visita protocolaria a Evendaw esta mañana se había convertido con asombrosa rapidez en un paseo improvisado en carruaje. El marqués había despachado sumariamente a las visitas de su hermana y lo había acorralado para que aceptara. Por cortesía, Piers se había visto obligado a seguir la corriente.

Cuanto más rápido salieran, más rápido podría terminar este espectáculo.

Piers chasqueó las riendas y los caballos rompieron en un trote rápido. La señorita Lowry chilló. La pequeña figura de Lady Margaret cayó hacia atrás contra los cojines mientras se aferraba a su sombrero.

—¿Era eso necesario, Antonia? —exigió.

—¡Sí! Debes admitir que esto es más divertido que ir a paso lento —La señorita Lowry rió alegremente, pero había un brillo mercenario en su mirada. Piers tuvo la sensación discordante de que esta no era la primera vez que la americana azuzaba a los caballos hasta el frenesí.

Cuando los caballos se asentaron en el ritmo más rápido, Lady Margaret se relajó. Piers estaba sentado en medio del banco, apretujado entre las dos mujeres. El codo de ella dejó de clavarse en sus costillas después de unos cuatrocientos metros más o menos.

Saludaron con la cabeza a un carruaje que pasaba. El tráfico era escaso, pero las oportunidades de tomar aire fresco eran raras en esta época del año, y de vez en cuando se cruzaban con algún vehículo que venía en dirección contraria.

—Oh, miren, ahí está el almirante que conocimos en el baile la otra noche. Aquel donde nos robaron las joyas —dijo la señorita Lowry con un elegante gesto hacia el vehículo que iba a cierta distancia delante de ellos, quedándose corta de señalar—. ¿Podemos alcanzarlos?

—Si vamos más rápido —respondió Piers, mirando a Lady Margaret. El ceño de la joven se frunció con desagrado, pero asintió dando su permiso. Su codo se clavó de nuevo en sus costillas, y su otra mano asomó de debajo de la manta para agarrarse al lado del carruaje, pero por lo demás, no se quejó.

Correr para alcanzar otro carruaje era un pasatiempo tonto para jóvenes galanes que buscaban impresionar al sexo opuesto. Piers había sido demasiado mayor para pasar por un dandi desde que tenía trece años y fue el único que sobrevivió a la fiebre que había diezmado a su familia, excepto su hermana. Nunca hubo un tiempo de adolescencia despreocupada para él. Como no había un heredero de repuesto, tenía la obligación de casarse y producir uno, o preferiblemente varios, en poco tiempo. Lo había hecho en el instante en que completó su educación.

Para Piers, la oportunidad de agitar las riendas y hacer chillar a las hermosas jóvenes a su lado vino con una emoción inesperada. No importaba que no tuviera intención de cortejar genuinamente a ninguna de ellas. Dejarse llevar en una gloriosa mañana de invierno lo hacía sentir más vivo de lo que Piers podía recordar jamás. El chillido de deleite de la señorita Lowry lo instó a sacudir las riendas de nuevo, hasta que los bayos rompieron en un galope, sacudiendo sus lustrosas crines mientras estiraban las patas y corrían. Avanzaron con ímpetu. El codo de Lady Margaret señaló su alarma clavándose tan profundamente en sus costillas que Piers temió fugazmente por su riñón.

Piers recogió las riendas y llevó a los caballos a un trote brioso mientras se acercaban al lado del carruaje más grande.

Había una segunda figura sentada junto al almirante. Piers creyó reconocer la fina capucha de lana con ribete de piel. Cualquier mujer podría llevar tal prenda a mediados de diciembre. Sin embargo, ¿no le había informado Viola casualmente, apenas anoche, que accidentalmente había aceptado un paseo en carruaje con el almirante? En la excitación de la noche, lo había olvidado.

Viola se giró lentamente, con las facciones relajadas y la piel resplandeciente bajo la pálida luz del sol. La visión de ella balanceándose en el asiento del cómodo faetón del almirante mientras el cochero conducía envió una descarga de molestia a través de Piers.

Sus miradas se encontraron. Los ojos de ella se abrieron de par en par.

—Buenas tardes, milord —fue todo lo que dijo, con calma. Luego, saludó amablemente a sus acompañantes. El cuerpo de Piers se calentó como si el sol hubiera asomado detrás de una nube para calentar sus hombros.

—Milady. Señor —Se dirigió al almirante con un asentimiento—. Una hermosa mañana para ser pleno invierno.

—¿Es este todo el frío que hace en Londres en diciembre? —preguntó la señorita Lowry. Todos, excepto Lady Margaret, parecían estar pasándolo bien.

—No, hoy está bastante templado —bramó el almirante. Con sus mejillas y nariz sonrosadas, parecía la viva imagen de la salud.

—En Nueva York, los inviernos suelen ser amargamente fríos y nevados —La señorita Lowry sonrió ampliamente. Era la primera vez que Piers la había visto sonreír genuinamente, y la visión era impresionante. Anoche, en casa de los Woolryte, había tenido una sensación incómoda sobre ella. La forma en que había examinado la sala le había recordado a una reina calculadora de uno de los cuentos de hadas de Emily inspeccionando su reino. Lo cual era absurdo. Los americanos habían declarado enfáticamente que no *querían* una reina o un rey, ni una aristocracia, de hecho. Habían librado una guerra sangrienta por ello. Luego, cuando consoló a Lady Margaret por la pérdida de sus joyas, Piers decidió que se había equivocado respecto a la señorita Lowry. Esta mañana, con Lady Margaret casi cayéndose del vehículo tratando de

evitarlo cuando no se aferraba a él en pánico, Piers se encontró agradecido por la presencia confiada de la señorita Lowry a su lado.

—Entonces debe quedarse en Inglaterra —El almirante Saxon hinchó el pecho.

Piers sintió la atracción del escrutinio de Viola. Si estaba de alguna manera preocupada por el pavonearse del almirante ante otra mujer, no podía saberlo. Si acaso, Viola parecía aburrida.

—¿Está disfrutando, señora Cartwright? —preguntó, hinchando ligeramente su propio pecho. Si acaso, las cejas de Viola se fruncieron con inquietud al verlo salir con dos mujeres. *Señora Cartwright*, más bien. No importaba que apenas anoche lo hubiera alentado en dirección a la señorita Lowry y lejos de ella misma. La satisfacción se arremolinó por el cuerpo de Piers.

Viola prontamente pinchó ese delicioso sentimiento.

—Lo estoy. ¿Y ustedes, Lady Margaret? ¿Señorita Lowry?

—Mucho —respondió Lady Margaret con un frío desaprobador. Si aprobaba a alguien más que a la señorita Lowry, Piers se sorprendería mucho.

—¿Es esta su idea de un paseo placentero, Lord Dalton? —preguntó Viola con ligereza.

—¿Emparedado entre dos hermosas mujeres? Absolutamente. —Podía interpretar el papel de libertino cuando era necesario. Piers miró a Lady Margaret, quien le lanzó una mirada fulminante. Cuando se volvió hacia la señorita Lowry, ella inclinó la barbilla con una fría y divertida indulgencia.

—El placer es todo nuestro, Lord Dalton. —Le guiñó un ojo.

La expresión alegre de Viola se tornó agria en las comisuras de su boca. Con esfuerzo, logró arreglar sus facciones en una apariencia de cordialidad.

—Los dejaremos entonces —dijo en voz baja. El almirante, a pesar de su habitual despiste, fijó su mirada al frente y chasqueó el látigo sobre el lomo del caballo. El gris moteado se puso en movimiento de un tirón.

Guió su carruaje en un círculo cerrado y se dirigió en la dirección opuesta. Mientras los caballos sacudían sus cabezas y piafaban, haciendo que la señorita Lowry chillara y Lady Margaret se aferrara al asidero del asiento, captó la más breve expresión de pesar de Viola cuando el almirante Saxon rodeó sus hombros con el brazo libre.

Una chispa de celos se encendió en su interior, pero Piers sintió que un destello de satisfacción cruzaba su rostro mientras se alejaban. Viola podría jugar a emparejarlo con cualquiera de las damas a su lado. Dos podían jugar ese juego. Cuanto más fingiera empujarla a los brazos del almirante, más atractiva le resultaría su improvisada propuesta de matrimonio.

Uno de sus caballos bayos resopló ruidosamente como si estuviera de acuerdo.

Lady Margaret mantuvo un agarre mortal en el carruaje mientras lo hacía girar en un círculo cerrado y enviaba a sus caballos en dirección opuesta a un trote rápido. La razón ostensible de la salida de hoy —cortejar a Lady Margaret— no estaba disfrutando del viaje. Él tampoco. Parecía lo mejor devolver a la joven al abrazo sobreprotector de su familia antes de que se desmayara de puro terror. Ahora que los caballos habían gastado un poco de su energía excesiva, avanzaron a un trote animado por los caminos de Hyde Park durante otros veinte minutos antes de salir y regresar a la residencia de Evendaw en la ciudad. Mientras depositaba a las mujeres en el elegante vestíbulo, la señorita Lowry se volvió hacia él con una mirada evaluadora. Era la misma mirada que le había provocado un escalofrío en la nuca la noche anterior. El mismo dedo de inquietud lo tocó ahora.

—¿Ha sabido algo más de Bow Street sobre las joyas robadas? —preguntó ella.

—No he sabido nada —respondió Piers con rigidez, recurriendo a su educación arraigada—. Lord Woolryte ha ofrecido una generosa recompensa por su devolución. La familia está ansiosa

por localizar las gemas lo más rápido posible. Esa noche se perdió más que unas simples baratijas.

—Hable claro, Lord Dalton.

—Es una mancha en su reputación haber invitado a un ladrón, aunque fuera inadvertidamente —explicó.

—Ah.

La americana inclinó la cabeza, y Piers quedó impresionado nuevamente por la elegante delicadeza de sus rasgos. Ojos grandes y labios generosos equilibraban los altos contornos de sus pómulos y la suave curva de su nariz. Rizos castaños oscuros y brillantes estaban recogidos en la parte posterior de su cabeza, asomándose por los bordes de su capota de color granate y marfil.

—¿Cree que encontrarán al ladrón? —preguntó la señorita Lowry con frialdad en su acento americano.

—Ruego que así sea —fue todo lo que ofreció.

—Lady Margaret está muy disgustada por la pérdida de sus reliquias familiares —dijo la señorita Lowry, y luego apartó su falda—. Debería atenderla. Que tenga un buen día, milord. Espero que tengamos la oportunidad de disfrutar de nuestra mutua compañía pronto.

Hizo una reverencia. Piers esbozó una inclinación. Sin previo aviso, la señorita Lowry se inclinó hacia adelante para rozar un beso en el aire contra su mejilla. El aroma a lirios le cosquilleó las fosas nasales y desapareció.

Era el mismo gesto que Viola había hecho dos meses atrás. Piers se tocó la mejilla. Su corazón no latía más rápido. No experimentó ninguna ráfaga vertiginosa de atracción. El beso de la señorita Lowry no lo calentaba como lo había hecho el de Viola. Por muy hermosa que fuera, la señorita Lowry no podía conmoverlo.

Se dirigió de vuelta a sus caballos y los puso en movimiento. Quería a Viola. Con un chasquido de sus riendas, Piers se apresuró a buscarla.

Diez

VIOLA

—¿SEÑORA Cartwright? —preguntó el hombre de mandíbula granítica con abrigo de lana a modo de confirmación. El mayordomo había abierto la puerta para ella y el almirante, quien insistió en entrar al salón para tomar una copa de jerez, una oferta que Viola no había escuchado expresar a su abuela. Afortunadamente, la abuela le guiñó un ojo y se lo llevó rápidamente.

—Venga. Dejemos que mi nieta atienda sus asuntos en privado, señor.

Las puertas del salón se cerraron firmemente. Viola exhaló un suspiro de alivio. Al menos su admirado almirante no escucharía su conversación con el extraño visitante.

Entonces se le ocurrió: la baronesa debía creer que este recién llegado era otro pretendiente. Después de cuatro meses sin interés del sexo opuesto, la abuela debía estar encantada de tener dos posibles candidatos oscureciendo su puerta en una sola tarde.

El pensamiento le oprimió el corazón. Los últimos cuatro meses habían sido los más felices de su vida adulta. Le dolía que su abuela todavía, después de todo lo que habían pasado con Harper y Edward, quisiera casarla y sacarla de la casa.

Más tarde, se prometió a sí misma.

—¿En qué puedo ayudarle, señor...? —Se interrumpió. Le resultaba vagamente familiar.

—Señor Reed. De Bow Street.

El cuerpo de Viola se congeló, tan frío y rígido como un estanque en invierno.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Reed? —preguntó, repitiéndose; su cuerpo no le pertenecía.

—Señora Cartwright, me gustaría hablar con usted sobre el robo en el baile de los Woolryte anoche —el hombre habló con sencillez y sin amenaza. A pesar de esto, unas esposas invisibles se cerraron alrededor de las muñecas de Viola.

No irás a prisión por un crimen que no cometiste. Viola deseaba poder creer en esa voz interior. Pero sabía tan bien como cualquiera que la justicia en Londres era más errática que acertada. Quien lo dudara solo tenía que mirar las abarrotadas calles de la ciudad y encontrar carteristas, rateros, prostitutas y estafadores en cada esquina. Y no solo aquí. Incluso en Upper Cotwarren, Samuel había ejecutado varios planes antes de ser atrapado y enviado a prisión. Por eso Viola sabía exactamente lo que le esperaba si la arrestaban por robo de joyas: ya lo había visto de primera mano.

—Por aquí, por favor —dijo con brusquedad.

¿Dónde podía llevar al hombre para que nadie escuchara su conversación? Viola saboreó hierro y se dio cuenta de que se había mordido el interior de las mejillas. Un extraño impulso de reír fue seguido por un terror mortificante de que pudiera estallar en sollozos. Ya había pagado

por los crímenes de su marido mil veces. Viola respiró profundamente mientras guiaba a su visitante a la sala de música y cerraba la puerta. Lentamente, los impulsos pasaron. Una vez dentro, cerró la puerta con llave y le ofreció al señor Reed una silla cerca de la ventana.

Averigua qué quiere el hombre antes de perder el control.

Regañarse a sí misma resultó extrañamente tranquilizador.

—Estoy dispuesta a ayudar con la investigación en todo lo que pueda —Viola encontró su voz como si perteneciera al cuerpo de otra persona. Si pudiera ayudarlos a encontrar al verdadero ladrón, ella y Matthew estarían a salvo. Su hijo no iría a la escuela en unas semanas con el estigma de una madre criminal sobre él. Su hijo iría a la escuela.

—Agradezco cualquier ayuda que pueda proporcionar, señora Cartwright. Empecemos por el paradero de su marido —el rostro profundamente arrugado de Reed estaba plácido. Sus patillas tenían un tinte gris. Viola calculó que estaba en sus últimos treinta, más joven que el almirante, mayor que ella.

Mucho mayor que Piers. Viola apartó el pensamiento. Su edad no importaba.

—Mi marido está muerto —declaró.

—¿Está segura? No pude encontrar ningún registro de su entierro. El último lugar de residencia conocido fue la Prisión de King's Palisades. Fue liberado hace poco menos de un año, a principios de 1822, tras la venta de su granja familiar para saldar sus deudas.

—Sí —susurró Viola—. Todo esto es cierto. El nuevo propietario se ofreció a alquilarme la granja, y no teniendo otro lugar adonde ir, acepté. Pero no pude mantener la propiedad sola, y la abandonamos el verano pasado.

—Por lo cual debe cuatro libras y seis chelines en alquileres impagos. Además, está la tarifa pendiente para mantener a su marido mientras estuvo encarcelado.

—No teníamos dinero —respondió Viola con vehemencia.

—Ah. Pero ahora sí lo tiene, ¿verdad? —Los rasgos plácidos de Reed se volvieron firmes, y Viola sacudió la cabeza como si pudiera alejar su significado.

—No. Mi abuela tiene una porción de viuda y esta casa de ciudad. Mi hermana...

—Se casó recientemente con un conde. No me diga que no hay dinero, señora Cartwright. Sé muy bien que ha abierto líneas de crédito en cuatro tiendas. Una modista, un carpintero, un pañero y un mercero.

—Para amueblar la nueva casa de ciudad de mi hermana y el conde y comprar algunos artículos necesarios para la educación de mi hijo —la voz de Viola salió demasiado alta—. No porque esté gastando dinero en mi propio beneficio —siseó.

—¿El mercero? —Reed arqueó una ceja amenazante. A juzgar por las arrugas de arriba, este era un truco practicado. La mandíbula de Viola se tensó tanto que no pudo responder. Es cierto, el mercero era su propio gasto, pagado con el dinero nominal que su abuela le proporcionaba. Le gustaba pensar que lo gastaba bien. Nunca se le había ocurrido que hacer algunas compras personales bajo la cuenta de su hermana causaría este tipo de problemas.

—Unas pocas libras no vendrían mal, entonces. ¿Entiende el punto de mi interrogatorio, señora Cartwright?

—Sí. Usted cree que robé las joyas para financiar mi extravagante nuevo estilo de vida —era obvio.

—Yo personalmente no lo creo. Sin embargo, puedo entender por qué estos detalles llamaron la atención de mis colegas —Reed colocó sus manos detrás de la espalda y dio tres pasos en una dirección, luego de vuelta.

—Por supuesto. Perfectamente razonable. Si me pregunta por qué no había pagado las

deudas relativamente pequeñas, es porque no he explicado los detalles de mi situación a mi familia con gran detalle. No lo saben —confesó Viola con calma. No había mentido, exactamente, y ciertamente no de manera intencional. Cuando Samuel no había regresado a ella desde la prisión, y después de que Viola perdiera la granja, había asumido que estaba muerto. No podía haber otra explicación. Él no era un hombre que renunciara fácilmente a lo que era suyo, ya fuera una granja, una mujer o un hijo. Samuel tenía la costumbre de aprovecharse de los frutos del trabajo de otros, incluido el terreno baldío sobre el cual había construido su casa de madera. Nunca había sido realmente dueño de la tierra, solo la había reclamado de un propietario desconocido. Luego había pasado años luchando para probar su reclamo en los tribunales, dejando el asunto no menos ambiguo pero cargándolos con más deudas de las que jamás podrían pagar.

—¿Dónde está su esposo, señora Cartwright? —exigió Reed, alejándose de la ventana para mirarla a los ojos.

Viola no se intimidaba fácilmente, pero un miedo real la invadió ahora, no el impacto del terror repentino que la había recorrido antes. Reed amenazaba todo por lo que había luchado estos últimos meses. Todo lo que había sacrificado para salvar a su hermana y a su hijo. Sabía que el descubrimiento era una posibilidad, pero ahora que había llegado, estaba tranquila.

—Muerto, supongo.

—¿Lo supone o lo sabe? —aclaró Reed—. ¿La historia de la viuda es una actuación o es cierta?

—No lo sé con certeza —respondió ella entre dientes apretados—. Samuel estaba enfermo en prisión con una tos que no sanaba. Tuberculosis. Cuando quedó claro que moriría sin ayuda, acepté que el magistrado tomara la granja en satisfacción de sus deudas. Sam me echó de su celda cuando le hice firmar los papeles, pero esperé para verlo salir. No me miró. No lo he visto desde que se alejó de mí ese día. Presumí que estaba muerto.

—Presumió —repitió Reed.

—Sí —Viola hervía de rabia—. Indagué sobre el paradero de mi esposo, señor Reed. Dijeron que se había desplomado en la calle por debilidad tras su liberación. Si hubiera vivido, Sam habría venido por mí una vez que supiera que estaba en Londres. Después de todo, no tenía otro lugar adonde ir.

A menos que hubiera encontrado a otra mujer a quien dar por sentada.

Un fragmento de tristeza atravesó su miedo al pensar en Matthew. Debía proteger a su hijo de la humillación.

Pasos resonaron suavemente en el pasillo.

Piers. Su corazón susurró su nombre como una plegaria. Como si lo hubiera conjurado, hubo un golpe en la puerta. La criada hizo una reverencia.

—Lord Dalton para verla, señora.

Los músculos de Viola se tensaron y luego se relajaron en un pulso tembloroso. *Piers* podría ayudarla, si confiaba en él. Pero eso también significaba decirle la verdad...

Puede que no fuera viuda después de todo.

—Hazlo pasar —respondió Viola con la voz más firme que pudo reunir—. El señor Reed y yo hemos terminado de hablar.

La mirada de Reed se desvió de la suya. Su mandíbula gruesa se tensó de fastidio. Viola conocía la mirada de un hombre que no apreciaba ser despedido por una mujer. La irritación envolvía a Reed como un sudario. No obstante, se marchó con pasos pesados. Fueron reemplazados por el paso confiado de *Piers Ranleigh*, Lord Dalton.

El calor de su mirada se posó sobre ella, descongelando sus miembros entumecidos. Viola esperó hasta que Reed estuviera bien fuera del alcance del oído. Bajó las escaleras con paso pesado. El segundo escalón desde arriba crujió bajo su peso. Hubo un segundo chillido más débil cuando la criada descendió un compás detrás.

—Sobre esta mañana —comenzó él, luego se detuvo en seco.

—Shh —Viola miró por la ventana hacia la calle de abajo hasta que la vista del apuesto hombre alejándose de la casa de su abuela la hizo relajarse un poco—. ¿Qué pasa con esta mañana? —exigió, volviéndose hacia Piers.

—¿El almirante Saxon te está cortejando? ¿De verdad?

—Le gustaría hacerlo —respondió Viola con toda la despreocupación que pudo reunir. ¿Cómo podía centrarse en trivialidades cuando todo su mundo acababa de tambalearse?

Piers no parecía feliz con su respuesta.

—¿Estás considerando su proposición? —preguntó después de un largo momento.

—Tanto como estoy considerando la tuya, mi lord —Viola hizo una reverencia burlona. Un silencio dolido se extendió entre ellos.

—¿Por qué no me aceptas? —exigió Piers—. Puede que sea un tonto arrogante, pero tengo ojos. A menos que el almirante Saxon posea encantos invisibles para el observador casual, considero que mi oferta es superior.

—Porque los de tu clase no pueden aceptarme —respondió ella. Era más fácil responder con una réplica desenfadada que decir la verdad. Su mirada penetrante la taladraba.

—Los de mi clase —bufó él.

—Aristócratas —aclaró Viola.

—Tu abuela y tu hermana son aristócratas. Lo que fueras antes, Viola, ahora eres una de nosotros —Piers tomó sus manos entre las suyas, más grandes y cálidas. Un frío que ningún fuego podría ahuyentar se había colado en sus huesos. Las puntas de sus dedos estaban azules alrededor de las uñas por el frío.

—Nunca seré más que la esposa de un granjero. Mira mis manos, Piers. ¿Ves las cicatrices? No importa cuánto aceite me frote mi doncella cada noche, siempre tendré las manos de una mujer trabajadora. Sin mencionar que tener una doncella en primer lugar es un lujo inconcebible.

Piers examinó los cortes y las manchas. Después de un largo minuto, las juntó y levantó sus manos entrelazadas hasta su boca.

—Cada centímetro de ti es hermoso, Viola —murmuró, rozando un beso sobre sus nudillos.

El calor se disparó por su cuerpo como si hubiera encendido la mecha de un petardo. *Deja que te ayude*, susurró su corazón.

¿Y si no podía protegerla? ¿Y si todo lo que tenía para ofrecerle era dolor?

Solo quedaban unas pocas semanas antes de las vacaciones de Navidad, y después del año nuevo, Matthew comenzaría la escuela en el campo. Ahora estaba con su tutor, aprendiendo matemáticas y ciencias, o al menos fingiendo hacerlo.

Viola deslizó sus manos fuera del agarre de Dalton. —Me halagas.

—No puedo pensar en una receptora más merecedora de elogios —respondió Piers, juntando las manos detrás de su espalda, su postura cautelosa—. ¿Por qué estaba Reed aquí?

Sus palabras se clavaron en su corazón. Viola inhaló bruscamente antes de volverse para enfrentar a Piers.

—Sabes su nombre —evadió Viola, pasando la mano por la superficie tallada de una silla de nogal. Era el tipo de asiento que un violonchelista podría usar para tocar su instrumento. Quizás su padre se había sentado en ese mismo lugar mientras seducía a su madre. Mamá no habría sido

mucho mayor que Lady Margaret cuando sus padres se fugaron. Tal vez más joven, más cerca de la edad de Viola al casarse. Viola cerró los ojos. No le gustaba pensar en su adorado padre de esta manera, como un hombre que había tomado algo precioso de la mujer que decía amar. Viola sabía que él había estado embelesado con su madre, pero no se podía negar que su amor había sido egoísta en el sentido de que le había costado a su madre su familia y su riqueza. Había muerto pobre y orgullosa.

—Reed quería saber más sobre mis circunstancias —dijo con una risa quebradiza—. Una *parvenu* como yo necesariamente levanta sospechas, ¿sabes?

—No me importaría si hubieras robado las joyas, Viola —ofreció Dalton con suavidad.

—A *mí* sí me importaría —declaró con vehemencia—. He sobrevivido treinta y un años en este planeta sin recurrir ni una sola vez al robo. Ahora que tengo todos los lujos que podría pedir, ¿por qué sería tan estúpida como para tomar lo que quiero, cuando podría pedirlo?

La ira calentó su sangre. Con la espalda recta como una tabla, se giró para enfrentar a Piers. Las pesadas faldas de Viola se arremolinaron alrededor de sus rodillas, un recordatorio físico de cuánto tenía que perder.

—Ayúdame —suplicó. Debía haber una manera de dejar entrar a Piers en su vida fragmentada y dispersa sin revelar todos los detalles sobre su aparentemente matrimonio sin resolver.

Dile la verdad.

No podía. Su egoísmo la hizo sentir náuseas. Con la amenaza de Reed sobre ella, necesitaba la ayuda y la influencia de un hombre poderoso. Un vizconde, por ejemplo. No tenía nada que ver con lo mucho que deseaba el toque de Piers. El recuerdo de su breve beso de gratitud le quemaba los nervios. ¿Qué daría por más?

Casi cualquier cosa, menos su orgullo. No podía pedirle a Piers que usara su posición para ayudarla más de lo que podía pedírselo a su cuñado. La posibilidad de que Sam siguiera existiendo en este mundo la había sacudido hasta la médula, pero era su deber proteger a su familia del daño. Lo arreglaría aunque eso significara dejar a Matthew al cuidado de la abuela e irse con Sam a algún cuchitril. Durante quince años, Viola había protegido a su familia extendida de la obstinada determinación de su marido de dejarlos sin casa ni hogar. No iba a retroceder en una batalla final.

Tampoco podía justificar arrastrar a Piers al lío que era su vida.

Los pensamientos se agolparon sobre ella en una cascada de confusión. Cuando Viola se encontró con su mirada taciturna bajo la cascada de su cabello oscuro sobre su pálida frente, se acobardó ante la oscuridad que vio allí.

—¿Cómo? —exigió él.

El hechizo se rompió. Viola se sacudió de vuelta al presente. Debía llegar al fondo del destino de su marido sin que Piers lo descubriera. Había perdido meses mientras se acomodaba en este hermoso nuevo estilo de vida, pero en última instancia, necesitaba saber la verdad. Lo había estado evitando. Ahora, no tenía tiempo para robos de joyas e intrigas.

—Debemos descubrir quién fue el culpable, por supuesto —proclamó Viola con toda la ligereza que pudo reunir, lamentando haber pedido ayuda en un momento de pánico desesperado. Piers gimió.

—Para eso están los Runners.

—Por supuesto, ellos tienen un papel que desempeñar. Sin embargo, nosotros somos los que tenemos acceso a los mejores salones de baile de Londres. Podemos hablar con posibles sospechosos sin que nadie sepa lo que estamos tramando. Tu cortejo a Lady Margaret es

perfecto.

—Perfecto —repitió Dalton con incredulidad. Sus ojos siguieron los movimientos de Viola mientras ella trazaba un ocho alrededor de la silla y un caballete, que su abuela había guardado aquí hace unos meses y del que ocasionalmente se quejaba de no tener tiempo para terminar.

—Sí, eso es lo que dije —aplaudió Viola—. Puedes vigilar de cerca a Lady Margaret y a Evendaw como excusa para acercarte a los americanos.

Una ardiente oleada de celos atravesó a Viola. El dolor en el nudillo de su dedo índice izquierdo la hizo sonrojarse. ¿Se había mordido realmente el nudillo frente a él? Viola pensaba que había roto ese horrible hábito. Aparentemente, no. No tenía tiempo para un resurgimiento de su pasado. El mero pensamiento de que Sam aún caminara por la tierra hacía que sus entrañas se retorrieran de miedo.

Piers ofrecía la protección de su nombre, su título y su fuerza. Pero no podía protegerla de la vergüenza de haber abandonado a su marido en sus horas de agonía, aunque él le hubiera ordenado hacerlo. No importaba que lo hubiera odiado para entonces, por lo que Sam había hecho al casarse con ella.

—¿Con la misma Lady Margaret, entonces? —Viola recogió sus faldas en sus puños, arrugando la seda en un esfuerzo por resistir la tentación de arrojarle a sus brazos. La desesperación tiraba de ella. ¿Cuántas batallas tendría que librar para salvar a su familia de la ruina?

—Viola.

Su cabeza se alzó de golpe.

—Señora Cartwright —corrigió.

—Una vez fuiste Viola para mí.

—Pero ya no lo soy.

—No puedo volver atrás. —Piers la agarró por los brazos por encima de los codos. No la inmovilizó, pero si había sentido que estaba de puntillas a un latido de salir corriendo, tenía razón al intentar detenerla—. Siempre serás Viola para mí. Admítelo, me llamas Piers en tus pensamientos más profundos.

Un escalofrío recorrió su columna. Viola no pudo resistir la tentación de levantar la barbilla para encontrarse con la suya. Tenía una oportunidad de probar el fruto prohibido del hombre que deseaba poder amar, amaría si pudiera permitirselo. Sin embargo, no importaba cuán embelesado estuviera en este momento, Viola sabía que ella era solo un capricho pasajero que se volvía más atractivo por estar fuera de su alcance. Ciertos hombres escuchaban la palabra no y la tomaban como un intento más. Como el almirante.

—Sí —susurró—. Lo hago.

Era la verdad, y la verdad escaseaba. Anhelaba vivir una vida honesta. Por más que Viola lo intentara, no podía dejar atrás su pasado. Piers se rio entre dientes, y el sonido reverberó a través de ella como el latido de un tambor antiguo.

Te oiré decir esas palabras en otro contexto.

Viola se estremeció.

Piers reclamó su boca, y ella lo recibió.

Once

VIOLA

ÉL DESLIZÓ su brazo alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí. La espalda de Viola se arqueó de modo que sus pechos se presionaron firmemente contra él. Si tan solo pudiera confiarle sus secretos tan fácilmente como le confiaba su cuerpo.

Con urgencia pero sin ser dominante, rozó sus labios entreabiertos contra los de ella. La curva sensual de su boca sabía a deseo y a hombre. Un escalofrío decadente recorrió su columna. Viola jadeó y mordisqueó su labio inferior con los dientes. Cuando lo soltó, Piers la inclinó hacia atrás y la tentó para que se abriera a él.

Un suspiro de satisfacción escapó de ambos simultáneamente. Con una mano aún anclada alrededor de su cintura, Piers exploró la suave curva de sus pechos con la otra. Sin pensar, Viola se arqueó contra él. De nuevo.

No podía resistirse a él.

—¿Por qué me has hecho esperar? —gruñó contra su piel. Piers trazó besos ardientes y abrasadores por su cuello. Su toque pulsaba a través de ella, resonando en su bajo vientre mientras su cuerpo respondía independientemente de su voluntad.

—¿Estás tan impaciente por tenerme que unos días es demasiado pedir? —suspiró contra su mejilla.

—Sí, maldita sea. Te quiero en mi brazo. A mi lado. En mi cama. Como mi esposa.

La última palabra sacó a Viola de su niebla de deseo. Y no fue un momento demasiado pronto, pues las voces de su abuela y del almirante Saxon se hacían más fuertes.

—Para —siseó. Reacia al principio, luego con urgencia, se alejó—. Tomando prestada una frase del Bardo, vuestra señoría es demasiado costosa para usarse a diario. Necesitaría un segundo marido para los días de trabajo, pues soy una dama trabajadora.

Las voces resonaron por las paredes de yeso y se filtraron en la sala de música, silenciándolos.

—...debería haber terminado con el agente de policía ahora. No puedo imaginar qué querría el hombre de ella. Supongo que espera que alguien recuerde detalles cruciales de los eventos de anoche —decía la baronesa.

—Sí, bueno —retumbó el almirante—. Gracias por el jerez, Lady Landor.

—Es Dame Landor —respondió la baronesa. Sus voces se hicieron más fuertes mientras su abuela se acercaba al pie de la escalera.

—¿Viola, querida?

—Ya voy, abuela —Viola hizo una reverencia al hombre con quien acababa de comportarse

de manera muy inapropiada.

—¿Cómo puedes besarme mientras tu pretendiente te espera abajo? —exigió Piers.

—No sé cómo deshacerme de él. Es muy tenaz —se encogió de hombros impotente. Mientras su abuela estuviera convencida de la posibilidad de un compromiso bajo el muérdago esta Navidad, Viola estaba atrapada con sus atenciones, sin importar cuán molestas las encontrara.

—Te salvaré del admirador almirante —Piers se dirigió hacia ella con una determinación firme en su mandíbula.

—No tan rápido, Lord Dalton. Puedo protegerme sola, si lo considero necesario —Viola lo agarró del brazo y lo hizo girar para que la mirara. Tenía que protegerlo a él también, de la verdad sobre su matrimonio.

—No entiendo por qué dejas que ese toro bramador de hombre monopolice tu tiempo. Es una pareja terrible para una mujer de tu inteligencia y refinamiento.

Piers se pasó una mano por el pelo. La curva sensual de su labio inferior estaba hinchada y brillante por su beso... su beso. Ella había llevado al imponente y distante Lord Dalton a la distracción. A Viola le encantaba.

Esto era poder. Sostener las emociones de otra persona en tus manos, mirarse a los ojos con corazones desprotegidos... Esto era embriagador, mariposas en el estómago, increíble. Era todo lo que podía hacer para no lanzarse de nuevo a sus brazos.

Pero oh, la arrogancia de este hombre, pensando que tenía algún derecho a dictar cómo pasaba ella sus días.

—Es mi tiempo para usarlo como me parezca —respondió Viola, girando de modo que sus faldas volaron y se enredaron alrededor de sus rodillas. No habría huida por un arrebato. En el mejor de los casos, podría tropezar y caer por las escaleras. Una segunda oleada de mareo la invadió, pues Viola tenía, por primera vez en su vida, la capacidad de decir no tan fácilmente como decía sí. No había luchado para liberarse de un matrimonio infeliz con un encantador estafador solo para lanzarse al primer joven lord que pidiera su mano.

—¿No tengo ningún derecho sobre tu tiempo? —preguntó suavemente. Un tono de ferocidad rugía justo bajo la superficie—. ¿No estamos cortejándonos ahora?

—No, mi querido y confundido Dalton, no lo estamos. Eres demasiado joven para una viuda cansada como yo. Necesitas una joven dama de refinamiento.

—Difícilmente estás lista para el matadero —se burló, caminando tras ella. Viola puso un sofá de seda a rayas entre ellos. Piers esperó para ver hacia dónde se dirigía. Sus ojos oscuros nunca dejaron su rostro. Lo que leyó allí la aterrorizó.

Con gran poder sobre el corazón de una persona venía la capacidad de destruirlo más allá de todo reconocimiento. Viola no deseaba herirlo. Si fuera cualquier otra persona que no fuera ella misma, no dudaría en tomar lo que quería de este hombre y entregarse a cambio. Pero había vivido en el mundo demasiado tiempo para creer en la felicidad duradera. Habiendo estado en el extremo receptor de tener su corazón aplastado y destrozado, Viola se negaba a hacer lo mismo al hombre que la tentaba más allá de la razón. Todo lo que tenía para ofrecerle era dolor.

—Oh, vaya —se rio sin humor—, qué elegantes cumplidos me otorga mi señor.

—Pícara —gruñó Piers.

—Lo digo en serio, Piers. Este beso no cambia nada entre nosotros. Manejaré al almirante Saxon como me parezca conveniente. Tú cortejarás a Lady Margaret.

Viola arreglaría todo por su cuenta. No había necesitado la ayuda de nadie en mucho tiempo. Bueno, eso no era del todo cierto: ella y Matthew estarían sin hogar ahora si no fuera por su

abuela. Pero Viola estaba acostumbrada a arreglárselas sola, y un beso no había cambiado nada. Más besos seguirían sin cambiar nada. Si Piers no podía aceptar ese hecho, era mejor que se separaran ahora.

El corazón de Viola dolía ante esa posibilidad. Pero no iba a arriesgar el maravilloso futuro que tenía al alcance —dos habitaciones propias en una ciudad emocionante— para aferrarse a un espejismo. Piers pensaba que la quería como esposa. Lo que necesitaba, decidió Viola, era una aventura. Ella podría darle eso, por un tiempo. Ciertamente lo deseaba. Pero el hombre no estaba pidiendo un lugar temporal en su cama. Piers había confundido la intensa atracción entre ellos con amor puro. Exigía la luna cuando no era suya para cantársela.

Qué lástima, porque si había algún hombre merecedor de amor, era él.

—Estoy aquí si me necesitas —ofreció Piers, caballeroso hasta la médula. No la presionaría. Pero tampoco iba a dejar que lo apartara como a una mosca. Era incorrecto permitir que ese conocimiento la emocionara. Era tonto sentirse reconfortada al saber que él, un lord cuatro años menor que ella, estaba tan prendado que quería protegerla. Viola aplastó el germen de vanidad en su alma.

—¿Con quién estás ahí arriba? —llegó la voz quejumbrosa de su abuela desde un piso más abajo.

—Lord Dalton. Ya se iba. —Viola le lanzó al hombre que había despertado sus sentidos la mirada más imperiosa que pudo reunir. Cuando él no obedeció de inmediato, ella arqueó una ceja y levantó la barbilla. Él sostuvo su mirada por un largo momento antes de descender delante de ella, como era apropiado, para evitar pisar la cola de su vestido de día a rayas violetas y amarillas. La tela de lana y seda brillaba tenuemente mientras Viola se alisaba las manos sobre ella, pero luego se contuvo. Una dama no arrugaría su vestido por unas cuantas emociones conflictivas.

Parecía que su entrenamiento como dama seguía incompleto.

El almirante tomó a Viola del brazo antes de que sus pies dejaran el último escalón. Su torpe intento de ayudarla casi la hizo caer. Viola se agarró del poste de la escalera.

—La tengo, señora Cartwright —bramó Saxon. Sí que hablaba demasiado alto, aunque Viola decidió ser caritativa y atribuirlo a una incipiente sordera. ¿Se volvería el hombre más ruidoso a medida que envejeciera y sus achaques físicos se acumularan?

Viola se estremeció, no de asco, sino porque se había casado con un hombre veinticinco años mayor que ella y sabía lo que el envejecimiento le hacía a una pareja. No, la reacción involuntaria se debía estrictamente al hecho de que había rechazado la oferta de ser la amante de un hombre más joven y mucho más apuesto hacía solo unos minutos. Sus nobles intenciones le habían rebotado en cuestión de minutos.

Por encima del hombro del almirante, Piers sonrió sin arrepentimiento. Viola reprimió una sonrisa mientras él se quitaba el sombrero y salía.

Requirió varias rondas de despedidas, pero lograron que el almirante Saxon saliera por la puerta unos minutos después.

—¡Nunca esperé que te convirtieras en una joven tan popular, señora Cartwright!

—Me encuentro necesitada de té, abuela. —Viola necesitaba mucho más que té. Necesitaba unos cuantos tragos de una bebida más fuerte después del torbellino de la última hora. El sabor del beso de Piers persistía en su aliento. Sin embargo, la felicidad alegre y juvenil no podía amortiguar su preocupación por la visita de Reed.

—Pediré que suban una tetera fresca. Ven y siéntate. Quiero saberlo todo sobre lo que quería ese horrible hombre de Bow Street contigo. Corruptos, todos ellos. —La baronesa se sacudió

como una gallina esponjando sus plumas. Luego, chocó contra la pared al intentar alcanzar un cordón de terciopelo y dejó torcido un cuadro.

—¿Cuánto jerez consumieron tú y el almirante Saxon, abuela? —Viola enderezó el cuadro.

—Eso no es asunto tuyo. Ahora ven, siéntate.

Viola parpadeó al ver a la baronesa Landor dando palmaditas en el lugar a su lado en el sofá. El comportamiento almidonado y los agudos comentarios de su abuela no se veían por ninguna parte. Tal vez debería darle a su abuela vino fortificado más a menudo. Diariamente. Incluso cada hora. Ciertamente, antes del desayuno.

—No hay mucho que contar —dijo Viola, deslizándose en su lugar—. Reed hizo preguntas intrusivas sobre mis compras recientes para acondicionar la nueva casa de la ciudad para Edward y Harper, y luego llegó Piers y me hizo preguntas intrusivas sobre el almirante.

—Quien está bastante prendado de ti, querida niña.

—Abuela, no soy ni una niña ni siquiera una joven dama. Soy una viuda sin un centavo —reprendió Viola.

—¿Necesitas dinero? —preguntó la abuela—. ¿Es eso lo que estás insinuando?

—Yo... —Viola dudó.

A pesar de su frivolidad, la visita de Reed había planteado serias preguntas sobre su marido, preguntas que había evitado pensar desde que dejó Upper Cotwarren. Sam no había regresado. Incluso si lo hubiera hecho, el hombre no iba a vivir mucho tiempo. El matrimonio había terminado. Como mínimo, necesitaba saber qué había descubierto Bow Street sobre su esposo, Samuel Cartwright. Si es que habían descubierto algo. Los investigadores corruptos podían ser comprados. ¿Cuánto podría costar un pequeño aviso anticipado?

—Veinte libras. —La exorbitante suma salió de su boca sin pensarlo. A pesar de su leve embriaguez, la baronesa levantó la barbilla.

—¿Todo el dinero para alfileres de un año entero, de una vez? Te daré la mitad de eso. Espero que Matthew quiera un regalo en Navidad, y todo niño necesita algunos recuerdos de casa cuando va a la escuela. Informaré al mayordomo que te lo entregue. Ahora, sobre la visita del almirante Saxon.

¿Eso era todo? Había pedido dinero y su abuela se lo había dado sin cuestionarla. Viola estaba tan desconcertada por su inesperado éxito que se perdió el cambio de tema.

—Gracias, abuela. Eres muy generosa.

—Bah. Tonterías. Veo un muy buen progreso con tus perspectivas. Mañana por la noche, asistiremos a la ópera con el almirante.

—¿Oh? —Viola se quedó paralizada, con la taza de té a medio camino.

—Sí. —La baronesa aplaudió—. Ha pedido permiso para cortejarte. Aunque entiendo que esto pueda parecer repentino, el almirante cree que has desarrollado un afecto en las últimas veinticuatro horas.

—¿Ah, sí? —repitió Viola. *¿Basado en qué aliento?*

—Le he informado que el único posible impedimento es el aparente interés de Lord Dalton. —La baronesa realmente le guiñó un ojo—. ¿Crees que hay esperanza de un compromiso con el vizconde, querida?

—No —logró decir Viola. El té se derramó por el borde de su plato y cayó en el platillo—. No seas tonta. Solo es una amistad. Él está cortejando a la hermana de Lord Evendaw, según tengo entendido.

Lo estaría una vez que su abuela pasara la voz entre sus amigas chismosas. Eso solo dejaba el problema del almirante y la determinación de Viola de no volver a casarse nunca.

Ni con un almirante.

Ni con un vizconde.

Su único gran deseo era finalmente liberarse de Samuel Cartwright y vivir su vida con felicidad. Viola no necesitaba otro marido; ya tenía a su hijo. Lo que significaba que tenía que hacer ahora lo que debería haber hecho el otoño pasado.

—Oh, sí, ese sería un partido mucho mejor —observó su abuela con un rastro de tristeza—. Apropiado, aunque no he visto mucha chispa entre los dos. Ahora, será mejor que me acueste antes de que vayamos a cenar a casa de Lady Gracie.

Viola se tragó un gemido. De todas las compañeras favoritas de su abuela, Lady Gracie era la peor. Sin embargo, Harper la había enviado a Londres con una doble misión: amueblar la casa de la ciudad que ella y Edward habían alquilado para reemplazar la que se había quemado, y pasar tres semanas cortejando a las amigas de la abuela. Viola haría cualquier cosa por su hermana —excepto volver a casarse— y cualquier dama que pudiera ser persuadida para apoyar al nuevo conde y su esposa en la sociedad era una visita obligada. No había forma de evitar una visita al otro lado de Mayfair.

Aun así, con su abuela durmiendo la siesta y el permiso para llevar más dinero del que Viola jamás había tenido en sus manos, este era el momento ideal para tomar un coche de alquiler hacia Bow Street y buscar a Reed.

Dace
VIOLA

VIOLA HABÍA ESPERADO una presencia más impresionante que el modesto edificio que albergaba a los Runners. Se le podría llamar destartado, pero en realidad, rayaba en lo sórdido. Los desechos de las abarrotadas calles de Londres casi ocultaban el escalón de entrada. Una rata en la alcantarilla la miró con ojos brillantes y poco impresionados. Con creciente desesperación por sus finas botas de cuero de Córdoba, recién salidas del zapatero, Viola se recogió las faldas hasta las rodillas y subió cuidadosamente el escalón hasta ponerse a salvo.

En el interior, el hedor de la suciedad dio paso al aroma del cuero, la tinta y la lana mojada.

—¿A quién busca, señora? —preguntó un empleado atareado.

—Al señor Reed.

—Está con un cliente. Interrogatorio. Puede esperar con los demás. —El joven empleado señaló con la cabeza la fila de personas que desbordaban una hilera de sillas de madera. Había una mujer con un bebé que no dejaba de berrear. A su lado, un ciudadano con un traje y una cantidad nauseabunda de colonia fruncía el ceño ante un montón de papeles. No le ofreció un asiento, y Viola no sintió la necesidad de pedirlo. Durante un cuarto de hora estuvo haciendo tiempo. En el bolsillo de su vestido, acarició las diez monedas de oro que el mayordomo le había entregado a regañadientes.

Todo lo que quería era información. Seguramente, sería suficiente.

—¿Señora Cunningham?

Viola se sobresaltó al oír el nombre falso que había dado. El empleado la miró como si supiera perfectamente que no era su verdadero nombre.

—Sí, soy la señora Ca-Cunningham.

Sus habilidades para mentir no eran precisamente las mejores. La falsedad no le resultaba fácil.

—Ha terminado con el interrogatorio. Puede verlo en su despacho. No me importa decir que este no es lugar para damas.

Al no ser una dama, Viola estaba bien acostumbrada a los hábitos de los hombres que no sentían la necesidad de ceder ante el sexo débil. No le habría sorprendido encontrar un montón de patanes malolientes organizando literalmente concursos de meadas por la ventana mientras gritaban obscenidades a las mujeres que pasaban.

En su lugar, encontró a un Reed de aspecto cansado envolviendo sus nudillos con una tela blanca lisa.

—¿Señora Cunningham, verdad? Pase. Espero que no le importe la vista de... —Reed levantó

la vista y contempló su rostro—. Sangre. ¿Qué la trae por aquí hoy, señora Cartwright? ¿O nos quedamos con Cunningham por el momento?

—Lo último, si no le importa, señor Reed. ¿Necesita ayuda, señor?

La sangre goteaba sobre el suelo de madera. Manchas de lo que Viola supuso eran cientos de momentos similares salpicaban desde debajo del escritorio. Reed hizo una pausa en su trabajo y luego levantó la mirada. La examinó con dureza y volvió a sus manos heridas.

Sin decir palabra, se quitó los guantes, mojó un paño en una botella de hamamelis precariamente colocada en la esquina del escritorio —Viola la reconoció por el aroma— y lo aplicó a sus grandes manos llenas de cicatrices. Reed siseó.

—Es mejor limpiarla antes de vendarla. Un ungüento ayuda a que cure más rápido, si tiene. —Intentó mantener un tono neutral, pero estaba cargado con la implicación de que los hombres que se dedican a las peleas deberían tener tales suministros a mano.

—¿Acaso trabaja como curandera, mujer? —exigió Reed con brusquedad.

—Cuando una ha vivido en reclusión rural durante la mayor parte de su vida adulta, aprende a no dejar que las heridas se infecten —respondió Viola con aspereza, atando el vendaje una fracción más apretado de lo necesario. La sangre manchó un punto, pero el sangrado se había detenido—. Los médicos son difíciles de encontrar.

Como había aprendido cuando su hija recién nacida había enfermado, y Samuel se había negado a dejarla llevar el poni y el carro a Upper Cotwarren en busca de ayuda médica. Hacía mucho tiempo que Viola no recordaba conscientemente a la bebé, aunque a veces la sensación de su cuerpecito caliente, sacudido por la fiebre contra su pecho, ardía como un fantasma.

—Supongo que no ha venido aquí para curar a un viejo perro de Bow Street —dijo Reed después de un momento. Flexionó los dedos en el puño de lino blanco y asintió como si estuviera satisfecho.

—He venido por mi marido.

—¿El señor Cunningham? —Reed la atravesó con una mirada sardónica, y el alma de Viola se encogió mientras trataba de no marchitarse.

—Sabe que me refiero al señor Cartwright. No quiero que nadie sepa que estoy aquí. —¿Necesitaba explicar sus razones? Para ser un investigador, Reed no parecía ser un hombre muy curioso.

—La discreción cuesta dinero, señora —respondió bruscamente.

Ella levantó la barbilla. —Tengo dinero.

Reed se rio, casi demasiado bajo para oírlo. Se le erizó el vello de la nuca. El mismo diablo se habría reído así.

—Sé que lo tiene. —Reed se puso de pie—. Y lo que es más, tiene al guapo de Dalton comiendo de su mano.

—No es un niño. —La garganta de Viola trabajó. Una cosa era que ella se burlara de Piers por ser más joven que ella. Otra cosa muy distinta era que este pendenciero corrupto menospreciara la edad de Dalton. No es como si tuviera control sobre cuántos años había vivido en esta tierra.

Reed solo la miró y negó con la cabeza como si lo viera todo, efectivamente.

Cohibida, Viola se lanzó a su propuesta. —Señor Reed, entiendo que trabaja para quien pueda pagar sus honorarios. Todo lo que le pido es que me diga lo que averigüe sobre mi marido. No mentía cuando dije que creía que estaba muerto.

—Sé que no mentía, señora Cunningham. —Reed no la miró lascivamente ni se burló de su terrible nombre falso. Solo parecía cansado de nuevo, como si el peso del mundo presionara

sobre sus hombros—. Está bien —continuó después de un momento—. Por una fianza de veinte libras más gastos, le pasaré la información que encontremos. Por cincuenta libras, haré indagaciones discretas para que pueda estar segura del destino de su marido. Por cien, si está vivo, me aseguraré de que nunca vuelva a oscurecer su puerta.

Viola jadeó. La habitación estaba sin aire, las paredes opresivamente cerca, como un ataúd.

—Se refiere a asesinato —susurró.

Reed levantó sus puños vendados. —No necesariamente.

Viola recorrió la pequeña habitación. Tres golpes de buen cuero de bota sobre madera gastada hasta la ventana, un leve susurro de seda y lana, luego tres pasos de vuelta a la puerta. De nuevo, hizo el recorrido.

—Si Samuel me encontrara ahora, me tendría justo donde quiere. No tenía idea de que sabía sobre mi abuela cuando me propuso matrimonio. No me di cuenta de que pretendía aprovecharse de esa conexión para chantajearla y que lo apoyara. Aunque, pensándolo bien, ¿por qué un hombre honesto de mediana edad se casaría con una niña?

—¿Por qué una niña se casaría con un hombre? —preguntó Reed con tono lacónico.

Viola fulminó a Reed con una mirada de pura indignación.

—No tenía otra opción. Mis alternativas eran morirme de hambre en las calles o casarme con un casi desconocido. Mi hermana menor quedó muda después de que perdimos a nuestros padres. Tuve la suerte de encontrar un asilo que la acogiera por caridad. Supongo que podría haber caminado las calles o unirme a un burdel, pero de las opciones disponibles, el matrimonio parecía la mejor.

Reed levantó las manos.

—Paz. No tengo respeto por los hombres que se aprovechan de niñas o niños.

—¿Niños? —Esto era nuevo para ella. Violaladeó la cabeza. Pero por la expresión afligida que cruzó fugazmente el rostro de Reed, tuvo la sensación de que no le gustarían las respuestas si preguntaba, así que dejó pasar la cuestión. Por ahora.

—Se casó a los quince —la instó el Runner.

—Sí. Samuel quería que le escribiera a mi abuela para suplicarle que nos acogiera, pero me negué, incluso cuando me golpeaba. Me negué cuando estaba embarazada y él amenazó con echarme. Me negué cuando nació nuestro hijo y estábamos al borde de la inanición después de una mala cosecha. —Viola omitió hábilmente la existencia de su hija. No compartía a su hija con nadie. Ni siquiera Samuel se atrevía a pronunciar su nombre.

Excepto Piers. Viola apartó el recuerdo de lo fácilmente que había hablado de su hija muerta. Probablemente había sido la influencia de Emily.

Viola tomó un profundo y tembloroso respiro y continuó:

—Me negué cuando contrajo deudas que no podíamos pagar y lo encarcelaron. Especialmente entonces. No iba a pedir ayuda a una mujer que nunca había conocido.

—Entiendo. —Reed levantó las manos con las palmas hacia fuera—. Se negó cada vez que su esposo se lo pidió. Pero debe de haber habido un cambio el verano pasado, o no habría venido a Londres con su hermana.

—Cierto. —Viola nunca esperó tener que explicarse. Las palabras no salían fácilmente—. Cuando creí que mi nombre ya no podía usarse para extorsionar dinero de mis familiares distanciados, decidí que era seguro acercarme a la baronesa Landor. No es como si tuviéramos muchas opciones en ese momento. El orgullo tiene sus límites. No iba a ver a mi hijo morir de hambre, como tampoco iba a permitir que mi esposo estafara a mi abuela y le quitara su dinero.

—Qué corderito abnegado es usted, señora Cunningham. —Reed encendió una pipa de

tabaco.

Viola detuvo su paseo y esperó en silencio.

—Así que no hubo asesinato —dijo él después de unas cuantas caladas.

—Ni golpizas tampoco.

Reed la miró con aire lacónico.

—Quiere saber si su esposo está vivo y, de ser así, dónde se le puede localizar.

—Correcto.

—Veinte libras para empezar.

Viola tragó saliva.

—Yo... eh... ¿Hay margen para negociar?

Reed echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Viola se sintió pequeña e indefensa, inexperta y, sobre todo, poco sabia. Pasó el pulgar por los relieves de las pesadas monedas en sus bolsillos.

—Pague lo que pueda ahora. Consiga el resto la próxima semana. Los Woolryte quieren que se encuentre a su ladrón. Me quedo con las veinte libras encuentre algo o no. Así es como se hace, señora Cunningham.

Esta vez, Reed pronunció su título con un claro desdén. Hombre odioso. Viola arrojó las diez monedas sobre la superficie marcada y desordenada de su escritorio.

—Hecho.

Trece

PIERS

PIERS TUVO su primer encuentro con los Kilpatrick estadounidenses en la función vespertina de *Love in a Village*. La última encarnación del Theatre Royal, Drury Lane, había adoptado una nueva iluminación de gas, un hecho que Piers había llegado a apreciar desde que la casa de los Briarcliff se había incendiado. No había nada como ser tocado por una tragedia personal para darse cuenta del peligro de simplemente salir de casa, reflexionó Piers.

—No sé a qué te refieres con eso —intervino Lady Margaret con aire taciturno.

En realidad, Piers se había olvidado de su acompañante. Al parecer, había murmurado el pensamiento en voz alta.

—¿Con qué? —preguntó.

Lady Margaret le dirigió una expresión peculiar, mitad mirada fija, mitad mueca de desprecio. Si se pudiera decir que una mujer menuda mira por encima del hombro a un hombre más alto, ella lo logró.

—Murmuró algo sobre el peligro de salir de casa, Lord Dalton. No entiendo a qué se refiere —respondió lentamente, como si le hablara a un niño o a un simplón.

—Me refiero a que las luces de gas son más seguras que las velas —replicó Piers con rigidez—. Desde el punto de vista de los incendios.

La velada había comenzado de manera incómoda. Evendaw le había presionado para que se uniera a su grupo, y luego insistió en que ocupara un lugar en su palco. Piers, acorralado por los rumores de que cortejaba a Lady Margaret, se había visto en apuros para negarse. Era una auténtica conspiración para casarlo. Aunque su objetivo al venir esta noche era estar cerca de otra mujer.

Viola. Por mucho que ella intentara empujarlo a los brazos de Lady Margaret, después de tres minutos de conversación, no había posibilidad de que se comprometiera a una vida de intercambios forzados y hombros fríos y suspicaces. Ni siquiera por un heredero. Si ya estaba poco inclinado a cortejar a Lady Margaret, la perspectiva de engendrar uno con una mujer reacia era suficiente para hacerlo estremecerse de repulsión.

—Yo prefiero la luz parpadeante de las velas del Teatro Haymarket. El efecto es muy bonito con el esquema de rosa, carmesí y oro —ofreció Margaret después de un momento.

—A mí me parece bastante estridente, la verdad.

Piers se apartó de Lady Margaret, escudriñando la multitud. ¿Por qué no pudo haber dicho: "Oh, es encantador. Tan cierto", en lugar de insertar su opinión donde no era deseada? Esta era una de las razones por las que nunca había tenido mucho éxito con las damas de la alta sociedad.

No es que hubiera puesto mucho empeño desde la muerte de su difunta esposa. No era muy dado a mirar a damas delicadas con sensibilidades frágiles. Incluso Emilia había sido todo un desafío, propensa a retos vivaces y réplicas ingeniosas. Aunque no podría decir que estaba profundamente enamorado, se habían llevado lo suficientemente bien. Había habido breves momentos de afecto y un núcleo de respeto.

No podía volver a hacer eso. Mantener a Emilia a distancia había sido bastante difícil. Había sido una mujer de la que podría haberse enamorado, si se lo hubiera permitido. De lo contrario, no se habría casado con ella.

A su lado, Lady Margaret volvió a caer en su habitual silencio malhumorado. Si acaso, parecía más pronunciado ahora que cuando ocuparon el palco. Era justo decir que no había perspectiva de que él y Margaret se llevaran lo suficientemente bien, ni ahora ni en el futuro, no con ella siseándole como un gato mojado cada vez que Piers abría la boca.

—Escucha, Margaret —comenzó Piers, y luego cerró la boca de golpe. Se había acostumbrado demasiado a dirigirse a Viola por su nombre de pila, y en su distracción, acababa de cometer un grave insulto al omitir el título de su acompañante.

—Lady Margaret —insistió ella sin mirarlo. En su lugar, levantó su lorgnette y escudriñó los palcos mientras la orquesta se calentaba.

—La pedantería nunca es una buena cualidad en una dama —replicó él cuando el fastidio pudo más que él. No se gustaban. Necesitaba poner fin a este cortejo catastrófico antes de que el rumor se convirtiera en realidad.

—Le agradecería que no fuera excesivamente familiar conmigo, Lord Dalton. Lo dejaré pasar por esta vez, pero si vuelve a ocurrir, le aseguro que informaré a mi hermano.

La joven descontenta a su lado se enderezó de repente y miró por detrás de su lorgnette.

—Oh, mire. Ahí está la señorita Lowry con los Kilpatrick. Vayamos a visitarlos, ¿de acuerdo?

Cualquier cosa para poner distancia entre él y la mujer que supuestamente estaba cortejando, aunque después de su breve presentación en el desastroso baile de los Woolryte, Piers estaba menos que entusiasmado ante la perspectiva de una relación más cercana con la descarada familia americana. Sin embargo, la alternativa era permanecer aquí, atrapado durante las próximas dos horas en este pequeño palco con Evendaw, su hermana y su esposa. Evendaw le lanzó una mirada de aprobación con una sonrisa burlona.

—Vamos a visitar a la señorita Lowry —informó Lady Margaret a su hermano. Piers no detectó ningún afecto entre ellos. La única persona por la que Margaret parecía tener algún sentimiento era su nueva amiga, la señorita Lowry. Su fijación por sus amigos hablaba de una falta de madurez.

—¿Ah, sí? —respondió Evendaw, dirigiendo su mirada hacia Piers.

Levantó un hombro como para implicar, *es tu hermana*. Su viejo amigo de la escuela no lo desafió. En su lugar, el hombre examinó su programa con un desdén que hizo que Piers quisiera sacudir a Evendaw como un terrier con una rata. Como dudaba que Lady Margaret apreciara su gesto imaginario de protección, en su lugar la siguió fuera del palco y por el pasillo tapizado de seda roja hacia sus amigos en el lado opuesto.

Se escabulleron en el palco justo cuando la orquesta comenzaba a señalar el inicio de la función. Tres cabezas pelirrojas con monóculos adornados con perlas idénticos escudriñaban al público. Una cuarta cabeza coronada con rizos gruesos y brillantes de color oscuro se sentaba entre una de las pelirrojas y el extremo. Si la señorita Lowry poseía algún tipo de dispositivo de aumento, él no podía verlo. Ella cerró los ojos mientras la orquesta tocaba las notas de apertura y

suspiró. Lady Margaret se acomodó en el espacio entre la señorita Lowry y la única hermana Kilpatrick que se sentaba aparte.

—¿El Duque de Havencrest! Pensé que nunca dejaba su finca.

—Oí que es rico como Creso. Tiene una conexión con la reina Charlotte; ¿no es así como se convirtió en duque?

—Yo escuché que el hombre está desfigurado.

Desde la parte posterior de sus cabezas, Piers no podía identificar si era Annabelle, Beth o Carolina Kilpatrick quien hablaba. No importaba. Havencrest era un duque; se asumía la riqueza. Horrorizado, Piers se cernía detrás de la fila de mujeres, debatiendo si debía quedarse aquí o ir en busca de compañía más agradable. La cabeza de Margaret inclinada junto a la de la señorita Lowry le obligaba a quedarse.

—¿Qué tan mal? —preguntó la hermana que se sentaba aparte.

Tres pares de gemelos de teatro de nácar y latón apuntaban hacia el palco de los Havencrest. Piers accidentalmente cruzó su mirada con la señorita Lowry, como si la invitada de los Kilpatrick tuviera algún poder para detener a las mercenarias estadounidenses de menospreciar al nuevo miembro de la aristocracia inglesa. Lady Margaret y la señorita Lowry tenían las cabezas inclinadas en profunda conversación. Las dos hermanas miraban fríamente a su hermana, que continuaba sin reconocer su desdén.

—Por ejemplo, ¿podría una cerrar los ojos una vez cada quince días y cumplir con el deber, o sería la exposición diaria a la fealdad marcada del hombre un precio demasiado alto a pagar por convertirse en duquesa?

—Me imagino que cualquier precio vale la pena pagar para convertirse en duquesa —observó la señorita Lowry.

Escuchar los mismos sentimientos expresados por un hombre le habría ofendido menos. Tres jóvenes damas diseccionando descaradamente el atractivo físico de un hombre y su potencial fortuna era un placer que había tenido la suerte de evitar, gracias a su breve cortejo, su posterior matrimonio y su evitación general de la sociedad. Piers consideró las repercusiones de abandonar a la señorita Lowry con las amigas abrasivas de su amiga y retrocedió, fuera de la vista. Desde este nuevo ángulo, avistó a su presa definitiva. No era de extrañar que no hubiera visto a Viola antes. Ocupaba un palco debajo y detrás del de Evendaw, acompañada por su abuela y el maldito almirante Saxon.

Su corazón saltó en un latido errático.

Sin considerar la forma en que lo había besado ayer. Todo su cuerpo se tensó cuando la conciencia de Viola estiró su piel tan tensa como una cuerda de violín.

—¿Quieres una silla?

Piers salió de su ensimismamiento sobresaltado.

—¿Perdón?

—Te pregunté si querías mi asiento. Me estoy tomando un descanso de la compañía de mis hijas. Pueden ser abrumadoras, incluso para mí. —Un hombre corpulento con un acento tan marcado que Piers necesitó un momento para traducir sus palabras al inglés común se apretó contra su costado. Los palcos eran pequeños, y los vestidos de las damas ocupaban la mayor parte del espacio.

—No es usted aficionado al teatro, ¿verdad, señor Kilpatrick? —preguntó Piers. El cabello gris del hombre aún conservaba un toque del rojo de su descendencia. No había duda de que estaba hablando con el señor Kilpatrick, el obscenamente rico comerciante estadounidense y padre de las tres mujeres. Piers difícilmente podía llamarlas damas, sin importar cuán finos

fueran sus vestidos.

—Solo cuando involucra a mujeres que usan sustancialmente menos ropa que la señora Siddons allí. —Kilpatrick le guiñó un ojo.

Aunque Piers había asistido a suficientes representaciones como para saber exactamente a qué se refería el señor Kilpatrick, la idea de que un hombre hablara tan groseramente al alcance del oído de sus propias hijas le revolvió el estómago. Los estadounidenses eran terribles. Todos ellos.

—No lo entretendré más, entonces. —Hizo una reverencia y se movió para dejar pasar al hombre. Estaba a punto de seguir a Kilpatrick cuando una ardiente conciencia se deslizó por su columna vertebral.

Al otro lado del teatro, Viola había levantado sus gemelos y los había fijado en él. Piers tragó saliva. Esta noche, ella había elegido un vestido de brocado violeta con adornos de trenza dorada en la cintura y las mangas. Su cabello estaba artísticamente recogido sobre su cuello en una cascada de rizos. El efecto era absolutamente encantador.

—Diez dólares a que no puedes conseguir una presentación con Havencrest —dijo la hermana separada mientras el ruido de los aplausos se desvanecía.

—Quince a que puedo.

—Veinte a que me caso con él y me convierto en duquesa —dijo la tercera hermana Kilpatrick, provocando una carcajada de sus hermanas.

Piers no pudo soportar más. Se escabulló. En el pasillo, descubrió a una dama buscando en el suelo como si estuviera buscando algo.

—¿Está todo bien? —preguntó. A este paso, nunca llegaría al palco ocupado por la baronesa y Viola.

—He perdido un brazalete, de oro esmaltado con rubíes. Estoy retraseando mis pasos para ver si se rompió el broche.

—Le deseo suerte —ofreció Piers, haciendo un escaneo a medias de la alfombra. Obviamente, no había joyas en las cercanías—. Si encuentro algo, me aseguraré de devolverlo a la recepción.

—Gracias, señor. —La dama siguió adelante, con su cabeza rubia inclinada en busca de su ornamento perdido.

—¿Lord Dalton?

Él se dio la vuelta.

—Viola.

—Señora Cartwright —le recordó ella suavemente mientras se acercaba. El corazón de Piers latía erráticamente mientras rozaba su cintura con el antebrazo, sin llegar a atraerla contra él, pero deseando hacerlo. Viola olía ligeramente a lilas y miel. Sus rizos brillaban en la tenue luz.

—Descubrí que ya no podía soportar la compañía esta noche —dijo ella, inclinándose más cerca de él y paseando por el pasillo.

—¿Quieres decir que la conversación de tu almirante deja algo que desear? —aclaró él, metiendo el brazo de ella en el hueco de su codo.

—La abuela parece encontrarlo encantador. Le he sugerido que se case con él, si está tan entusiasmada con el almirante Saxon.

—Apoyo de todo corazón que la baronesa encuentre la felicidad con el almirante, si eso te deja para mí, Viola.

Esta vez, la viuda frunció brevemente el ceño ante el uso de su nombre de pila. Qué lástima. No podía volver a fingir que no había nada entre ellos, no después de besarlo así.

—Ella no lo haría, por supuesto. Lo que es entretenido en pequeñas dosis rápidamente se vuelve empalagoso en un trato más cercano. —Viola le lanzó una mirada astuta—. Tu acompañante de esta noche parece haber encontrado un rápido grupo de nuevas amigas. ¿Son las hermanas Kilpatrick tan malas como los rumores las pintan?

—Peores. Mercenarias, groseras y mal educadas. —Piers se estremeció.

Al doblar la esquina, se encontraron con la mujer rubia que todavía buscaba su brazalete.

—¿Alguna suerte? —preguntó Piers.

—Aún no. Odio pensar que podría haber sido robado —dijo ella—. Londres está plagado de carteristas y criminales hoy en día. Algo debería hacerse al respecto, ¿no crees? Una dama debería poder asistir a una noche en el teatro sin que dedos ligeros le arrebatan sus joyas.

Viola lo miró, interrogante. Piers le dio una palmadita en la mano.

—No es nada. Más joyas perdidas. Parece haber una epidemia últimamente.

—Por suerte para mí, no tengo nada de gran valor que perder. —Viola sonrió como si la visita de Reed de ayer por la tarde no la hubiera perturbado en lo más mínimo—. Disfrutaré mi noche como estaba planeado. ¿Te gustaría ir al nivel de la orquesta y mirar desde atrás? Dudo que encontremos asientos, pero amo esta obra. La he leído tantas veces a lo largo de los años.

—Tus padres te educaron bien —comentó Piers.

—Difícilmente —respondió Viola con acidez—. Eran muy buenos enseñándonos a leer, escribir y arte. La aritmética nunca fue el fuerte de mi madre, pero adoraba la música, al igual que mi padre. Luego, por supuesto, después de que me casé...

—¿Sí? —la instó Piers cuando ella se detuvo. Su curiosidad sobre esta parte de su vida lo carcomía. Se acomodaron en la parte trasera de la platea, apoyándose contra una pared. El acomodador frunció el ceño, pero Piers le deslizó un chelín y el hombre los dejó quedarse.

Viola se acercó y habló en voz baja, aunque su mirada permaneció clavada en los actores en el escenario.

—No había mucho que hacer en el campo. Teníamos cuatro libros. Una Biblia, las obras completas de Shakespeare, una colección de poesía y un tomo bastante tedioso sobre historia griega. Matthew adoraba los mitos. Yo desgasté las páginas de tanto releer a Shakespeare y la poesía. No puedo expresarte qué alegría es tener acceso a una biblioteca, teatros y museos. Nunca me cansaré de Londres, Lord Dalton. Sin importar cuántos ladrones de joyas estén actuando.

En los balcones superiores, hubo un revuelo de conmoción. Piers miró hacia donde las mujeres Kilpatrick colgaban sus pechos sobre el borde y notó un espacio vacío donde habían estado la señorita Lowry y Lady Margaret. Evendaw le reclamaría por haber dejado sola a su hermana.

—¡Ladrón! —se oyó un grito. Los actores en el escenario continuaron su actuación a pesar del alboroto. A su lado, Viola ignoró la interrupción. Piers deseaba tener su calma, pero un dedo de aire frío le erizó el vello de la nuca. Pero nada sucedió. Hubo un silencio y un frenesí de actividad, y luego... silencio. La conmoción no tenía nada que ver con ellos. Se acercó más a Viola, observando el embeleso parpadear en su rostro.

—Podría pasar el resto de mi vida viéndote disfrutar de los placeres de la ciudad —susurró contra el lóbulo de su oreja. Viola se estremeció imperceptiblemente y, por una vez, ni lo reprendió ni se alejó. Una explosión de aplausos marcó el final de la escena, ella encontró su mirada, y Piers se perdió en el laberinto de anhelo que encontró allí.

—¡Aquí estáis! Dalton, estoy muy molesto por tu extraordinaria descortesía al abandonar a mi hermana esta noche.

Piers cerró los ojos, rompiendo su mirada. El momento se había perdido. Viola se enderezó, esbozó la más mínima reverencia y se escabulló como si no hubieran robado un momento lejos de sus acompañantes de la noche, dejándolo solo para enfrentar la ira de Evendaw.

—Tenía la intención de hablar contigo, amigo —logró decir Piers entre dientes—. No creo que las chicas Kilpatrick sean compañeras adecuadas para una joven impresionable y refinada como Lady Margaret.

Las cejas de Evendaw se unieron como dos orugas peludas encontrándose sobre el puente de su nariz. —Estoy completamente de acuerdo, Dalton. Por eso la señorita Lowry ha decidido aceptar mi oferta de quedarse con nosotros esta temporada festiva. Se ha hecho muy amiga de mi hermana durante la última semana y no tiene a nadie aquí para celebrar la Navidad. —Evendaw prácticamente resplandecía de su propia generosidad—. Le he dado mi palabra de que la trataremos como de la familia.

Piers se preguntó por la fuente del repentino interés de Evendaw en la extraña mujer americana. Incluso para un hombre aparentemente feliz en su matrimonio —y por lo que Piers podía decir, Evendaw era la imagen de la satisfacción marital—, la señorita Lowry sería una tentación. Si Evendaw alguna vez hubiera siquiera sostenido una puerta abierta para una dama sin pensar en su propio beneficio, Piers se comería su corbata. Alfiler y todo.

—¿No te parece extraño que una joven de aparente riqueza esté viajando al extranjero sin siquiera una carabina? —preguntó.

Evendaw se burló. —Inglaterra difícilmente es el continente, y ha tenido a las Kilpatrick como carabinas desde que puso un pie en suelo inglés. No es que ellas califiquen como algo más que una atracción de feria. Sus pechos por sí solos son dignos de un carnaval, sin mencionar sus personalidades. Es como uñas sobre una pizarra escucharlas hablar. —Evendaw se estremeció—. Es caridad acoger a la señorita Lowry.

Piers decidió que el rencor de la infancia que había guardado contra el hombre no estaba del todo justificado. —Eres un buen tipo. Vayamos a rescatarlas del palco de iniquidad de las Kilpatrick antes de que sus reputaciones se manchen más allá del reconocimiento, ¿de acuerdo?

—En efecto. —Evendaw le dio una palmada en el hombro. Aunque Piers era más alto y musculoso, el peso físico de su compañero cayó como un golpe—. Ya que hablamos de reputaciones, Dalton, espero que cortes lazos con esa viuda Cartwright. Después de que su hermana le robó a Briarcliff justo debajo de las narices de su novia, en el altar, nada menos, todo el mundo sabe que va tras el dinero. Ahora estás cortejando a Margaret. Si avergüenzas a mi hermana o mi nombre, me aseguraré de que sufras las consecuencias. ¿Entendido?

Piers permaneció en silencio mientras se dirigían al segundo nivel. La inquietud se enroscaba alrededor de su cintura. Imaginó que su corbata intentaba estrangularlo. Cuando estaban a punto de entrar en el palco de las Kilpatrick, Evendaw se detuvo.

—Te pregunté, Dalton, si lo entiendes.

—Por supuesto.

Sin embargo, Piers sabía la diferencia entre una pregunta y una orden.

—Tráelas de vuelta a mi palco para la segunda mitad. Espero que no te vayas esta vez.

Piers asintió. Su garganta trabajó mientras se tragaba una réplica cáustica, luego hizo una reverencia.

Catorce
❧

PIERS

EN EL INTERIOR, el aire era caluroso y sofocante, y apestaba a los perfumes discordantes de las jóvenes. O quizás todas llevaban la misma fragancia abrumadora. En cualquier caso, le hacía llorar los ojos. A pesar de la penumbra, Piers notó inmediatamente el ceño fruncido del Sr. Kilpatrick. Su frenético palmeo de los bolsillos alertó a Piers de que algo no andaba bien.

—¿Está todo bien? —preguntó Piers.

—Mi reloj de bolsillo ha desaparecido. Estaba aquí hace un momento. La cadena debe haberse roto. Ayúdame a encontrarlo —suplicó el anciano—. Era de mi padre, y de mi abuelo antes que él. Si alguna vez te preguntas de dónde sacan mis hijas su descaro, viene directamente de su abuela. Ella forzó la mano de mi papá para mudarse a América derritiendo su alambique.

Kilpatrick se rio entre dientes.

—Lo vendió para conseguir dinero para ir a América, pero hizo hacer ese reloj como recordatorio del alambique que inició el legado de la familia Kilpatrick. Es una reliquia familiar. Debo recuperarlo.

El anciano suspiró profundamente y luego se dobló para examinar las alfombras. Sus hijas no le prestaron atención. Piers exhaló. Pero, siendo un caballero, se agachó y miró. Después de varios minutos de búsqueda infructuosa, concluyeron que no estaba allí.

—¿Qué hago? —exigió Kilpatrick con brusquedad.

—Puede ofrecer una recompensa a través de los Runners —sugirió Piers. No había otra opción.

—¿Bow Street? —se burló el hombre—. He leído sobre ellos. ¿Ofrecer un soborno por la devolución de la propiedad de uno mismo, es eso lo mejor que puede hacer Londres? Esta ciudad es una cloaca de robos y crímenes. Incluso en Drury Lane, uno no puede estar seguro de volver a casa entero.

Piers hizo una reverencia rígida. Había intentado ayudar al hombre y había recibido un insulto a su país por sus esfuerzos.

—Supongo que los americanos no tienen problemas con el crimen —replicó con tono neutro.

La risa de Kilpatrick retumbó desde su pecho barril como si diera una advertencia antes de salir de su boca.

—Shh, papá, no podemos oír por encima de ti —le regañó la más regordeta de las hijas pelirrojas. Piers no podía recordar si era Annabelle o Carolina, pero vagamente recordaba que la hermana más alta y delgada era Beth.

—Dejemos a las damas con su entretenimiento —dijo Kilpatrick, dando una palmada en el

hombro de Piers como lo había hecho Evendaw. Piers ya había tenido suficiente con el trato excesivamente familiar de esta noche. Se sacudió el agarre del americano—. Me caes bien, Dalton. ¿Es ese tu apellido?

—Es mi título. Lord Dalton es la forma correcta de dirigirse a mí. —No ofreció ni su nombre de pila ni su apellido, pues Kilpatrick no le agradaba.

—Tengo tres encantadoras hijas, cualquiera de las cuales te llevaría en una alegre persecución antes de consentir en ser tu esposa. —Kilpatrick guiñó un ojo—. Pero una vez que la conquistes, te garantizo una vida de felicidad en el...

—Le agradezco su oferta, Sr. Kilpatrick. —Horrorizado, Piers interrumpió al hombre con toda la fría dignidad que pudo reunir—. Creo que estaba usted preocupado por su reloj perdido hace unos momentos. ¿Debo ayudarle a contactar con las autoridades, o tiene eso bajo control?

—Me encargaré yo mismo del asunto. Ten en cuenta mi oferta, Dalton. Te haría un hombre rico, si te llevaras a una de mis chicas.

—Una bolsa gorda es precisamente lo que siempre he buscado en una mujer —respondió Piers lúgubremente.

Aunque, había más verdad en ello de lo que le hubiera gustado admitir. Por supuesto, la gente consideraba el tamaño de una dote o el prestigio y los ingresos de un título y una finca al evaluar posibles parejas matrimoniales, pero proponer eso como la razón principal de una alianza le ofendía profundamente. Se hacía, pero rara vez era el comienzo de una unión feliz.

—Hombre sabio —se rio el Sr. Kilpatrick—. Aunque serías más sabio si desearas una esposa que caliente tu cama y te ocuparas tú mismo de tu cuenta bancaria. —Con esa inesperada joya de sabiduría, se marchó en busca de alguien a quien hacer un informe.

Incluso con Emilia, al menos había habido una amistad sobre la que construir. Piers había jurado que nunca la amaría, pero la apreciaría hasta el día en que se separaran, y así lo había hecho. Había habido un cálido afecto entre ellos fuera de la cama, y hacer el amor había sido agradable. Se había asegurado de complacerla cada vez que iba a su lecho, durante el tiempo que ella le había permitido tocarla.

Aun así la perdiste.

Amar o no amar a alguien no podía impedir que la naturaleza siguiera su curso, pero podía iluminar la vida de uno tan brillantemente que cada día sin esa chispa se volvía insoportablemente oscuro. Viola lo iluminaba de esa manera. No Lady Margaret. No la señorita Lowry. Definitivamente no las hermanas Kilpatrick, que eran reflejos espejo de las tres gracias llamadas Descortés, Grosera e Indecorosa. Piers se estremeció ante la perspectiva de pasar más de unos minutos en su presencia.

Cuando ella había regresado a Londres, Piers al menos había esperado un romance que se convertiría en matrimonio con el tiempo. Si no, al menos esta chispa entre ellos podría arder brillante y caliente hasta extinguirse. Sin embargo, a cada paso ella le provocaba y tentaba sin darle nunca una onza de esperanza de que lo aceptaría. Una viuda que había demostrado ser capaz de dar herederos ya era un punto alto a su favor. Una ventaja adicional era cómo el coqueteo despreocupado de Viola y sus besos lujuriosos mantenían a Piers en un constante estado de lujuria necesitada.

Podía esperar a que ella diera la palabra. O podía alejarse. Pero Piers se condenaría antes de dejar que Evendaw lo empujara a un matrimonio sin amor con Lady Margaret, o dejar que el almirante pusiera sus garras sobre la mujer que él...

Amaba.

Un reconocimiento helado lo invadió.

Sí, necesitaba un heredero. Pero, si Dios quería, habría muchos años entre la creación de un heredero y el día en que su futuro hijo se convirtiera en el Séptimo Vizconde Dalton. La idea de pasarlos con Margaret enfurruñada como una niña frente a él en la mesa del desayuno era insoportable. La perspectiva de pasar esos años, por muchos que pudieran ser, con Viola le atraía inmensamente.

Lo que significaba que necesitaba llegar al fondo de la renuencia de Viola a dejarle cortejarla adecuadamente y encontrar una manera de aplacar las expectativas públicas sobre él y Lady Margaret, rápido. Ciertamente, antes de Navidad, cuando los que tenían la mente puesta en el matrimonio comenzaban a planear besos bajo el muérdago.



VIOLA

Viola se dirigió de vuelta hacia el palco de su abuela. Por los pasillos escuchaba murmullos. *Ladrón. Joyas desaparecidas. Carterista entre el público.* Londres estaba plagado de rateros, pero generalmente operaban en las calles, no en teatros de clase alta. Una inquietud le revolvió el estómago, lo cual era absurdo, ya que ella no tenía nada que ver con el robo.

—Fue justo por aquí —la voz de una mujer resonó al doblar la esquina. Al girar, Viola descubrió a la mujer rubia que había perdido su brazalete allí antes esa noche. A su lado, un investigador de Bow Street con la cara enrojecida y pantalones de lana salpicados de barro garabateaba notas con un lápiz desgastado.

—Ya veo. ¿Hubo algún testigo?

—Esta señora —dijo, señalando a Viola—, y un caballero pasaron justo cuando descubrí que faltaba. Antes de eso, pasé junto a dos mujeres. Una alta de cabello oscuro y la otra baja con cabello rubio claro.

—¿Es eso cierto, señora Cartwright? —El agente se volvió hacia ella con una expresión sombría.

Viola intentó no preocuparse; después de todo, nunca había visto a un agente con aspecto alegre. Sin embargo, había visto a demasiados hombres de Bow Street últimamente como para sentirse completamente cómoda. Cuanto antes averiguara qué había sido de Sam, mejor. Había estado tan enfermo en prisión. Ella había esperado, incluso después de que Sam la echara, y se suponía que debía volver a Upper Cotwarren para recoger a su hijo de casa de los vecinos. Pero él había salido tambaleándose y nadie sabía qué había sido de él. Después de unos meses, llegó a creer que estaba muerto. ¿A dónde más habría ido? Lo más probable era que Sam hubiera sido demasiado terco para buscarla, se hubiera desplomado y lo hubieran enterrado en una fosa común. Viola apartó los recuerdos temerosos y se recompuso.

—Sí. Pasé por aquí mientras esta mujer buscaba un objeto perdido —confirmó. No tenía motivos para mentir.

—Mm. —El hombre la examinó de arriba abajo. Viola retrocedió—. Tengo un mensaje para usted, señora. Espere un momento.

Consultó con la mujer durante unos minutos más mientras la impaciencia trazaba un camino sobre los hombros de Viola. La mujer rubia la miró con el ceño fruncido, y se dio cuenta de que había estado golpeando la alfombra roja con su zapatilla, bajo su falda violeta. Obligó a su cuerpo a quedarse quieto. La agitación contenida la tenía al borde. Se sobresaltó cuando el hombre se volvió hacia ella. La tomó del codo, no con delicadeza, y la condujo unos pasos más

allá, donde era poco probable que su conversación fuera escuchada.

—Señora Cartwright, Reed tiene un mensaje para usted. Ha rastreado a su marido desde su liberación de la prisión hasta Upper Cotwarren, pero no tiene más información. Le gustaría que se reuniera con él mañana.

—¿Por qué? —jadeó Viola—. ¿Hay algo más que pueda decirme? —La sangre se le heló en las venas. Esta era una noticia totalmente inoportuna. Su propia voz sonaba aguda en sus oídos, susurrante. Se aclaró la garganta, tratando de calmarse—. No entiendo por qué quiere verme en persona.

—Dinero, señora Cartwright. Cuesta caro enviar a un investigador al norte del país. Upper Cotwarren es un lugar desolado, hay más ovejas que personas, y la gente es muy supersticiosa. Nuestro hombre se vio obligado a dormir en un granero.

—¿Él está allí, en persona? —preguntó Viola. No se había imaginado que Reed iría allí.

—Volvió anoche. El punto es que casi se ha matado para rastrear a su marido.

—Pensé que estaba pagando por discreción. —Ella lo miró con furia.

—No hay secretos entre los agentes, señora. Ha encontrado lo que usted necesitaba saber. Si quiere saber más que eso, traiga dinero. —Con un roce de sus dedos en el flequillo, el hombre volvió con la mujer rubia, que ahora fruncía el ceño abiertamente.

Así es como termina.

Su hermosa nueva vida estaba realmente en peligro. El futuro de Matthew. Viola se tambaleó hacia el palco de la abuela con las piernas tan temblorosas como las de un cordero recién nacido.

—Tardaste bastante.

—Estaba visitando el tocador —respondió Viola mecánicamente.

¿De dónde sacaría más dinero? Tenía tres libras y cinco chelines en su bolso. Había pensado gastar el dinero en artículos diversos para Matthew y regalos para las fiestas dentro de dos semanas, pero ahora eso estaba fuera de cuestión. Su mente daba vueltas, buscando soluciones, cada una más fantástica que la anterior. Reed le había dicho que consiguiera las diez libras extra, pero ella pensó que tendría más de unos pocos días para hacerlo.

Yo misma mataré a Sam.

Viola nunca lo haría, por muy tentadora que fuera la idea. Ahora que el shock inicial había pasado, la ira comenzaba a llenarla. ¿Por qué no había escrito? El hombre no era analfabeto. La había dejado en vilo, sabiendo que ella creería lo peor. Cuando finalmente lo había obligado a elegir entre morir como un hombre libre sin un centavo o un hombre encarcelado sin un centavo, Sam había firmado finalmente los documentos que ponían fin a su reclamo sobre el pedazo de tierra rocosa que había sido su hogar. La había maldecido tan vehementemente que los guardias la habían sacado de su celda.

Terco como una mula, ese hombre. Dios, lo odiaba con toda su alma.

—¿Por qué? La vista y el sonido son mucho mejores aquí. ¿Viste que el palco del Duque de Havencrest está ocupado esta noche? —continuó la abuela, aparentemente desinteresada en la razón de su prolongada ausencia.

—No, no lo había notado —respondió Viola automáticamente. Quienquiera que fuese el Duque de Havencrest, era poco probable que alguna vez tuviera el placer de conocerlo.

A su lado, el Almirante Saxon roncaba ruidosamente.

Viola poseía un par de broches de zapatos con joyas que podrían ser empeñados. Había un peine para el cabello de imitación que podría conseguir unos pocos chelines. Tenía un collar de perlas falsas más apropiado para una mujer más joven, seleccionado por su abuela el otoño pasado durante sus llamadas "lecciones de dama". Nadie notaría si desaparecía.

¿Sería suficiente? Tenía que serlo.

Detrás de ella, la cortina se movió. —Bueno, esto es mejor de lo que esperaba.

Un escalofrío le erizó el vello de los brazos y la nuca. Viola se estremeció al oír la voz de Piers. La abuela no pareció oírlo, pues permaneció concentrada en la actuación y escaneando intermitentemente el teatro en busca de señales de indiscreciones.

—Lord Dalton —jadeó Viola. Avergonzada, se aclaró la garganta y dijo con más dignidad—: Quiero decir, Lord Dalton.

Él la miró de reojo, con una media sonrisa tirando de las comisuras de su boca. Todo por debajo del ombligo de Viola se tensó y luego se relajó.

Díselo. Él te ayudará.

Que lo hiciera o no era discutible. Si Gran alguna vez descubriera que se había acercado a un soltero elegible por dinero, la echaría a la calle sin más que su ropa, tres libras y cinco chelines, y un hijo en crecimiento que agotaría esa suma en cuestión de meses. O, peor aún, la casaría tan rápido que le daría vueltas la cabeza. Si se negaba, Gran podría llegar tan lejos como para demandar la custodia de Matthew. Después de todo, Gran una vez había repudiado a su hija, la madre de Viola, por fugarse con un profesor de música. Aunque su relación ahora era cálida, también dependía de la sumisión de Viola a los deseos de la baronesa.

Incluso a Harper le resultaría difícil defenderla si la identificaban como una ladrona de joyas. Viola se mordió el interior de la boca y fingió sonreír mientras sus pensamientos giraban en torno a las posibilidades. Su corazón se vació ante la idea de estar tan cerca de la libertad, solo para verse obligada a elegir entre el matrimonio y

—Me gustaría llevarte al Museo Británico mañana, señora Cartwright. Mi hija aún es muy joven para una excursión, pero creo que su institutriz podría usar una excusa para salir de casa. Puede ayudarnos a cuidar a Matthew y Emily.

—Sabes que soy demasiado mayor y demasiado viuda como para necesitar una carabina —replicó Viola. Las palabras despreocupadas salieron de su boca antes de recordar que, después de todo, podría no ser viuda. El incidente en el pasillo con el investigador la había perturbado tanto.

O quizás se había convencido a sí misma de que realmente era viuda. Nacido del engaño —de Samuel— y la necesidad —de ella—, su matrimonio había existido solo de nombre durante años. Dios sabía que Viola lo había creído cuando dejó la granja y fue a buscar a su hermana al asilo el verano pasado. No había habido ni un ápice de duda en su corazón cuando llamó a la puerta de Gran unas semanas después y pidió ser perdonada por las transgresiones de su madre. No sabía, en ese momento, que estaba cometiendo nuevas ofensas por su cuenta.

Pero ahora lo sabía. Eso hacía que el aleteo de emoción ante la perspectiva de toda una tarde a solas con Piers y sus hijos fuera una traición. ¿No es así?

—Me encantaría —dijo apresuradamente, antes de que su conciencia pudiera intervenir. Si su vida estaba a punto de desmoronarse, Viola necesitaba recopilar todos los recuerdos felices posibles para superarlo. Además, no lo estaba aceptando por ella misma. Lo hacía por su hijo, que se iría en unas semanas. Aunque sabía que era una oportunidad, le oprimía el corazón saber que su compañero constante y única fuente de consuelo durante los últimos nueve años se iba a la escuela.

Dolía más saber que podría no tener todos los lujos porque ella necesitaba fondos para rastrear a su padre bueno para nada.

—¿Mañana? —preguntó Piers, inclinándose más cerca de lo que era apropiado. Viola sintió el peso de tres mil prismáticos y lorgnettes, aunque estaban en la parte trasera del palco y en su mayoría ocultos de la vista.

—Tendré que revisar mi agenda social.

Piers se rio entre dientes. El sonido resonó a través de ella. Viola quería caer en él, en sus brazos. En su abrazo protector. Piers quería protegerla, pero él era quien necesitaba protección... de ella.

Pensamiento mortificante.

—Hazlo. Envíame un mensaje mañana. —Se inclinó cerca, sus labios rozando su mejilla cerca de su oreja en un casi beso, casi susurro—. Escíbeme dulces palabras, querida señora Cartwright. Espero con el aliento contenido.

Viola cerró los ojos. Un suspiro salió de ella, llevándose consigo su tensión. Estaba pensando demasiado las cosas. De nuevo. En el peor de los casos, Samuel aparecería, y ella encontraría una manera de hacerlo callar. Podría pedirle ayuda a Harper, y su hermana se la daría, sin importar lo que le costara. Lo cual era precisamente la razón por la que Viola era tan reacia a pedir algo en absoluto. Harper ya tenía suficiente con qué lidiar como nueva condesa que había llegado al título bajo una nube, sin la carga adicional de una hermana que arrastraba el nombre de la familia por el barro. Aun así, el saber que no estaba sola descongeló a Viola lo suficiente como para disfrutar adecuadamente la segunda mitad de la actuación sin darle vueltas a la precariedad de su posición... demasiado.

Quince

PIERS

ESTIMADO LORD DALTON:

Me reuniré con usted en la entrada del museo a la una. Tengo que hacer unos recados para el guardarropa escolar de Matthew y amueblar la nueva casa de la ciudad. Por casualidad, ¿recomienda usted cortinas de satén de seda o de brocado? La abuela piensa que el brocado, pero yo encuentro el estampado demasiado chocante. Las cortinas se han convertido en un punto de discordia, me temo, y ni a mi hermana ni al conde parece importarles un comino. Agradezco cualquier orientación. La última casa que amueblé era una cabaña de dos habitaciones. Estoy fuera de mi elemento.

-Sra. Cartwright

Piers prácticamente saltaba los escalones del Museo Británico con la pequeña mano enguantada de su hija cerrada en su palma.

—Espere, su señoría —jadeó la señorita Townsend detrás de él. Su funcional capa ondeaba tras ella por una ráfaga de viento. El aire fresco se había vuelto frío y sabía a nieve. Por primera vez, la Navidad se sentía a la vuelta de la esquina. Obedientemente, él y Emily se detuvieron para esperar a que la institutriz los alcanzara.

El aliento de su robusta sirvienta formaba nubes de esfuerzo.

—¡Vamos, señorita Townsend! —gritó Emily. El viento azotaba sus rizos alrededor de sus mejillas sonrojadas. Los cabellos de la niña estaban constreñidos por una gorra de terciopelo azul con un pompón en la parte superior. Su hija era un pequeño torbellino, y el corazón de Piers se encogió de amor al verla. No soportaría perderla a ella también.

—No la apresures —la reprendió suavemente, aunque él también se preguntaba cómo la señorita Townsend tenía la energía para seguir el ritmo de su vivaz y locuaz hija.

—Gracias por esperar —jadeó la señorita Townsend—. Su señoría. —Con una tímida reverencia, tomó la otra mano de Emily. Como de costumbre, la mirada de la señorita Townsend rebotó en la suya y aterrizó en algún lugar cerca de sus pies. Era un milagro que pudiera ver por dónde iba, con la mirada tan enfocada en el suelo.

En el interior, Viola y Matthew escudriñaban el elegante vestíbulo mientras esperaban. Matthew intentó trepar por la barandilla para tener una mejor vista de una estatua.

—Matthew, ya hablamos de esto antes de salir. Los jóvenes caballeros no trepan por las barandillas.

—No soy un caballero —insistió el niño alegremente—. No soy más que el hijo de un canalla podrido.

—Matthew. Cartwright. —Viola siseó entre dientes—. Baja aquí ahora mismo, y no vuelvas a decir eso jamás... oh, hola, P... eh, Lord Dalton. Lady Emily. —Hizo una reverencia practicada. Matthew saltó de la barandilla e hizo una reverencia dramática.

—A su servicio, mi lady.

—Yo podría hacer eso —Emily frunció el ceño—. Papá...

—No, ni una sola vez, Emily —advirtió Piers. La diversión intentó burbujear fuera de él, pero la contuvo.

La niña sacó su labio inferior.

—Señorita Townsend.

—Ya escuchaste a tu padre, querida.

—Me estoy entrenando para ser un salteador de caminos —declaró Matthew. Su madre dejó caer la frente en su guante y gimió, haciendo que Piers reprimiera una risita. El chico tenía una imaginación vívida, sin duda.

—Bueno, yo me estoy entrenando para ser pirata —declaró Emily con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Las niñas no pueden ser piratas —se burló Matthew—. Las niñas tienen que ser princesas y hadas y tonterías como esas.

Piers contuvo una sonrisa. Viola levantó los ojos al techo, los cerró y exhaló. Se sorprendió a sí mismo observando el subir y bajar de su pecho y desvió la mirada bruscamente. La señorita Townsend lo pilló. Sus labios se tensaron. Piers ignoró su desaprobación e hizo una nota mental para contarle a su hija una historia sobre una princesa pirata a la hora de dormir.

—Matthew Cartwright, te aconsejo encarecidamente que cierres la boca y abras los ojos para que realmente aprendas algo hoy. Si no puedes hacerlo inmediatamente, nos vamos a casa.

—Está bien, mamá —refunfuñó su hijo. Para su mérito, el muchacho se comportó una vez que pasaron la taquilla y subieron la gran escalinata principal, donde un cuarteto de jirafas disecadas les dio la bienvenida. Matthew se adelantó corriendo, seguido por su madre, que mantuvo el ritmo admirablemente bien. La señorita Townsend caminaba pesadamente detrás de ellos.

—Papá —susurró Emily, o intentó hacerlo con la incapacidad de un niño pequeño para hablar más bajo que a todo volumen—. No me gusta ese niño. ¿Qué tienen de malo las princesas? ¿Por qué una niña no puede ser pirata?

—Las niñas pueden ser piratas. De hecho, te buscaré una historia sobre una niña pirata —prometió Piers, aunque probablemente tendría que escribirla él mismo si quería que ella tuviera una. Con su imaginación creativa y amor por los libros, podría ser un proyecto en el que Viola pudiera ayudarle, una excusa para pasar tiempo con ella. Esta línea de pensamiento desencadenó otra idea.

—Señorita Townsend. Me gustaría mostrarle a la señora Cartwright la Sala de Lectura. ¿Puede encargarse de ambos niños por unos momentos?

Un destello de emoción en los ojos marrones ordinarios de la señorita Townsend desapareció antes de que Piers pudiera comprender su significado. Lo tomó como preocupación de que no pudiera seguir el ritmo del vivaz Matthew y sacó un chelín que había guardado en su bolsillo para esta posibilidad. Extendió la moneda.

—Entreténgalos durante media hora. No deje que el niño trepe nada valioso. Nos encontraremos en los Mármol de Elgin.

La señorita Townsend estudió la moneda como si, después de tres años de empleo, él hubiera decidido engañarla con una falsificación. Miró a Matthew y Viola, que estaban enfrascados en

una animada conversación sobre los hábitos sociales de las jirafas, y extendió una mano, con la palma hacia arriba. Piers la colocó en el centro, y sus dedos se cerraron como una de esas plantas comeinsectos con dientes. La irritación lo atravesó.

—Media hora —acordó ella con amargura—. No llegue tarde. Esta iba a ser mi tarde libre, no lo olvide.

—No lo he olvidado, y no lo haré. Tendrá mañana en su lugar, y mientras tanto, y por las molestias, está recibiendo un chelín extra y una visita gratuita al museo. Media hora es todo lo que pido.

La señorita Townsend se alejó sin más protestas. Piers no sabía por qué se llevaban tan torpemente. No la mantendría en su personal si Emily no estuviera tan apegada a la mujer, pero había venido muy recomendada como niñera en un momento en que la necesitaba desesperadamente. No había razón para buscar una nueva institutriz hasta que Emily tuviera edad suficiente para necesitar más educación.

Mientras tanto, tenía un camino despejado hacia Viola, y Piers pretendía usar su tiempo a solas con ella para llegar a la verdad de por qué seguía rechazándolo.

Pero primero, los libros.

Dieciséis



VIOLA

—¿CÓMO va tu cortejo con Lady Margaret? —preguntó Viola en tono burlón tan pronto como los niños estuvieron fuera del alcance del oído.

—No muy bien.

—¿Oh? Si tuviera que creer todos los rumores que escucho, pronto se anunciará un compromiso. Para Navidad, tengo entendido. Las acompañantes de mi abuela son insaciables con el tema.

—Ya que estamos intercambiando chismes, estoy igualmente informado de que cierta apetecible viuda está inexplicablemente enamorada de cierto almirante. ¿Habrà pronto campanas de boda para la señora Cartwright, futura Saxon?

La suave burla de Dalton tocó un nervio. Viola sintió que su rostro decaía y tuvo que esforzarse conscientemente por mantener su sonrisa. Deseó no haber mencionado a Lady Margaret en absoluto.

—Ahórreme sus celos, Lord Dalton —dijo Viola después de una pausa, poniendo los ojos en blanco con exagerado desdén—. El almirante Saxon difícilmente va a conquistar mi corazón.

—¿Pero podría conquistar su mano? —preguntó Dalton. Tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda mientras deambulaban por los suelos de mármol como si no tuvieran un destino particular.

—El único camino hacia mi mano es a través de mi corazón, Lord Dalton. —Viola colocó una mano sobre su corazón. Su fino chal se deslizó por su hombro y quedó enganchado en el doblez de su codo. Viola decidió que le gustaba cómo quedaba elegantemente drapeado detrás de su falda. El azul marino y el ribete color mandarina lucían encantadores contra el gris moaré de su vestido de día.

—Desearía que no me llamara así.

—En público, incluso usted debe reconocer la impropiedad de usar nuestros nombres de pila. Además, he revocado el permiso para que lo haga.

—No creo que alguna vez me haya dado permiso en primer lugar —observó Piers, con una sonrisa tirando de las comisuras de su boca—. Las circunstancias de nuestro encuentro inicial fueron muy inusuales.

—En efecto, lo fueron. Ahora, dígame por qué no se casará con Lady Margaret.

—No nos llevamos bien en absoluto. Fue evidente desde el primer momento en que bailamos juntos —dijo Piers. El rastro de diversión había desaparecido de su rostro.

—¿Y desea casarse por amor? —preguntó Viola. Su estómago dio un vuelco. Sin embargo,

ella no era una joven inocente. Podía hacer estas preguntas como una mujer mayor ofreciendo orientación; solo su corazón sabía cuánto deseaba ser el amor de Piers.

Pero con el amor venía el matrimonio, y ese era un punto bastante problemático para Viola, incluso si Samuel no hubiera sido un factor.

—Me casaría por todas las razones habituales. Necesito un heredero. No cumplir con mi deber significaría extinguir el último vestigio del legado de mi familia.

—Qué razón tan desalentadora para casarse con alguien —comentó Viola—. Si todo lo que pide de una esposa es un par de piernas abiertas solo para usted y un vientre fértil, ¿importa si le agrada Lady Margaret?

—¿Está sugiriendo, señora Cartwright, que mis razones para el matrimonio se limitan a consideraciones tan crudas? —exigió él.

Su celosa satisfacción sacudió a Viola. Era un sentimiento imperdonable, porque aunque a cualquier mujer se le podría perdonar ser codiciosa de la atención de un hombre rico por encima de su posición, ella sabía que no tenía derecho sobre él. Sopló un mechón rebelde de cabello oscuro fuera de su rostro, y con él, su envidia.

—Jamás, Lord Dalton. Incluso si lo fueran, es su derecho y su deber. Como señaló hace solo un momento.

Los ojos ardientes y oscuros de Piers se clavaron en los suyos. Fascinada, Viola escuchó cada sílaba que él pronunció con todo su cuerpo.

—Podría casarme por un heredero, pero prefiero casarme por placer.

—Siento lo mismo —susurró Viola.

Su chal se deslizó de su brazo y tocó el suelo. Piers se inclinó para recoger el extremo y lo acomodó suavemente alrededor de sus hombros. El dorso de su mano rozó su mejilla. Viola se inclinó hacia su toque y suspiró. La intensidad de esa breve conexión casi detuvo el tiempo. Cuando él se alejó, los ojos de Viola se abrieron para enfocarse en las suaves arrugas en las comisuras de los ojos de Dalton.

—Venga. Por mucho que sé que disfrutará los Mármoles de Elgin, creo que esto le gustará igual.

Se inclinó hacia ella para tomar el mango de latón tallado en forma de serpiente. Viola inhaló. El tenue aroma a jabón cálido y betún de cuero mezclado con un almizcle masculino le debilitó las rodillas. Como si hubiera habido alguna duda sobre ese hecho desde el otoño pasado, cuando se conocieron por primera vez.

Te desea.

Cierto, Piers quería mostrarle algo. Viola apartó sus pensamientos del abismo de dicha en el que soñaba lanzarse y jadeó.

—Oh, vaya —suspiró—. Qué habitación tan maravillosa.

Libros en gabinetes con frente de vidrio cubrían cada superficie. Folios de elefante yacían en gruesas pilas en los estantes inferiores. Un silencio tranquilo y el olor a polvo viejo le dieron a Viola la sensación de estar entrando en un lugar de sabiduría atemporal.

—Pedí al personal que nos mostrara la *Description de l'Égypte* —dijo Piers, señalando un enorme tomo que yacía abierto sobre una amplia mesa de tablones.

Cerca había hombres inclinados sobre libros de diversos tamaños. Uno de ellos apartó la nariz de su manuscrito el tiempo suficiente para mirarla con enojo. Viola lo ignoró. Se quitó los guantes y acarició el borde dorado de una página enorme. Era tan larga como su brazo, y los grabados eran increíblemente detallados. Trazó los detalles de una imagen de un palacio en Tebas, si entendía correctamente el pie de foto. Dejada a su suerte, Viola habría pasado horas

examinando los grabados.

—Hay una nueva edición que se está imprimiendo ahora, la Panckoucke. Esta es la original, la edición Imperial. Supongo que conoce la historia de cómo se produjo esto.

—No la conozco. —Viola deslizó sus dedos bajo la página y la giró con cuidado. Su francés rudimentario, adquirido a trompicones de niña y luego con una práctica más sostenida desde su llegada a Londres, no era del todo adecuado para la tarea de descifrar el texto. Pero los pies de foto no eran tan difíciles. Más maravillas la aguardaban mientras examinaba una exquisita representación de la Esfinge.

—Ciento sesenta investigadores acompañaron a Napoleón Bonaparte en su expedición egipcia. También había artistas y técnicos. Fue un esfuerzo masivo.

Viola trazó el contorno angular de un edificio, pronunciando las palabras. Las palabras la avergonzaban por su ignorancia. Este era el mundo que se le había negado por la deserción de su madre de la sociedad londinense. La pérdida, para ella, era incalculable. Había sido como Matthew de niña, dotada en algunos aspectos, aferrándose exuberantemente al conocimiento y la experiencia en cualquier forma disponible. Samuel había puesto fin a eso.

Piers se acercó a su lado. Señaló con su dedo meñique el texto y tradujo:

—Vista general de la tumba de Osymandyas [User-Maat-Re] y parte de la llanura de Tebas, tomada desde el noroeste.

—Increíble —susurró mientras escalofríos recorrían su piel. El cálido aliento de Piers rozó la nuca de Viola—. Podría pasar todo el día mirando este libro.

—Hay más de veinte volúmenes. La primera edición completa se está publicando a medida que se termina. El orden puede ser difícil de entender.

Viola lo miró por encima del hombro. Piers se concentraba en el libro, la pendiente afilada de su nariz capturada en un ángulo particularmente imperioso pero suavizada por el mechón de cabello que se rizaba en su sien. Se volvió ligeramente y encontró su mirada. Fuegos artificiales explotaron dentro de ella. El tiempo se detuvo. Se volvió hiperconsciente de él, mientras a su alrededor, la habitación se desvanecía.

Piers volvió su atención al folio frente a ellos. Viola tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta. Había estado a segundos de besarlo, justo aquí en la sala de lectura pública del Museo Británico.

Anhelaba besarlo. Confiar en él. Piers era fiel al significado de su nombre: una roca. Una en la que quería apoyarse. En verdad, Viola deseaba hacer más que apoyarse en él. Ansiaba deslizar sus dedos por el frente y desabrochar los botones de su camisa uno por uno. Por un fugaz momento, imaginó apartar sus solapas y encontrar los suaves músculos de su torso. Los abriría hacia abajo hasta localizar el botón de sus pantalones, que se abrirían para revelar su majestuoso...

—...Jean-François Champollion acaba de publicar un artículo descifrando la Piedra de Rosetta, permitiendo a los investigadores leer los jeroglíficos. Para gran molestia de Thomas Young —Piers se rió entre dientes.

Viola se sacudió para volver al presente. Esto era un regalo. No iba a desperdiciarlo cavilando sobre lo que no podía ser.

—¿Por qué molestia? —preguntó Viola, volviendo al comentario de Piers sobre el reciente avance en la traducción del código—. Si ahora podemos interpretar los jeroglíficos, ¿no es eso un avance para todos los eruditos? —Se inclinó sobre el enorme tomo para examinar mejor los símbolos. No se parecían en absoluto a letras para ella.

—Sí, pero ambos hombres querían que se les acreditara el descubrimiento.

—Qué tontería. ¿Por qué no pudieron trabajar juntos y compartir el crédito?

—Porque los eruditos siguen siendo hombres, y los hombres son altamente competitivos, además de ser muy colaborativos cuando les conviene —dijo Piers.

—Supongo que sí —Viola resopló con desdén. El hombre al final de la mesa la miró con absoluto desprecio.

Sin querer, el pensamiento de su marido se deslizó en su mente. Samuel había sido competitivo hasta el extremo, *era* competitivo hasta el extremo. Ahora que sabía que había llegado hasta Upper Cotwarren, existía una posibilidad real de que Sam aún viviera. Un escalofrío la recorrió. Había esperado tanto tiempo por la libertad. Descubrir que aún estaba sujeta a los caprichos de su marido irresponsable era demasiado para soportar.

—Ven, déjame mostrarte el resto de la biblioteca —dijo Piers con una mirada oscura al caballero que ahora tosía para señalar su desaprobación—. Podemos volver a esto otro día.

Piers la tomó del codo y la guió suavemente hacia las estanterías. Por primera vez, Viola tuvo la sensación de que su presencia era genuinamente inoportuna. ¿Porque era una mujer? Probablemente. Bueno, ese gruñón podía irse a freír espárragos, como diría Matthew.

Pronto, longitudes de caoba los protegieron de la vista. Solo un momento después, Viola se dio cuenta de que Piers había planeado toda esta maravillosa tarde para estar a solas con ella. Aunque debería encontrarlo intrusivo, en cambio lo encontró halagador, aunque un poco autoritario.

A mitad de una fila vacía, Piers la acorraló contra los libros y la madera.

Para evitar el beso que deseaba, pero no debería tener, Viola se aferró a la madera detrás de su espalda. Se mordió el labio inferior mientras el deseo la atravesaba como un látigo.

No. Él no es para ti.

—¿Por qué Lady Margaret y tú no encajan? —preguntó.

Piers arrancó su mirada de su boca.

—Ella nunca se ríe. Tú, sin embargo, te ríes todo el tiempo. Como si la vida fuera una gran broma y tú estuvieras al tanto de la diversión. Quiero estar al tanto de la broma, contigo.

—Pasar de la pobreza al privilegio en el lapso de unos meses hace que uno aprecie las cosas más finas de la vida —coincidió sin aliento—. Además, ¿quién dice que puedo darte herederos?

Más al punto, Viola no quería otro hijo. No con Piers. No con nadie, aunque no se atrevía a decirlo en voz alta. La pérdida de su primogénito la había marcado, y no había guantes lo suficientemente largos para cubrir el daño. Por consejo de su vecina, Viola había obtenido una esponja que había usado para evitar quedar embarazada en las pocas ocasiones en que su marido había venido a su cama después de la llegada de Matthew. Luego, él había sido encarcelado, y no hubo más esfuerzos por hacer el amor. Físicamente, no había barrera para tener hijos. Pero en su corazón, Viola no podía darle a Piers lo que más necesitaba.

—Tienes a Matthew —señaló él—. Además, casarse por herederos no siempre funciona como se planea. Ya lo intenté una vez, ¿recuerdas? Tengo a Emily, y no la cambiaría por nada del mundo, pero tengo la obligación de producir un heredero.

El arrepentimiento impregnaba su voz. Viola no dudaba de que si dejar el vizcondado a Emily fuera una opción, lo habría hecho sin pensarlo. Eso no cambiaba nada sobre sus deseos, ni por su toque ni por evitar tener hijos. Piers levantó la mano para acunar su mandíbula. Viola inclinó la cabeza. Él acarició su labio inferior con el pulgar, y sus piernas casi se desplomaron bajo ella. Una ráfaga de placer la recorrió.

—Deja de intentar empujarme a los brazos de otra mujer y déjame cortejarte como es debido, Viola.

Su nombre pronunciado con el suave rumor de su voz quebró la resistencia de Viola. La mirada de Piers era un fuego ardiente mientras se inclinaba hacia ella y tomaba su boca. Ella era una desenfrenada de corazón, una mujer que adoraba el lujo. Había estado privada de los mejores placeres de la vida —no de telas finas y comida, ni de hermosa música y libros, sino de amor y contacto— y ahora estaba ávida de los suyos. Viola no pudo evitar que su mano se enredara en la solapa de él para acercarlo más. Sus labios se separaron y Piers los acarició hábilmente. Nunca la habían besado así antes. Sensual. Lento.

En una biblioteca.

—Disculpe, señora, encontré sus... —interrumpió la voz de un hombre, para luego cortarse—. Guantes —terminó un momento después.

Viola se apartó bruscamente de Piers. ¿Qué había hecho? Había hecho votos. Habían sido fáciles de hacer a los quince años, cuando aún no sabía lo que era la lujuria. Habían sido fáciles de mantener en el campo, donde Samuel Cartwright era considerado un hombre atractivo. Pero aquí, con Piers... había permitido que la tentación la venciera, y esta vez no tenía excusa. Sam estaba vivo en alguna parte y, le gustara o no, seguía siendo su marido.

—La mujer tendrá que irse, Lord Dalton —dijo el hombre de espalda rígida con chaqueta de lana gris y pantalones negros—. Inmediatamente. Su presencia molesta a los demás invitados.

Aunque la mortificación hizo que sus entrañas se retorrieran al haber sido sorprendida en el acto de besar entre las estanterías, Viola no detectó tal emoción en Piers. Él abrió la boca como si fuera a discutir. Ella le lanzó una mirada represiva. Él asintió con brusquedad.

—Ya nos íbamos.

Con cada paso hacia su punto de encuentro con la señorita Townsend, el corazón de Viola se hundía más. Si no podía resistirse a él, debía evitarlo, al menos hasta que se resolviera el asunto de su marido. Quizás, después de eso. Piers necesitaba un heredero, y eso era algo que Viola nunca podría darle.

Diecisiete



PIERS

PIERS ODIABA la sensación de impotencia que lo invadía cuando Viola se alejó. Había ido demasiado lejos, pero ella no parecía enojada. Se veía triste y temerosa. Daría cualquier cosa por retirar ese maldito beso. Terminaron la visita al museo con una parada en la verdadera Piedra de Rosetta. Viola miraba con anhelo la clave para descifrar un mundo de conocimiento. Los niños estaban poco impresionados e inquietos.

—Deberíamos irnos —dijo él suavemente.

—Sí. Sí, por supuesto —Viola salió de su trance.

—¿Podemos ofrecerle que la llevemos de vuelta a casa de la baronesa Landor?

Viola dudó. Sus pestañas se elevaron y bajaron como cortinas sobre sus pensamientos. —Tengo un recado que hacer. Le agradecería si pudiera llevar a Matthew a casa.

—¿Cortinas? —adivinó Piers.

—Sí —confirmó Viola demasiado rápido.

—Elija el satén, si le gusta más. El brocado es más difícil de combinar —le aconsejó Piers. Si ella hubiera preferido el brocado, le habría aconsejado lo contrario. No le importaría si decoraba el lugar como un burdel mientras ella fuera feliz. Conociendo a Edward, él solo quería que no lo molestaran con decisiones.

—Un sabio consejo. Gracias, Lord Dalton. Por... todo. Especialmente por esta tarde.

No pudo dejar de notar la finalidad en el *gracias* de Viola.

—Llevaré a los niños afuera para que gasten esta energía en el patio —interrumpió una agobiada señorita Townsend.

—Se lo agradezco mucho, señorita Townsend —Se volvió hacia Viola—. Le pido disculpas por besarla en la biblioteca.

—No lo haga, Piers. Por favor —Levantó una mano enguantada. Con la otra, se ajustó el manto bajo la barbilla—. Fue una tarde maravillosa. Incluyendo el beso. Pero por favor entienda que no puedo dejar que me corteje, mucho menos que me ofrezca matrimonio. Mi respuesta siempre será no. Fui frívola al presionarlo para que cortejara a Lady Margaret. Si no le conviene, nunca volveré a insistir en el asunto.

Piers arrastró los pies sobre el suelo de piedra pulida. —Admito que no estoy acostumbrado a tanto rechazo del sexo opuesto. Primero Lady Margaret, luego usted. Es suficiente para despojar de su hombría a un... caballero.

—Me atrevo a decir que Londres estará llena de caras nuevas en un mes o dos, y tendrá para elegir entre sus admiradoras. Tendrá su heredero, Lord Dalton. Que tenga un buen día.

A pesar de su habitual ligereza, Piers detectó tristeza en sus ojos mientras enderezaba la espalda y salía por la entrada principal de Montagu House.

Como si estuviera luchando contra demonios que él no podía ver.



VIOLA

—No está.

El gruñón sentado en el mostrador de la entrada de Bow Street no pareció sorprendido de encontrar a una mujer buscando a Reed. Esta vez, la sala de espera estaba casi vacía. No había bebés llorando. Tampoco había un empleado eficiente y atareado disponible para manejar las expectativas, solo este investigador con aliento alcohólico aparentemente obligado a cubrir la recepción. Podría ser inevitable, tan cerca de las fiestas navideñas. Londres se estaba vaciando. Con pocos objetivos asistiendo a un número cada vez menor de eventos de la temporada, el carterista de los mejores salones de Londres tendría dificultades para continuar con el patrón. Con los Woolryte presionando por una conclusión, Viola tenía la inquietante sensación de que debía huir. No podía explicarlo. Solo el pensamiento de enviar a Matthew a Bainbridge en unas semanas con su madre prófuga la mantenía anclada.

Viola había empeñado algunas cosas y logró reunir casi ocho libras. Tendría que ser suficiente. Las monedas pesaban tanto en su brazo como la culpa en su alma.

—Esperaré.

—Como quiera —respondió el hombre.

Si Samuel aún estuviera vivo, probablemente intentaría extorsionar dinero de la abuela y, ahora, de Harper. Después de todo, se había casado con Viola con la intención de capitalizar la relación familiar hace tiempo rota. Ella había sido demasiado joven y estúpida para darse cuenta de su plan, aunque el hombre no había sido exactamente sutil sobre sus intenciones.

Sin embargo, si fingía que no existía y continuaba con su vida, traicionaría quince años de compromiso. A Viola no le gustaba pensar en lo que le pasaría si Sam se hubiera curado milagrosamente de la tuberculosis. Había estado tan enfermo. La idea de volver a vivir con él la hacía estremecerse. Pero volver con su marido como una adúltera confesa sería cien veces peor.

—Señora Cartwright.

Viola se dio la vuelta y vio a Reed al otro lado de la sala de espera vacía. Se acercó a él y escaparon al pasillo lleno de humo de las oficinas. —Recibí su informe. La entrega fue un poco poco ortodoxa —dijo.

—Estamos ocupados. Todos los carteristas y asesinos de Londres han salido estas fiestas. Supongo que está aquí por la historia completa —Agitó un puño carnos—. Le debo mi gratitud por curarme. Los nudillos están sanando bien. He empezado a guardar un kit antiséptico en mi escritorio. Más que el frasco de hamamelis, quiero decir.

En efecto, el escritorio estaba significativamente menos desordenado que la última vez que había estado allí.

—¿Los asuntos que involucran peleas a puñetazos surgen a menudo en su trabajo diario? —preguntó Viola con considerable aprensión.

—Más en el trabajo nocturno, señora Cartwright. Ahora, sobre su marido. Tengo más información. ¿Quiere escucharla?

—Sí —De una forma u otra, debía llegar al fondo de esto, incluso si no le gustaran los

resultados. Primero los hechos. Luego, idearía un plan.

La mano vendada de Reed se aplanó. —¿Cuánto está ofreciendo?

—¿Dinero?

Exasperado, Reed soltó un suspiro. —El intercambio habitual por información obtenida rápida, meticulosa y *discretamente* es la moneda del reino, a menos que esté ofreciendo algo más de valor...

Viola se puso rígida ante la insinuación del hombre.

—Solo estaba burlándome, señora Cartwright. Sí, espero que me pague otras veinte libras para decirle dónde fue visto su marido por última vez.

—¿Veinte libras? —exclamó Viola. La ira la hizo feroz—. Tengo siete libras y catorce chelines. Es todo lo que pude reunir. Ese dinero era para comprar regalos para mi familia, cerdo extorsionador. —Quizás los insultos estaban por debajo de ella, pero un arrebató de furia se había apoderado momentáneamente de ella.

Reed contempló por un largo momento el monedero de cuero que ella arrojó sobre su escritorio. —Tiene una familia adinerada, señora Cartwright. Entiendo que no quiera depender de ellos. Eso no es asunto mío. He pagado para enviar mensajes entre Londres y Upper Cotwarren, por correo urgente. He pagado por copias de documentos y sobornos en la cárcel para ver sus registros. He dejado otras investigaciones —investigaciones *pagadas*— en suspenso porque he priorizado su caso, señora Cartwright. Con la expectativa de una compensación, entiende.

De repente, Viola se sintió pequeña y cansada. Era una de cientos, miles de mujeres atrapadas en matrimonios infelices, pero Reed tenía razón. Al menos ella tenía recursos a los que recurrir. Sam no era la única persona testaruda en su matrimonio, concluyó con pesar.

—Lamento haberlo llamado cerdo. Diría que es más bien como un erizo —no era exactamente una disculpa, pero las brasas de frustración por su demanda de más dinero aún ardían en su corazón, aunque entendía sus razones para exigirlo ahora.

—¿Cómo es eso? —preguntó Reed.

—Erizado y áspero, con un vientre blando.

Él se rio entre dientes. —Se equivoca sobre el vientre blando, señora Cartwright. Le diré lo que sé si me promete que trabajará en conseguir más dinero.

—Por supuesto. ¿Cuánto necesita, señor Reed?

—Cincuenta libras.

Viola tragó saliva. Era mucho. Quizás no para esta gente de la ciudad, pero pocos en Upper Cotwarren veían tanto dinero en un año. El molinero, tal vez, pero entonces Sam también lo había estafado y había terminado en la prisión de deudores por su deshonestidad.

—Escribiré a mi hermana. Ella entenderá —susurró Viola.

Pero, ¿lo haría? Harper y Viola habían sido cercanas de niñas. Todavía estaban volviendo a conocerse como adultas cuando Harper había sido catapultada a su nuevo papel como condesa. Por extraño que Viola encontrara este mundo lujoso, para ella venía con pocas obligaciones. Harper había sido arrastrada a todos los deberes de la esposa de un conde sin ningún entrenamiento. La escandalosa manera en que ella y Edward se habían casado significaba que los londinenses estaban atentos a cualquier error que cometiera.

Darle dinero a su hermana no del todo viuda sin duda calificaría como un error de juicio imperdonable. Si la sociedad londinense alguna vez se enteraba de su situación, no perderían un momento en manchar el nombre de Harper. Lo cual, Sam se aseguraría de que sucediera, si hubiera alguna forma de beneficiarse de ello.

Piers quiere ayudarte.

Sí, y esta tarde había demostrado por qué dejarlo sería una idea terrible. Él sabía cómo era esta gente. Nunca hablaba de ello, pero Viola había sentido cómo había sufrido en sus manos. Más de una vez, lo había oído llamar Chico de la Fiebre. Lo que parecía ridículo. No podía ser el único que había perdido seres queridos por una infección. ¿Dónde estaba su compasión?

Reed cambió de posición. Su silla con cicatrices chirrió en protesta. —Samuel Cartwright fue visto por última vez en una casa de huéspedes en St. Giles. Por menos de ocho libras, sin embargo, sería un tonto si dejara de lado otros negocios para verificar la veracidad de este avistamiento. Tengo clientes que pagan a los que atender.

—Entiendo.

—Señora Cartwright, si resulta que estoy en el área de los barrios bajos de Londres, y a menudo lo estoy, veré qué puedo averiguar sobre sus circunstancias. Pero no hago promesas.

—Gracias —el alivio la invadió, seguido por zarcillos de miedo. Sam estaba aquí. En Londres. Su frágil nueva vida estaba a punto de ser arrancada de raíz. ¿Y qué hay de Matthew? No podía dejar que Sam lastimara a su hijo. El miedo se alojó cerca de su corazón, agudo y duro como un fragmento de la vida que no había podido dejar atrás del todo.

—Lamento haberlo llamado cerdo —soltó de repente.

Reed le dirigió una mirada cansada. El agotamiento estaba grabado en su rostro desgastado y en la caída de sus hombros, y de nuevo, Viola se sintió pequeña y mezquina.

—Difícilmente es lo peor que me han llamado hoy —el hombre se quitó el sombrero y sostuvo la puerta, indicando que la entrevista había terminado.

Viola logró salir a las calles salpicadas de nieve antes de darse cuenta de que no había guardado suficiente dinero para un coche que la llevara a casa. Resignada, comenzó a caminar.

Dieciocho



VIOLA

—VIOLA.

El sonido de su nombre gruñido en un ronco susurro hizo que Viola se detuviera abruptamente.

El bullicioso mundo a su alrededor se desvaneció mientras se enfocaba en el hombre andrajoso que había hablado.

—Samuel —respondió ella con calma.

Su marido había cambiado tanto que no habría reconocido al hablante en absoluto si no fuera por la amenaza en su tono. Viola apenas había caminado tres cuerdas cuando él se abalanzó desde un portal. Debía haberla seguido desde Bow Street. No había escuchado su nombre pronunciado con ese siseo de odio desde hacía un año. No desde la última vez que había hecho el largo viaje para verlo en la prisión de deudores.

Viola lo observó, cautivada y cautelosa, como si esperara que una cobra atacara.

—Has ascendido en el mundo —comentó él, arrastrando sus ojos legñosos de arriba abajo por su cuerpo. Viola se estremeció. Los recuerdos de sus manos sobre su cuerpo le provocaron un escalofrío.

—Supongo que estás aquí para ponerle fin a todo —espetó Viola—. ¿Has venido a arrancarle a mi alma la última esperanza, querido esposo?

Él la arrancaría de esta vida que rápidamente había llegado a amar. Viola tragó saliva. Más que la ropa fina o los vestidos de seda o las medias de lana o la comida abundante y deliciosa, el mayor lujo de su vida era la libertad. Por primera vez en su vida, Viola tenía el derecho de elegir cómo pasaba sus días, sin la carga de los errores de sus padres o de Sam, responsable solo de los suyos propios y los de Matthew. De decidir cuándo y cómo y si amaba a otra persona, o cuándo dejarla ir. Todo lo que más apreciaba se había derrumbado instantáneamente con la llegada de este buitre de ojos negros que la llamaba su esposa.

—No. Quiero que reconozcas a tu legítimo esposo —dijo él.

Legítimo esposo. ¿Cómo podía ser cierto, cuando todo en su matrimonio había sido tan equivocado? Sin embargo, lo era.

—Públicamente —añadió Samuel—. Quiero dormir en sábanas finas y beber té con dos terrones de azúcar.

La concurrida calle volvió a cobrar vida cuando Viola negó con la cabeza.

—Me iré de este lugar primero —dijo ella en voz alta.

—Te quedarás, muchacha —la amenaza de Samuel terminó en una tos aguda y dolorosa—.

Harás lo que se te diga, por una vez. Puede que hayan pasado ocho años desde que yacíamos juntos, desde el nacimiento de Matthew, pero me honrarás por el resto de mis días en la tierra y me harás sentir cómodo. No espero que sea mucho tiempo.

—Nueve años —corrigió Viola con voz ronca—. Han sido nueve años, Sam. Estuviste en la cárcel durante seis, y te visité cada mes durante todo ese tiempo.

La calle frente a ella se desdibujó cuando las lágrimas inundaron sus ojos. El pecho de Viola estaba apretado por un ardiente arrepentimiento.

Piers.

Un beso había sido demasiada libertad para concederle. Sus labios no eran suyos para gobernar. A los quince años, había prometido hasta que la muerte nos separe, sin imaginar jamás que estaría encadenada a este destino.

—Nueve años, entonces. Nueve años de solitario abandono, Viola —Sam se tambaleó más cerca. El hedor de su aliento obligó a Viola a apartar la cabeza bruscamente. Vislumbró cómo su boca se hundía y se dio cuenta de que había perdido varios dientes desde la última vez que lo había visto.

—Pensé que volverías a casa después de tu liberación —susurró ella, resistiendo el impulso de cubrirse la boca y ahogar el hedor de un cuerpo que se pudría desde adentro.

—Lo hice. Te habías ido. Vendiste mi propiedad bajo mis narices.

—Cuando dijeron que estabas enfermo, dejé que se llevaran la granja como pago por las deudas. Estabas con fiebre, pero fuiste tú quien firmó los papeles. De todos modos, nunca produjo mucho para vivir —Viola se apartó bruscamente. Era un testimonio de la debilidad de Samuel que la soltara con facilidad.

—¡Mentiras! Te llevaste lo que es mío y me vendiste, bruja ladrona.

Se abalanzó hacia adelante, la agarró del cuello y la sacudió. Viola era alta y fuerte para ser una mujer, pero aun así no era rival para la determinación de un hombre grande, incluso uno enfermo. Sin embargo, la enfermedad lo había debilitado lo suficiente como para que esta vez, ella pudiera liberarse de su agarre.

—Nunca vuelvas a tocarme así, Sam —gruñó ella. Esta era la parte de ella que Piers y la baronesa nunca podrían ver. El animal acorralado, aterrorizado y luchando por sobrevivir. Ninguna lección de dama podría superar el instinto básico de liberarse de esta trampa.

—Te tocaré como me plazca —jadeó él, tosiendo en su manga. Cuando apartó la mano, manchas de sangre salpicaban su mejilla y su chaqueta sucia. Sangre seca, vio Viola con un sobresalto—. Consígueme dinero. Necesito un lugar suave para descansar y sanar. Tráemelo esta noche —le dio el nombre de un lugar en St. Giles. Viola se estremeció al oír el nombre del barrio bajo. No podía dejarlo quedarse allí. Su esposo se estaba muriendo, y ella no era un monstruo.

—¿Cuánto necesitas? —exigió Viola. Más dinero. La desesperación se enroscó alrededor de su corazón como un cáncer. En ese momento, era fácil entender las objeciones de su abuela a mantener a parientes indigentes, acosada para pagar más de lo que podía permitirse por personas con el reclamo más pequeño sobre ella. No había forma de que Viola pudiera recurrir a su abuela de nuevo. Al menos podía estar segura de su oposición a dejarlo contactar a la baronesa durante todos esos años. Su abuela no merecía soportar la peor parte de la explotación de Sam.

—¿Para esta noche? —preguntó Sam.

—Para que te vayas para siempre —replicó ella.

Sam se rió hasta que su tos lo ahogó.

—No hay cantidad de dinero en el mundo que pueda comprarme, Viola, mi niña. Me curaré y te haré mi esposa de verdad otra vez, te guste o no. Tendré la vida que estaba destinada a ser mía

desde el principio. Pero empezaremos con cincuenta libras para esta noche. Iré a tu casa si no vienes a mi alojamiento.

Pero Viola vio el terror en sus ojos. Se había ido tan abruptamente como había llegado, arrastrándose hasta que se mezcló con el ajetreo de la calle. Un caso más lamentable en una ciudad llena de historias más tristes que la suya, o la de él.

Viola volvió a la vida como un cisne en el Támesis, esponjando sus plumas antes de partir hacia la orilla opuesta. Siguió caminando, aunque no muy lejos. Sabía lo que tenía que hacer. Samuel Cartwright aún estaba lo suficientemente vivo como para causarle problemas si alguien se enteraba de su continua existencia.

Una campana sobre la puerta de la tienda tintineó con una alegría que le crispó los nervios. —¿En qué puedo ayudarla, señora?

Viola dudó. Su hermana la perdonaría. Pero el marido de su hermana... Aunque domado, Edward era un nuevo conde que intentaba demostrar que era capaz de administrar una finca. Aunque nadie había sabido de Richard desde el funeral, no hacía falta mucha imaginación para pensar que aparecería para causar más problemas a la primera oportunidad. Edward no necesitaba la carga de una cuñada que se aprovechara de los fondos cuando le había confiado la cuenta de Briarcliff.

Encontraré la manera de arreglar esto, juró Viola. Necesitaba tiempo para averiguar cómo decirle a Matthew que su padre seguía vivo. El precio del tiempo eran cincuenta libras que no tenía. Esta no sería la última exigencia que le haría. Samuel pediría más y más. La desangraría hasta dejarla llorando hasta que esta vez, la llevara con él a la prisión de deudores. Viola observó su cuerpo como si estuviera desconectada de sí misma. Con suerte, el hombre moriría antes de que alguien descubriera que, después de todo, no era viuda.

Le debes a tu marido una muerte digna. Nada más.

—Me gustaría hacer un pedido a cuenta del conde de Briarcliff. Estoy en el libro de cuentas como prestataria de la señora —Viola recorrió con la mirada los estantes de la tienda en busca de un objeto fácil de empeñar. La vajilla y la porcelana eran fáciles de cambiar, pero tenían poco valor de segunda mano. Necesitaba algo portátil que pudiera venderse como chatarra.

—Ciertamente. La familia Briarcliff ha sido un cliente valioso durante dos generaciones. Tenía entendido que la nueva casa de la ciudad no estaría lista para citas hasta después de año nuevo —el dependiente parecía complacido de recibir un nuevo pedido.

—Es cuando se terminará la mayor parte del trabajo, sí. Hoy estoy empezando a ver ejemplos para hacer pedidos.

—Excelente, mi señora.

—Es señora Cartwright, si no le importa. No soy tan fina como mi hermana —Viola esbozó una sonrisa encantadora, aunque por dentro estaba tan dormida como un árbol en invierno—. Este artículo de aquí es una joya preciosa. ¿Me puede hablar de él?

Señaló a través de la vitrina un juego de cuchara, taza y cuenco de plata para niños.

—Ah, la señora tiene un gusto excelente. Seguimos produciendo nuestros artículos de la manera tradicional. Nuestros aprendices tienen siete años de formación y pasan un examen antes de convertirse en herreros de pleno derecho. A diferencia de los productos de menor calidad fabricados desde la derogación de la Ley de Aprendizaje —dijo con tono sombrío mientras exponía los artículos sobre un paño de terciopelo.

Viola giró el pesado cuenco entre sus dedos, calculando el peso una vez fundido. No valía cincuenta libras, pero se acercaba. Juntos, los tres artículos podrían acercarse a la cantidad que Samuel había exigido. Tiempo. No estaba comprando plata. Estaba comprando tiempo con su

familia. Pedir ayuda pondría a su familia en peligro. Por mucho que lo detestara, Samuel estaba enfermo y era su marido.

—Es precioso. Es un regalo para una amiga de la condesa. Me pidió que buscara un detalle apropiado. Esto causaría una impresión muy favorable.

—La artesanía de este juego es exquisita. Un juego especial para un niño muy especial.

—Envuélvalo, por favor —la orden de Viola fue ceniza en su boca.

—¿Desea que se aplique una marca especial en honor a la familia del niño?

—No, gracias —era inútil cuando todo lo que planeaba hacer era llevarlo calle abajo y empeñarlo para que lo fundieran. Viola firmó con su nombre en un papel y aceptó la pesada caja. El hecho estaba consumado. No había vuelta atrás.

Diecinueve



PIERS

—¿ESTÁ todo bien esta noche? —susurró Piers la noche siguiente. Deseaba envolver a Viola entre sus brazos y mantenerla allí hasta que sus almas se entrelazaran. Para su pesar, Viola había pasado la primera mitad de la velada musical y la cena de esa tarde evitándolo.

Este no era el tipo de evento al que solía asistir. Estos eventos eran del dominio de las damas mayores que organizaban temprano para evitar el tumulto de los bailes más populares más tarde en la noche. Sin embargo, con Lady Margaret cantando esta noche, Evendaw le había pedido explícitamente que asistiera, alimentando así la ficción no deseada de que estaban cortejándose. Piers tenía que poner fin a la farsa de su cortejo, esta noche.

Casi había declinado. Pero entonces, su supuesto amigo había dicho: —La señora Cartwright estará allí—. Como si supiera que había algo más entre Viola y Piers que una simple amistad. Lo que menos quería eran rumores sobre él y Margaret, o peor aún, rumores sobre él y Viola.

Viola miró de reojo y esbozó una breve sonrisa. —Por supuesto, mi lord.

—No eres mi criada —gruñó él por lo bajo.

Viola se rio. Sabía cómo reaccionaría él, la pícara. Aun así, a pesar de su muestra de buen humor, era evidente que algo le pesaba. Piers deseaba tener la libertad de preguntarle la causa de su aflicción, pero Viola había dejado claro que eso no era de su incumbencia.

Se preguntó cuánto habría estado ocultando detrás de su fachada de felicidad todos estos meses. Piers luchó por encontrar las palabras para convencerla de que confiara en él, pero murieron sin aliento. No tenía derecho a forzar a una mujer adulta a hacer nada, y la persuasión no había funcionado con Viola.

Frustrado, enderezó la espalda y se dijo que eso no era del todo cierto. Piers había logrado arrancarle todo tipo de secretos a Viola durante las últimas semanas. Algunos los había ofrecido ella misma, como la existencia de su hija. Pero su corazón seguía cerrado para él y mientras no supiera la razón, Piers sabía que seguiría insatisfecho.

—Lady Gracie y mi abuela tienen una apuesta sobre si le propondrás matrimonio a Margaret antes de Navidad.

—Puedes decirles a sus eminencias que quien apostó a que no lo haría ha ganado. La perdedora hará bien en pagar —. Piers bebió un sorbo de clarete. Estaba demasiado tibio, no llegaba a recordarle al vino caliente, su parte favorita de las fiestas navideñas. Gwen estaría feliz de ver a su sobrina. Adoraba a los niños. Qué mala suerte que el médico le hubiera prohibido casarse o tener hijos.

—Lady Gracie le debe diez soberanos a la abuela, entonces —Viola sonrió con suficiencia.

Piers tragó otro sorbo de vino antes de abandonar la bebida en una mesa cubierta de blanco.

—Supongo que será mejor que vaya a hacer oficial la victoria de la baronesa Landor —. Hizo una pausa—. Una vez hecho, ¿te irás conmigo? Encuentro que el entretenimiento de esta noche no merece tal nombre.

La sonrisa de Viola se desvaneció. —No puedo, Lord Dalton. No hablemos de lo que nunca será. Deseo que seamos amigos, nada más.

Piers observó la tensión grabada en las hermosas facciones de Viola. ¿Qué estaba ocultando la mujer? Se inclinó ligeramente para susurrarle al oído. La señorita Lowry, de pie cerca de las hermanas Kilpatrick, lo vio y lo observó por el rabillo del ojo. Evaluando. Piers la ignoró.

—Sé que tus sentimientos por mí son más que amistosos. He probado tu pasión, y sabes muy bien que correspondo tu ardor. No puedo contentarme con otra mujer. Esperaré hasta el día en que digas que sí, aunque tarde un año, aunque tarde diez años. Te tendré como mi Lady Dalton, o no tendré a ninguna dama.

Los ojos azules de Viola se clavaron en los suyos. —Entonces el linaje Ranleigh terminará contigo, mi lord. No te odiaré si buscas en otra parte, aunque Lady Margaret no sea la mujer que capture tu imaginación. Te lo ruego, acepta mi respuesta y encuentra a otra mujer.

—¿Eso te haría feliz? —exigió Piers. Se echó hacia atrás. La mirada de la señorita Lowry los seguía. Una de las hermanas Kilpatrick inclinó la barbilla en el ángulo preciso que indicaba que estaba prestando más atención de la necesaria. Piers cambió de peso, tratando de bloquear su conversación con Viola de la vista, solo para descubrir que Lady Gracie lo miraba con una ceja levantada por encima del hombro de Evendaw.

—No. Sí. Por supuesto. Tu felicidad es lo que busco preservar. Sería extremadamente egoísta de mi parte darte lo que quieres, Piers —. Las lágrimas brillaban en los ojos de Viola.

¿La inquebrantable y alegre Viola llorando en medio de una fiesta vespertina? Un frío presagio volvió pesados los miembros de Piers. Fuera lo que fuera que pesaba en la mente de Viola, algo andaba muy mal.

—Vámonos, ahora. Esto es demasiado para discutirlo bajo escrutinio —. Piers intentó tomarla del brazo, pero ella se echó hacia atrás lo suficiente como para golpear la mesa detrás de ellos.

—No —declaró Viola, sacudiéndose su breve toque en el brazo—. Gracias por su preocupación, Lord Dalton. Le aseguro que estoy perfectamente bien. Si me disculpa.

Piers la habría seguido, pero Evendaw intervino.

—Mi hermana desea hablar contigo —dijo el hombre—. En privado.

La impotencia no era un sentimiento con el que Piers lidiara bien en ninguna circunstancia. Apretó los dientes y se alejó de la espalda de Viola que se retiraba, vestida de seda rayada en violeta y bronce. Su cabello estaba amontonado en la parte superior de su cabeza en un arreglo artístico de rizados gruesos. Piers quería soltarlos alrededor de sus pálidos hombros y besar su tristeza. ¿No causaría eso una escena?

En su lugar, siguió a Evendaw a un rincón privado donde Lady Margaret lo esperaba. —Mi hermano no te convenció para que me cortejaras, ¿verdad? —exigió ella, arrugando su nariz respingona—. Odio cuando hace eso.

—¿Hace qué? —preguntó Piers con toda la falsa inocencia que pudo reunir. Inconscientemente, se había halagado con la noción de que Evendaw lo había seleccionado, personalmente, como un posible pretendiente para su hermana. Ahora, veía que este no era el caso.

—Cuando intenta convencer a los hombres que conoce socialmente para que me cortejen. No

me importa una presentación, o un baile o dos. Mi hermano tiene buenas intenciones. Pero cada vez que se fija en un nuevo pretendiente, presiona la unión hasta que me siento obligada a tomar una decisión. ¡Es como si mi familia no pudiera esperar para sacarme de la casa permanentemente! —se quejó con una patada que le recordó a Piers a su hija en medio de una rabieta—. Todo lo que quiero es disfrutar de mi primera temporada sin que el tema del matrimonio surja cada vez que bailo un vals —. A juzgar por la franja roja de enojo que se extendía por cada mejilla, la joven había estado conteniendo sus sentimientos durante un tiempo considerable.

—Le aseguro, Lady Margaret, que no tengo intención alguna de pedirle matrimonio — declaró Piers con lo que esperaba pasara por galantería. Buscó a Viola con la mirada y la encontró enfrascada en una conversación con su abuela y Lady Gracie, presumiblemente informando a esta última de su nueva deuda. Un atisbo de sonrisa forzada curvaba las comisuras de sus bonitos labios.

—¿No? —exigió ella, palideciendo. Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Acaso sus intenciones son menos que honorables, Lord Dalton?

Piers se mordió el labio inferior para reprimir una mueca de disgusto.

—No —masculló.

Lady Margaret se echó a reír. Era la primera vez que la oía expresar genuina diversión. Qué irritante descubrir que iba dirigida a él.

—¡Lo sabía! —exclamó entre jadeos—. Está enamorado de la señora Cartwright, ¿verdad?

En ese momento, Piers se arrepintió profundamente de su participación en todo este ridículo plan. Debería dejar ir a Viola. Pero una vida con una frívola y cruelmente despreocupada cabeza hueca como Margaret lo volvería loco, si es que podía resignarse a ese destino, si ver a Viola casarse con otro hombre no lo hacía primero.

¿Por qué no él?

—Por supuesto que no —soltó, distraído por el rumbo de sus pensamientos.

Los ojos de Lady Margaret se abrieron como platos.

—Juro que nunca me casaré hasta que un hombre me mire de la forma en que usted está mirando ese perchero —declaró en un susurro.

—¿Como si no estuviera ahí? —preguntó Piers con acidez.

—Como si fuera lo más fascinante que jamás ha visto. Yo también quiero casarme por amor.

—Ya me había dado cuenta —replicó Piers con sarcasmo—. Supongo que esto significa que no está enamorada de mí y, por lo tanto, no tengo que preocuparme por romperle el corazón al no proponerle matrimonio.

Lady Margaret frunció los labios y resopló con desdén.

—En absoluto, Lord Dalton. Aunque admito que he aprendido a tolerarlo durante la última semana. Aprecio que no haya intentado acorralarme con un beso, ni haya sido demasiado atrevido. No, es por la señorita Lowry por quien estoy preocupada.

—¿La señorita Lowry? —se atragantó Piers.

—Sí. Antonia ha desarrollado un *tendre* por usted, Lord Dalton.

Piers lo dudaba mucho, ya que la señorita Lowry solo parecía interesada en su compañía cuando tenía noticias de Bow Street. Detectaba poco afecto en la mujer americana hacia nadie, y menos aún hacia él.

—¿Por qué la ama? —preguntó Lady Margaret un momento después, tornándose contemplativa.

—¿Por qué? —El pecho de Piers se llenó de mariposas que batían sus alas de papel contra su

corazón—. ¿Quién dice que lo hago?

—Puedo ver cómo eso atraería a un hombre como usted, que ha perdido tanto en su vida —lo miró con ojos de lechuza.

Piers le lanzó una mirada penetrante a Margaret. No quería hablar de su pasado, especialmente no con ella. Quizás esto era otra cosa que lo atraía hacia Viola. Como él, ella prefería mirar hacia adelante y no detenerse en el dolor de los tiempos difíciles.

—Se está extralimitando —gruñó.

El mentón de Margaret se hundió en una disculpa silenciosa.

—Mi hermano habla de ello cada vez que su nombre surge en la conversación. Cómo perdió a sus hermanos y a sus padres en el lapso de un mes.

—Excepto a una.

—Sí, pero ella ha estado frágil desde entonces, ¿no es así? —Cuando él no respondió, Margaret se apartó—. Lo siento. No hablaré más de temas tristes. Ahora entiendo por qué se preocupa por la señora Cartwright. Me sentiría honrada de ayudarle a conquistarla. Solo espero que algún día, alguien me ame de la manera en que usted se preocupa por ella.

Piers casi se ríe de la inversión de la propia promesa de Viola de ayudarle a casarse. ¿Había sido hace solo unas semanas? Tomó la mano de la joven. Sobresaltada, ella la retiró. Piers la dejó ir.

—Lady Margaret. Manténgase firme. Disfrute su tiempo. La vida es demasiado corta para pasarla enojada con las personas que ama. Cuando llegue el momento adecuado, encontrará a su marido. Se lo prometo.

—Si es que quiero uno —declaró Lady Margaret—. Ahora, si tan solo pudiera hacer que mi hermano lo entendiera. ¿Podría hablar con él?

—Si lo desea —respondió sin pensar en lo que había prometido.

Al otro lado de la sala, Viola hizo una reverencia y se dirigió hacia la salida. Si se daba prisa, Piers podría alcanzarla.

Veinte



PIERS

—DA la vuelta a la esquina y espera fuera de la vista —ordenó. Sabía que seguirla estaba mal. Lógicamente, lo sabía. Sin embargo, la miseria detrás de la sonrisa forzada de Viola hace una hora lo obligaba a quedarse y vigilar cualquier señal de movimiento en el oscuro portal.

Su aliento se convertía en vapor en el aire frío. Su lacayo y su cochero probablemente estaban congelados hasta los huesos. Debería ser un empleador más cortés. Un vacío detrás de su corazón se llenaba de dolor y se expandía con cada minuto que pasaba, hasta que amenazaba con tragarlo por completo.

La había seguido desde el recital musical hasta la casa de los Landor en la ciudad, pero ella solo había entrado por un momento antes de salir de nuevo y caminar rápidamente hacia la calle para llamar a un coche.

—Síguela —le había ordenado a su cochero cuando ella subió al hansom—. Mantente bien atrás.

Se recostó contra los cojines de cuero marroquí mientras el carruaje se ponía en movimiento. Avanzaron a un trote rápido, el cochero instando a su cansado caballo a ir más rápido con la aplicación de un látigo. Sus caballos, aunque seguramente listos para su avena y un buen cepillado, no tuvieron problemas para mantener el ritmo. Las calles se volvieron más ásperas y concurridas. El coche de Piers se volvía más obviamente fuera de lugar con cada paso. Él no pertenecía aquí y Viola tampoco.

Casi se pierde la vista de ella saltando desde el escalón superior del hansom. Un destello de capucha cayendo del pálido óvalo de su rostro fue todo lo que Piers vislumbró. Se quedó helado, aunque no había forma de que ella pudiera verlo escondido en su reluciente coche con su insignia oculta por la oscuridad. Su paciencia había durado una fracción más que su miedo. La forma majestuosa y encapuchada de Viola se movió rápidamente por la acera y desapareció de la vista. Cuando ella se movió, Piers se lanzó fuera del vehículo.

—Vuelvan a casa —gritó a su cochero. Pasos sonaron detrás de él.

—Señor —llamó John, uno de sus lacayos.

—¡Dije que vuelvan a casa! —maldijo Piers. Los pasos de su sirviente dudaron, luego lo alcanzaron fácilmente.

—Este no es el mejor momento para estar en el Rookery, milord. Permítame acompañarlo para salir a salvo.

Piers vio a su presa escabullirse por una puerta iluminada de amarillo.

—Ya que estás aquí, John. Entra y compra una bebida. Monta guardia abajo. Te aconsejo que

no consumas lo que te sirvan. Mantente alerta.

—¿Para qué?

—Si supiera la respuesta, John, te lo diría.

Piers agarró el picaporte de hierro de la puerta y tiró. El calor chamuscó sus mejillas como si hubiera abierto las puertas del infierno. El abrumador olor a cerveza rancia, capas de orina y humo lo hizo atragantarse. El leal John lanzó una mirada inquieta a su librea. Algunas mujeres descaradas servían jarras de cerveza o prescindían por completo de ofrecer cerveza y se ofrecían a sí mismas. La habitación estaba llena de hombres de puertos cercanos y lejanos. Piel oscuras se mezclaban con blancas, aunque solo en grupos desiguales.

—Mantente alerta —ordenó Piers.

—¿Buscas a la viuda? —exigió un hombre desdentado.

—Sí.

—Arriba.

—Gracias, señor... —Piers tropezó con la bota del hombre. Recuperando el equilibrio, se quitó el sombrero y sacó una moneda de su bolsillo. La humillación se sumaba al dolor en su espinilla, haciendo que apretara la mandíbula, pero Piers no tenía tiempo para dejarse llevar por el rencor—. Una muestra de mi gratitud. Déjeme pasar.

El hombre sonrió.

—Te costará más que dos peniques. No es probable que deje subir a nadie hasta que se pague la cuenta de la habitación. Ahí es donde ha ido tu dama.

—Deja de hablar en acertijos. ¿Dónde está ella?

Viola podría estar en problemas. Estos hombres rudos no dudarían en hacerle daño a una mujer bien vestida. Podrían robarla, o algo peor, y dejarla por muerta. El miedo se apoderó de su cuerpo con dedos fríos y apretados.

—Pagando al dueño. Ya sea con monedas o sobre su espalda.

Con una sonrisa desdentada, el viejo borracho le arrebató otra moneda de la mano a Piers y le dio la espalda. Él lanzó una mirada desesperada a John, que se había instalado rígidamente junto a la barra. Luego, Piers zigzagueó entre la multitud. Al menos el aire era fresco y un poco más limpio, aunque la tenue luz ocultaba una traicionera escalera. Su bota resbaló en la madera. Piers buscó a tientas el pasamanos y no lo encontró. Arrastrando una mano contra la húmeda pared de piedra, llegó a la cima, moviéndose lentamente aunque su corazón tronaba con la necesidad de encontrar a Viola. ¿Qué estaba haciendo ella aquí?

—No permitiré que te quedes en este agujero inmundo. —La voz de una mujer, amortiguada a través de una puerta de madera que no encajaba bien en el marco, hizo que el cuerpo de Piers se volviera flácido de alivio. Era ella.

—¿A dónde más iría, mujer? —gruñó un hombre antes de ser consumido por una tos seca. Piers se puso rígido por la conmoción. *Está pagando al dueño, ya sea con monedas o sobre su espalda.* Piers había tomado el insulto del borracho aturdido como una pulla calculada, no como la verdad. Se había equivocado.

—Habrías tenido suficiente para pagar el alojamiento si no hubieras gastado el resto en tinturas mezcladas con láudano. —La ira de Viola vibraba a través de las delgadas paredes.

—Es lo único que me consuela ahora.

Sus voces se desvanecieron en un murmullo indistinguible.

Viola. Reuniéndose con un hombre. En secreto. Piers dio vueltas a este nuevo y no deseado conocimiento en su mente, examinándolo desde todos los ángulos irregulares. Había infinitas explicaciones posibles. Sin embargo, solo una se atornilló en su cerebro como la más probable.

La señora Cartwright no era lo que parecía.

Nadie escuchó el sonido de su corazón partiéndose en dos, pero toda la sala común miró hacia arriba al oír el ruido de su caída en el último peldaño resbaladizo. Piers recuperó el equilibrio antes de caer, golpeándose la cabeza contra el marco. El dolor floreció en su sien. Un hilillo de sangre manchó su chaqueta. No importaba. La tela podía reemplazarse. Las heridas sanaban.

Sin embargo, los corazones traicionados...

No había tenido la intención de enamorarse de Viola Cartwright. Pero en algún momento, había sucedido. Ella no era simplemente una hermosa viuda. Era tierna y divertida, y estar en su presencia aliviaba el tornillo de dolor y miedo que le oprimía el pecho cada vez que pensaba en la familia o el amor.

¿Realmente necesitas un heredero?

Piers salió del barrio bajo apoyado en su lacayo, mareado de dolor. Para cuando llegó a casa, la lesión se había convertido en un dolor pulsante en su sien. A la mañana siguiente, se había convencido de que todo había sido un sueño hasta que se rozó el punto sensible y se estremeció.

Era cierto. La horrible pensión con su decrepita taberna no había sido un sueño. Viola se había encontrado con un hombre allí. Piers se dio la vuelta para bloquear el mundo, luego arrojó la almohada fuera de la cama y se levantó. Debía haber una razón para que Viola hubiera estado allí. Había percibido que estaba en problemas. Ahora sabía que era cierto. Poco podía hacer para ayudarla mientras Viola se negara a confiar en él, pero Piers podía ofrecerle un apoyo inquebrantable, al menos hasta que descubriera quién era el hombre con el que se había encontrado.

Lo que significaba que ya no podía permitirse cierta distracción en forma de Lady Margaret. Mejor resolver ese asunto. Una vez que su dolor de cabeza hubo disminuido, Piers fue a buscar a Evendaw en su club para darle las malas noticias. La idea de la ira de Evendaw si se enterara de la verdad por ancianas chismosas como Lady Gracie era suficiente para mantenerlo en cama hasta el fin de los tiempos.

Con el sonido de las bolas de billar chocando de fondo, Piers esbozó una reverencia y pidió permiso para hablar.

—Sí, ¿qué ocurre, Dalton?

—No puedo, en buena fe, seguir cortejando a tu hermana, Evendaw.

Su supuesto amigo lo miró por encima del borde de su copa de brandy. Piers notó la desaprobación y se preparó para una reprimenda verbal. Pero en su lugar, Evendaw se bebió su trago de un golpe y se recostó pesadamente en su silla.

—Tú también, ¿no? —suspiró Evendaw.

Piers esperó.

—Eres el cuarto hombre que mi hermana ha espantado esta temporada. Primero Jennings. Luego Warwick y Upton. Ahora tú, Dalton. No tengo esperanza para Margaret. En verdad. No creerías cómo clamó que se le permitiera debutar, aunque yo quería esperar otro año.

—Tal vez deberías intentar dejar que disfrute —sugirió Piers con suavidad—. Solo se tiene diecisiete años una vez. En unos años, el torbellino de Londres se volverá viejo y sentar cabeza se convertirá en una opción más atractiva. Deja que ella decida cuándo quiere casarse.

Evendaw arqueó una ceja hacia él. —Veo que nunca has tenido una hermana en sociedad.

Piers pensó en Gwen y no dijo nada. Evendaw pareció darse cuenta.

—Lo siento, amigo. Olvidé que tienes una hermana escondida en el campo. Más joven, ¿correcto?

—Gwendolyn es su nombre. Su salud le impide participar en la vida de la ciudad —aunque ella quería.

—Mala suerte la de tu familia —Evendaw se hundió en su silla y pidió otra copa con un gesto—. Aun así, no puedo evitar estar un poco complacido de que no estés encaprichado con mi hermana. Prefiero que siga con vida.

El destello de dolor crudo ante el descuidado insulto de Evendaw fue sordo. Había escuchado variaciones de esto durante años. Pero por una vez, Piers tuvo una respuesta instantánea.

—No es tanto a Lady Margaret a quien objeto como a la perspectiva de tenerte como cuñado. Piers dio una palmada en el hombro a su supuesto amigo, que balbuceaba, y se marchó.

Veintiuno



VIOLA

VIOLA OCULTÓ su miedo tras una rígida máscara de alegría. Samuel llevaba semanas aquí, recuperándose de su viaje desde el campo antes de localizarla. Unas horas más en este terrible lugar no le harían más daño. Dos veces, el posadero había llamado a un médico para tratar su tos. Las cuarenta y dos libras que había recaudado pagaron los atrasos del alojamiento y los honorarios del médico, lo que los dejó de nuevo donde habían empezado: sin un céntimo.

—Pregúntale a tu abuela. Ella puede permitírselo —croó Samuel entre toses. Debería estar bajo cuidado constante. Ella no debería estar aquí. La proximidad a su marido enfermo arriesgaba el contagio y, peor aún, ponía en peligro a Matthew.

—Mi abuela no es tu próxima oveja para esquilar —replicó Viola con brusquedad—. Ya has hecho suficiente daño.

Samuel aceptó su reproche mejor de lo que lo había hecho en el pasado. En lugar de abofetearla, la miró fijamente y estudió la ropa de cama. Parecía que pagar sus deudas le había ganado una medida de buena gracia.

—Nunca fue mi intención engañar a nadie. Cada vez que asumía una deuda, era por una oportunidad legítima.

—¿Incluyendo la vez que pediste prestadas cuarenta guineas al dueño del molino, con la promesa de duplicar su dinero después de la esquila de primavera? —preguntó ella con dureza. Los pobres corderos casi habían muerto de hambre en su pequeña granja esa primavera, y uno por uno habían sucumbido al duro invierno. Samuel había comprado más animales de los que podían cuidar y no había guardado nada de la inversión para alimentarlos. Así, lo habían perdido todo, incluido el favor del molinero.

Incluso la granja había sido dudosamente suya. Samuel había reclamado la tierra, luego pagó una tarifa de registro, solo para descubrir que había un propietario registrado en ese pedazo de tierra rocosa después de todo. Los tribunales finalmente habían decidido a favor de Sam, pero había requerido un costoso asesoramiento legal para resolver el asunto. Mientras su marido pasaba días y semanas en la ciudad luchando batallas de su propia creación, Viola había trabajado hasta el agotamiento para sacar suficiente grano y verduras de la tierra pedregosa para evitar que sufrieran el mismo destino que sus ovejas.

—Nunca he conocido a otro hombre con tan mala suerte —se quejó y estalló en otro ataque de tos. Viola se presionó el chal sobre la boca y la nariz.

—La mala planificación tuvo mucho que ver —replicó ella cuando terminó—. Ahora, si quieres recuperarte, no puedes quedarte en este agujero.

—No hay recuperación posible —respondió Samuel irritado, pero ella oyó el miedo en su voz.

—Especialmente si no lo intentas.

Viola se alejó cuando él estalló en otro ataque de tos. Una esperanza culpable brotó de un lugar oscuro dentro de ella. Todo lo que tenía que hacer era esperar, y sería viuda de verdad. No tardaría mucho.

¿Qué clase de mujer horrible era ella para pensar así? La culpa le roía los huesos.

Sin embargo, ¿cómo podía decirle a su abuela que había mentido sobre ser viuda y en el mismo aliento pedirle dinero para mantener a su indeseado marido con un largo historial de engaños durante sus últimos días? ¿Cómo podía proteger a Matthew de querer ver a su padre y posiblemente enfermarse él mismo?

Viola tragó las lágrimas. Encontraría una salida a esto. Siempre lo hacía. La prioridad inmediata era llevar a Samuel a un lugar cómodo y oculto. Necesitaba dinero y tenía pocos lugares a los que recurrir. Pedírselo a su abuela no era una posibilidad. Su hermana... tal vez. Valía la pena intentarlo. Al menos, podría trasladarlo a la casa de la ciudad.

Piers.

Su corazón murmuró su nombre. Si él estuviera aquí, ella se derrumbaría en sus brazos y absorbería su fuerza como campos secos después de la lluvia. Pero Dalton no era suyo, y nunca lo sería. Él necesitaba un heredero. Incluso si ella quisiera otro hijo, que no lo quería, ver a Samuel de nuevo le recordaba a Viola lo terrible que había sido el proceso de dar a luz. El pensamiento hizo que se le cortara la respiración. Significaba que incluso cuando se convirtiera en viuda de verdad, no había esperanza de una relación con Piers. Lo correcto era dejarlo ir. Había sido mucho más fácil hacerlo cuando todavía existía la estrella brillante de esperanza de que podrían encontrar una manera de superar el impasse, por un tiempo. Ahora, un par de besos eran los únicos recuerdos que tendría de él. Sería completamente egoísta de su parte ilusionarlo.

Samuel comenzó a toser de nuevo, y Viola no tuvo más tiempo para el arrepentimiento. Encontró su andrajosa bolsa y comenzó a empacar la ropa harapienta de su marido.

—¿Qué estás haciendo? —exigió Samuel cuando pasó el ataque.

—Sacándote de aquí.

Él intentó reír, pero le provocó otro ataque sangriento.

—Llamaremos a la puerta de su señoría y haremos una reverencia y pediremos bollos con una taza de té, ¿eh? —resopló Samuel.

—No. Te llevaré a un lugar donde nadie te encontrará. Puede que no haya sido una gran esposa para ti, Sam, pero seré tan buena esposa como pueda durante el tiempo que nos quede juntos.

—Quiero ver a Matthew.

Viola se congeló. La tela áspera raspó sus palmas, más adecuada para sus manos bastas que el deslizamiento de fina seda.

—No arriesgaré su salud —respondió por encima del hombro—. Él cree que estás muerto.

—¿Le dijiste que estaba muerto? —repitió Samuel.

—Lo hice. No tenía forma de saber lo contrario. Pregunté por tu paradero. Traté de pagar el arrendamiento de la granja, pensando que volverías con nosotros.

—Aunque no me querías —preguntó en un susurro lleno de pesar.

—Nunca se trató de lo que yo quería, Sam. Hice una promesa. Apenas era más que una niña cuando la hice, pero he mantenido ese voto, y continuaré haciéndolo. —Inhaló bruscamente antes de recordar que el aire de la habitación estaba impregnado de contagio. De alguna manera,

se había olvidado del olor—. Pero por Matthew, no quiero alterarlo. Va a ir a la escuela en unas semanas.

Hubo un largo silencio.

—Sé que piensas que soy insensible —dijo Sam con voz ronca—. Lo he sido, a veces, Viola. Entiendo que quieras protegerlo. Pero soy su padre.

Ella tragó saliva y no dijo nada mientras cerraba la bolsa.

—Eres una buena mujer. Una mejor esposa de lo que jamás merecí.

Viola levantó el maletín y lo colocó en la silla de madera rota junto a la puerta. Se tambaleó, pero aguantó. —Si hubiera sabido que todo lo que necesitaba para volverte elocuente era comprarte unas botellas de láudano, lo habría hecho hace años. Levántate. A la de tres.

Samuel apestaba a podredumbre, de esa que no se quitaría ni con un baño de agua. Con debilidad, se incorporó, pasó un brazo alrededor de los hombros de ella y se aferró mientras Viola lo sacaba de la cama y lo ponía de pie.

—Agárrate a la pared si lo necesitas.

Le metió los pies en las botas y le envolvió los hombros demacrados con su raído abrigo. Entre la bolsa y el hombre, le costaba soportar el peso. Una metáfora perfecta de su vida. Al menos, durante unos meses, había dormido en sábanas finas, escuchado música hermosa, leído libros por el placer de sus secretos y bailado.

Ah, el baile. Los recuerdos de las manos de Piers en su cintura y haciéndola girar ligeramente sobre la punta de sus pies le dieron fuerzas.

—Las escaleras están mojadas. Ten cuidado.

—Las camareras derraman cerveza al subirla a las habitaciones —comentó Sam. Afortunadamente, no tosió hasta que llegaron a la ruidosa y caldeada taberna. La dolorosa tos de Samuel hizo que los clientes se apartaran como el Mar Rojo. Sabían lo que significaba esa tos. Mataba a miles de hombres y mujeres en los barrios bajos de Londres. Era el sonido de una muerte lenta, de ser consumido desde dentro hacia fuera.

Ya en la calle, Viola llamó a un coche de alquiler. Cuando el destartado caballo se detuvo, tuvo que empujar a Samuel al interior. Él se desplomó en el suelo, boca abajo, con las costillas agitándose bajo el abrigo sucio.

—Arriba —le instó Viola—. Levántate, Samuel.

El barrio bajo de St. Giles estaba lleno de siluetas humanas que correteaban como ratas por las calles. Viola se sobresaltaba ante cada amenaza imaginaria. Estar aquí después del anochecer, con su fino vestido de tarde ahora tristemente manchado de barro... no había tenido elección. Había tenido una pequeña ventana de oportunidad para instalar a Sam en la casa vacía antes de que su abuela regresara de la actuación musical de esa tarde. Además, después de casi perder la compostura en medio del salón, no había razón para quedarse. Piers había elegido el peor momento posible para pedirle que se fuera a casa con él.

Viola miró con cautela por encima del hombro mientras arrojaba la bolsa tras él y trepaba sobre el cuerpo postrado de su marido. Con esfuerzo, deslizó los brazos bajo los de él y lo subió al asiento de cuero agrietado.

—No te muevas de aquí —ordenó. La mirada indignada de Samuel casi la hizo reír. A pesar de lo terrible de su situación, también había un elemento de absurdo en ella. Los momentos de humor negro habían ayudado a Viola a superar todas las dificultades de su vida hasta ahora. Incluso más de lo que anhelaba tocar a Piers de la manera en que acariciaba la seda en las tiendas de modistas, necesitaba liberar su miedo y reírse de lo ridículo de la vida en momentos como este, por inapropiado que fuera.

El aire frío le azotó las mejillas, devolviéndole la razón. Viola le dio al cochero su destino y volvió a subir al coche. Una sombra se alargaba en la pared opuesta mientras ella alcanzaba la puerta. Su impulso de reír dio paso al terror. ¿Sería él? ¿Reed? Pero ¿cómo habría sabido seguirla hasta aquí, de todos los lugares?

—Cierre el pestillo y vámonos, señorita —gritó el cochero.

—¿Adónde me llevas, Viola? —preguntó Sam.

—A Mayfair.

—Creía que no era lo bastante bueno para conocer a tu abuela. —Olvidada su gratitud anterior, Samuel se desplomó resentido en el rincón, temblando de dolor. Los muelles del coche estaban rotos, como era habitual en los coches de alquiler, y cada bache y balanceo lo sacudía.

—No lo eres. Vamos a la casa de mi hermana. Aún no vive nadie allí. Te prepararé un baño esta noche y te instalaré cómodamente. Por la mañana, me informaré sobre la contratación de una enfermera que se quede contigo cuando yo no pueda estar.

—¿Tan avergonzada estás de mí, esposa?

—Samuel, yo... —Sí—. Por supuesto que no. Si me avergonzara de ti, te habría rechazado en la calle. —*Como te dijiste a ti misma que harías, si alguna vez se atrevía a venir por ti. Pero cuando llegó el momento, fuiste débil*—. Solo necesito tiempo, eso es todo.

Tiempo, que él no tenía. Y si había sido Reed quien la observaba desde las sombras, puede que a ella tampoco le quedara mucho.

Veintidós



VIOLA

QUERIDA HERMANA:

Ruego que estés bien y felizmente instalada con tu amado conde. Dale mi cariño a Edward. Las renovaciones de la casa de la ciudad están sustancialmente completas. El techo está reparado, los suelos pulidos, la cocina reacondicionada y el vidriero ha instalado nuevas ventanas. He ido a los orfebres para solicitar muestras para tu aprobación. Siguiendo parada: los pañeros. Siguiendo un sólido consejo, he elegido el satén sobre el brocado. El consejo de Lord Dalton, para ser precisa.

Es con gran alegría que anticipo celebrar las fiestas navideñas en Briarcliff. La abuela y yo llevaremos a Matthew en el carruaje el día veinte, si te parece bien. Me pregunto si podría molestarte por un adelanto de mi asignación para asegurar regalos y suministros para Matthew antes de que parta hacia la escuela.

Tu hermana que te quiere,

Viola.

Viola, querida:

Lord Dalton sigue en escena, ¿verdad?

Por supuesto, puedes tomar dinero si lo necesitas. Tengo más dinero para alfileres del que podría gastar en toda una vida; toma lo que necesites. He enviado una carta de crédito al banquero de Edward en Londres.

¿Hay alguna noticia de Richard?

Tuya,

Harper

Querida Harper:

Gracias por hacer esta temporada extra brillante.

No, nadie tiene noticias de Richard. Supongo que estará escondido con alguno de sus amigos indeseables, si es que hay alguno que lo tolere ahora que oficialmente ya no es el heredero.

Con amor,

Viola



—¿Treinta libras? ¿Otra vez?

El hombre detrás del mostrador de mármol en el banco la miró con sospecha a través de sus anteojos.

—Sí, señor. Es Navidad —dijo a modo de explicación, como si el ingreso de un año fuera una cantidad razonable para gastar en una sola festividad. Pero la agencia había requerido una tarifa especial por *absoluta discreción*, y la primera mujer había renunciado después de unas pocas horas de lidiar con el pésimo humor de Samuel—. Tengo un giro bancario de mi cuñado.

El banquero se escabulló para hacer lo que fuera que hacían los empleados antes de regresar con sus fondos. Hubo un tiempo en que treinta libras eran riquezas incomparables. Ahora, contaba ansiosamente, rezando para que duraran la semana.

Todavía tenía que pagar los honorarios del médico por confirmar lo que todos ya sabían. Samuel se estaba muriendo. Podría durar hasta Navidad, o el año nuevo. No más. Debía soportar unas semanas más de este maldito subterfugio, que Viola detestaba con todo su corazón. Todo lo que podían hacer era mantenerlo cómodo... o apuñalarlo en el pecho con una hoja afilada.

—Disculpe, ¿qué? —había dicho cuando el médico le dijo que perforara su pulmón.

—Permitirá que entre el aire —aconsejó con un encogimiento de hombros, como si dar consejos macabros fuera una ocurrencia diaria—. Por otro lado, podría matarlo más rápido.

—Nada de cuchillos —jadeó Samuel mientras la sangre manchaba la nueva ropa de cama que Viola había comprado con el dinero de su hermana. No había tenido sentido comprar buena calidad, pues las quemaría tan pronto como se mancharan demasiado. Mientras tanto, el lavado diario era otro gasto. Además, había que comprar comida y asegurar carbón para mantenerlo caliente solo en la sala de estar de la casa de la ciudad vacía.

Viola rezaba para que fuera más corto. Para aliviar el sufrimiento de Samuel, por supuesto. Sería una misericordia. No porque la tensión de mantener las apariencias mientras tomaba dinero de las personas que más amaba en el mundo la estuviera matando poco a poco; eso sería inconcebible.

Confía en Piers. Él te ayudará.

Entre visitas por la mañana y por la tarde, con pretextos de recados para preparar la nueva casa de la ciudad para Lord Briarcliff y su condesa, la baronesa pronto se dio cuenta.

—Estás sobrecargada —declaró, mientras Viola cabeceaba durante una velada musical. Un momento, había cerrado los ojos, absorta en la canción. Su mente había divagado hacia agradables recuerdos de bailar en los brazos de Piers. Luego, se había despertado de golpe, pateando accidentalmente la silla frente a ella. Lo más vergonzoso había sido el rastro de humedad en sus mejillas que discretamente limpió con el dorso de la mano. La lágrima manchó su guante de piel de cordero, una ligera mancha gris a través del nudillo, un recuerdo de la primera vez que se había permitido pensar en Piers en días.

—Deberías quedarte en casa esta noche y descansar en lugar de ir al baile de los Whitney.

—No, no. No es necesario. —Después de todo, necesitaba una oportunidad para escabullirse y revisar a Samuel. Para proteger a la enfermera del contagio, insistía en abrir la ventana para ventilar. Sin embargo, él no podía tolerar el frío, así que estaban quemando carbón a un ritmo alarmante. Solo podía esperar que la enfermera estuviera usando la máscara de algodón que había cosido apresuradamente a la luz de las velas. Todas las cosas que podían salir mal la atormentaban. ¿Y si su marido moría? ¿Y si la enfermera abandonaba el trabajo y lo dejaba solo y desatendido?

Se lo merecería, susurró su corazón. Pero no aliviaría su culpa por haberlo abandonado en lo más mínimo. Viola no quería venganza. Solo quería que su matrimonio estuviera en su pasado, no en su presente, y un futuro libre de obligaciones.

Piers necesitaba una mujer que pudiera hacerle una promesa y darle un hijo legítimo. Viola no podía darle ninguna de las dos cosas. ¿Qué sentido tenía ganar la autonomía solo para tirarla por la borda a la primera oportunidad? Ni siquiera un vizcondado valía eso.

Su corazón tenía otras ideas, sin embargo. Estar casada con Piers sería tan diferente de su matrimonio con Samuel como el té del agua del baño. Ambos eran calientes y húmedos, pero solo el primero calentaba el cuerpo desde adentro hacia afuera.

—Nunca atraparás a un marido si te agotas preparando la casa para Lady Briarcliff —resopló la baronesa entre ráfagas de aplausos—. Entiendo que establecer un hogar es mucho trabajo, pero seguramente Harper le daría permiso para contratar personal básico.

—No hasta después de las fiestas —insistió Viola, haciendo una nota mental para escribir a su hermana de nuevo e informarle del plan, no fuera que la abuela se quejara a Harper. El único personal que tenía intención de contratar era otra enfermera. La primera se había marchado del trabajo después de dos días, obligándola a volver a la agencia y conseguir otra. Fueron interrumpidas por una explosión de aplausos. El recital había terminado. En el carruaje de vuelta a casa, Viola se encontró de nuevo a la defensiva.

—Tenía grandes esperanzas puestas en ti y el almirante, Viola. Por mucho que disfrute de tu presencia, sigo con la intención de verte casada. Ahora, con tu hermana convertida en condesa, tienes mejores opciones que un viejo capitán de la marina. Si al menos hubiera sido mejor conversador, quizás...

—Me mudaré a la casa vacía de la ciudad si desea que me vaya —lo dijo en tono de broma, pero la expresión afligida de su abuela le hizo ver a Viola que se había pasado de la raya. Ese breve destello de vulnerabilidad le hizo reconocer que los desvaríos de la baronesa eran por miedo a perderla. La baronesa se quedó helada.

—No. Por supuesto que no. Debes quedarte conmigo, para que pueda guiarte hacia un matrimonio apropiado. Es una lástima lo del interés de Lord Dalton por Lady Margaret. No debes tomártelo a mal. Un hombre joven, apuesto y bien situado como él estaba destinado a atraer mucho interés del sexo femenino. Dos nietas bien casadas es sin duda demasiado pedir.

Mío, susurró su corazón al oír el nombre de Piers. Pero ese órgano no era suyo para entregarlo. Todavía no.

Veintitrés



VIOLA

CON LOS RESIDENTES de Londres disminuyendo a medida que las familias comenzaban a partir hacia sus casas de campo, no fue sorpresa que se encontraran de inmediato con la señorita Lowry, Lady Margaret y Lord Evendaw. Viola había elegido un vestido de terciopelo carmesí que brillaba a la luz de las velas, lo mejor para disimular cualquier mancha de sangre que pudiera pasar desapercibida cuando visitara a Samuel más tarde esa noche.

—Buenas noches, Dame Landor.

Qué momento tan inoportuno para un bostezo. Viola luchó contra él y luego lo ocultó tras su palma. Entre los recados diarios tanto para la casa de la ciudad como para su único ocupante, las tardes con su abuela y su círculo, y las noches tardías en el teatro o bailando, estaba lista para el descanso de unas vacaciones en el campo. Con un sutil arrastre de sus zapatillas sobre el suelo reluciente, dio la espalda a la sala y fijó su mirada en Piers.

Mil sentimientos la invadieron de golpe. El calor recorrió su sangre, abrasando sus nervios. La vergüenza y el deseo se mezclaron en un cóctel embriagador, con una tintura de mortificación.

Con frialdad, Piers desvió la mirada.

Cómo se atreve.

Ahora estaba charlando con Lady Margaret y la señorita Lowry, como si nunca hubiera probado la pasión de su beso. La humillación la invadió. Descartada.

Mientras su conmoción se desvanecía, Viola se mordió el labio inferior con los dientes. Una simple mirada no debería encender su cuerpo. Una mirada compartida no debería abrasar su alma. Pero lo habían hecho. Solo había una razón por la que sentía el toque de Piers desde el otro lado de la habitación.

El conocimiento la golpeó hasta la médula. Viola no había tenido la intención de entregar su corazón. Piers Ranleigh debía ser el verdadero ladrón de Londres, pues el hombre le había robado el corazón de todos modos.



PIERS

La expresión afligida en el hermoso rostro de Viola era más de lo que él, o cualquier hombre,

podía soportar. Piers apartó la mirada de su amada e intentó concentrarse en la mujer que supuestamente estaba cortejando. Su vestido bermellón era fácil de localizar mientras Viola se alejaba.

—Disculpen —soltó.

—Oh, ¿va en busca de su amada? —bromeó la señorita Lowry.

—Shh. Arruinarás el juego, Antonia —siseó Margaret.

Piers apenas registró sus palabras mientras perseguía la figura de Viola vestida de rojo. Que hubiera un escándalo. Fuera lo que fuese que había puesto las manchas grises bajo los ojos de Viola y el dolor en sus profundidades azules, él conocería la causa y le ofrecería consuelo.

La visión de su falda roja desapareciendo por una esquina hizo que Piers irrumpiera en un trote poco digno. —¡Viola! ¡Espera!

No importaban los lacayos que lo miraban boquiabiertos. Que los sirvientes hablaran. Que las damas susurraran detrás de sus abanicos y se rieran a su costa.

Viola había doblado por un pasillo oscuro. Sus ojos encontraron su vestido en la penumbra. Sus pálidos brazos presionados contra la madera oscura de una puerta.

—Está cerrada —medio sollozó, medio jadeó.

—¿Por qué estás huyendo? —exigió, con la respiración entrecortada. Menos por el esfuerzo de perseguirla que por el esfuerzo de contenerse de tocarla. Porque no quería ofrecer consuelo. Quería tomar. Quería llevarla a un éxtasis que borrara el dolor que la alejaba de él.

—No lo estoy. Estaba tratando de encontrar privacidad. —El temblor en su voz destrozó su tenue control.

—¿Por qué?

—Porque ya no puedo fingir, Piers. No puedo fingir que soy indiferente mientras cortejas a Lady Margaret, cuando en realidad estoy enloquecida de celos. —Viola apoyó su frente contra la puerta. Piers hizo una mueca.

—Bien —gruñó.

—No, Piers, no es para nada *bueno* —gimió, aferrándose al pomo de la puerta como si al soltarlo, caería al suelo hecha un charco. O como si pudiera arrancarla de sus bisagras si solo tirara con suficiente fuerza. Sus hombros se hundieron—. Es horrible. Porque no puedo estar contigo. Pero tampoco puedo soportar dejarte ir.

Piers se quedó inmóvil, a un brazo de distancia de ella. El abismo entre ellos se abrió. La necesidad y el anhelo aullaban dentro de él.

—No voy a casarme con Margaret. He informado a Evendaw del hecho.

Los hombros de Viola se quedaron quietos. Su agarre se aflojó ligeramente en los barrotes de hierro de la pesada puerta. El fuerte apretón alrededor del pecho de Piers se aflojó.

—Te recomiendo que lo hagas. Ella te dará lo que yo no puedo: un heredero.

—Esa no es una promesa que tú o nadie pueda hacer, Viola —murmuró—. A todos nos gusta creer que tenemos control sobre nuestras vidas, cuando en realidad vivimos en un estado de constante incertidumbre. Lady Margaret es lo suficientemente joven como para no entender esto, pero no se trata tanto de la edad como de la experiencia. ¿Por qué otra razón crees que Evendaw la empuja hacia el matrimonio? Porque está seguro de que será la mejor manera de ejercer control sobre ella. He conocido el atractivo de la certeza. Como tú. Ahora, sabemos muy bien que la certeza es una ficción. Solo están las promesas de nuestros corazones que nos unen día a día, mientras caminemos por esta tierra.

El abismo entre ellos se redujo a una grieta. Piers se acercó más a su espalda, envidioso de los gruesos rizos que caían sobre la nuca de ella.

—Me casé una vez con una dama como Margaret, recién presentada en sociedad. Me dio una hija y murió al año siguiente. Si fuera por mí, la dejaría disfrutar de su primera temporada antes de que asuma responsabilidades. Pero no lo es —susurró contra la suave curva bajo su oreja. El lóbulo estaba desprovisto de adornos, notó discordantemente.

Viola giró en un círculo apretado. El peso de su falda se arrastró sobre sus pies. Cuando levantó el rostro para encontrarse con su mirada, Piers casi se ahogó en sus dos pozos de deseo. Viola levantó la barbilla para cerrar la distancia. En un suspiro, el abismo entre ellos fue obliterado. No había nada que los mantuviera separados, solo la atracción magnética que los había unido desde su primer encuentro, electrificada.

—Somos de la misma clase, amor —dijo en voz baja.

Cuando sus labios tocaron los suyos, Piers se inclinó para saborearla como maná. Segura y sin vacilar, Viola se abrió a él. Su brazo rodeó su cuello para acercarlo. La presión de sus pechos contra su pecho envió sangre caliente hacia el sur. Piers la presionó contra la puerta de madera cerrada, y Viola gimió contra su boca.

Piers deslizó su brazo alrededor de su cintura, anclando sus caderas contra las suyas. Con su espalda firmemente contra la pared, las piernas de ella se separaron bajo la pesada falda. Él deslizó una mano por la parte trasera de su vestido abultado y detectó la curva de su trasero bajo capas de tela. Fue el turno de Viola de gemir mientras él empujaba sus caderas contra las suyas en un abrazo de cuerpo entero.

Apoyada contra la pared, Viola se arqueó, ofreciendo la cremosa parte superior de sus pechos llenos sobre el escote bajo de su vestido. Piers besó su camino bajando por su cuello, inhalando su sutil aroma. Cálido y femenino, con un toque de canela como si hubiera pasado la tarde horneando.

Hambrientos, se consumieron el uno al otro, vertiendo la pasión que habían reprimido en su beso. Piers se sentía embriagado por su sabor. Su miembro palpitaba contra la barrera de sus pantalones. Viola se movió para frotarse contra él, pero la tela los frustraba.

Las caderas de Viola se movieron mientras levantaba una pierna para enredarla alrededor de su cintura. Había demasiadas barreras —siempre demasiadas barreras— y Piers bajó un brazo para agarrarla por debajo de la rodilla y la empujó contra la puerta. Ella jadeó contra su cuello.

—Tócame —exigió.

Piers acarició la fina batista de sus calzones, buscando la abertura que le daría acceso a su lugar más privado y femenino. Las ligas, como barrotes en la ventana de una prisión, lo obstaculizaban. Gruñó. Viola jadeó y le mordió el labio inferior, no con suavidad.

Su boca encontró la de ella en el mismo momento en que rasgó la tela y acarició su lugar más suave. La mujer en sus brazos suspiró. Piers gimió. Necesitaba tomarla ahora casi tan desesperadamente como necesitaba llevarla a un lugar privado y suave donde pudieran hacer de esto una velada apropiada. Quería saborearla, no precipitarse de cabeza hacia el final.

—Más. Más fuerte.

Piers obedeció. Hundió sus dedos en su pasaje húmedo. El calor lo acogió. El botón del diablo se deslizó bajo su pulgar. Le dio una firme caricia, y Viola se estremeció. Estaba cerca.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —exigió saber.

—¿Qué? —Ella enfocó su rostro con ojos velados por el deseo.

—Desde que un hombre te tocó. ¿Cuánto tiempo?

—Nueve años.

—¿Te tocaste así tú misma? —susurró con voz ronca.

—Sí. —Viola bajó la mirada hacia su corbatín. Con dedos ágiles, aflojó el nudo y lamió el

punto donde su pulso saltaba con cada toque—. Pero no es lo mismo que cuando tú me das placer.

—¿Te doy placer?

—Mucho.

Piers no necesitó más estímulo. Sumergió sus dedos en su pasaje húmedo y la trabajó como si fuera la última mujer con la que estaría jamás. Vertió su deseo en su cuerpo, reclamando cada parte de ella que le permitiera.

Viola respondió con una fuerza que lo llevó al borde del priapismo. Ella palpitaba alrededor de sus dedos, tomándolos profundamente. Piers curvó las puntas de sus dedos contra su pared aterciopelada. Viola se sacudió contra él, perdió el equilibrio y se deslizó unos centímetros hacia abajo. Él la sostuvo con su rodilla.

—Termina con esta farsa. Ven a casa conmigo —suplicó en su aftermath.

—No puedo.

El abismo estaba de vuelta, alejándolo de ella, expandiendo la distancia entre ellos. Antes de que pudiera encontrar el valor para salvarlo, Piers se encontró al otro lado.

—¿Por qué? —exigió. Soltó su pierna, y Viola la bajó, sus faldas cayendo entre ellos como un telón en el intermedio.

Viola respiró entrecortadamente.

—Porque no soy... del todo viuda, después de todo.

Piers alcanzó a ver las lágrimas en sus ojos mientras Viola huía, dejándolo con el aroma de su placer en las puntas de sus dedos y la certeza de que no volvería a acercarse a ella.

Jamás.

Veinticuatro



VIOLA

VIOLA SE LEVANTÓ las faldas y corrió por el pasillo de vuelta a la seguridad del salón de baile. La abuela estaría allí. Ella sabría cómo suavizar las cosas.

Las lágrimas le quemaban los ojos. *Has traicionado tus votos.*

No completamente, pero lo había deseado. Lo habría hecho si no hubiera huido. Allí mismo contra la puerta, con sus ornamentaciones talladas arañándole la espalda. Viola se habría entregado al tacto de Piers por la mera alegría de dejarse llevar. Estaba tan condenadamente cansada de fingir.

Unos pasos antes de que se hubiera estrellado a la vista del público, Viola se acordó de sí misma. Se detuvo y se arregló los rizos cuidadosamente peinados. Le faltaba uno de sus pendientes. No importaba. Solo era de pasta. Quizás se había soltado el broche. Era fácil conseguir un duplicado. Viola se quitó el otro, para evitar la apariencia de asimetría, y se deslizó en la sala siguiendo los pasos de un lacayo.

—¡Uf!

Desequilibrada en más de un sentido, Viola cedió el paso a la mujer más pequeña con la que accidentalmente había chocado.

—Señorita Lowry. Me disculpo por tropezar con usted en mi distracción —Viola apenas miró a la chica. En cambio, escaneó la sala en busca de su abuela. Necesitaba consuelo. Necesitaba a alguien que entendiera lo que acababa de hacer y no la condenara. Viola tenía más que suficiente autocensura hirviendo en su pecho. Quería irse, ahora.

No había otra opción que ir a Samuel y confesar. Podría perdonarla. Más probablemente, se mataría tratando de golpearla. Su autodesprecio era una bestia de las profundidades del océano, tragándola entera.

La americana se enderezó y se sacudió una mota de polvo invisible.

—¿Tienes prisa? —preguntó con su suave acento americano.

—No. ¿Has visto a mi abuela? —preguntó Viola, tragándose la tensión en su tono.

La señorita Lowry inclinó la barbilla hacia la sala de juegos.

—Creo que está desplumando al Almirante Saxon de su pensión en el Whist.

—Gracias —Viola recogió sus faldas y se dirigió hacia la sala de juegos tan rápido como se atrevió. Asintió a Lady Whitney, la anfitriona. La mirada helada de la mujer rebotó en ella cuando Piers apareció a la vista. Escaneó la sala, la vio y se dirigió hacia ella.

El corazón de Viola se le atascó en la garganta. No lo haría. Le había contado su secreto más oscuro. No expondría su vergüenza más profunda ante la sociedad londinense...

No lo haría. Es demasiado decente. Viola lo sabía en sus huesos.

—Señora. Si me acompaña tranquilamente.

Viola se detuvo en seco, las suelas de sus zapatillas de baile enjoradas deslizándose sobre la madera pulida. Una forma familiar de hombre de hombros anchos y rasgos toscos apareció al borde de su visión. Esposó una de sus manos carnosas alrededor de su brazo, sobre la piel expuesta justo por encima del borde de su guante y el vuelo de su manga adornada con trenzas doradas.

Reed.

Su tacto era áspero, como el resto de él. No como el de Piers. Su corazón dolía mientras el miedo la inundaba. Se echó hacia atrás pero no pudo liberarse del agarre de Reed.

—¿Qué hace usted aquí? —siseó Viola.

—Se la necesita para interrogarla. El broche de una dama fue robado esta noche, junto con un collar de esmeraldas y un reloj de bolsillo. Hay un testigo que dice que fue usted.

—No fui yo.

—¿Y cómo piensa probarlo, señora Cartwright?

Viola abrió la boca, luego la cerró.

—¡Espere! —exclamó—. Me falta un pendiente. ¿Y si me lo robaron?

La mandíbula de Reed trabajó. Levantó una ceja gruesa.

—Esto es mejor tratarlo en privado, ¿no cree?

—Yo... —Difícilmente podía negarse. *No, por todos los medios, expongamos esta sordidez ante todo Londres.* Lo único que no podía permitirse era un escándalo. Harper y Edward dependían de ella. La cooperación era su única opción, aunque Viola sabía muy bien que el otro extremo probablemente sería la soga del verdugo. Exhaló, luchando por la calma, y levantó la cara para memorizar la sala. Arriba, las arañas doradas brillaban como constelaciones de estrellas. La orquesta sonaba extrañamente discordante.

Por un solo momento, Viola era exquisitamente consciente del agarre de la mano de Reed en su brazo, el peso de su vestido, sus rizos fuertemente prendidos que valientemente habían mantenido su lugar a pesar del trato que habían recibido esta noche. Había una ligera humedad entre sus pechos, bajo sus brazos y en la parte baja de su espalda. La parte superior de sus muslos estaba pegajosa con los restos del deseo. Catalogó cada una de estas sensaciones, archivándolas para el futuro muy cercano, cuando la profundidad de sus experiencias se limitaría a encontrar el lugar más limpio para dormir y tratar de no respirar aire viciado.

Conocía bien la realidad de la vida en prisión. Samuel la había sobrevivido. Su pellejo obstinado y terco demasiado duro para morir.

Tú no te las arreglarás tan bien.

Matthew.

Viola cerró los ojos con fuerza.

—Por el bien de mi hijo, por favor. Déjeme encontrar a mi abuela y decírselo —suplicó. Pero era demasiado tarde.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñó Dalton. No le agarró el brazo como había hecho Reed. Piers volcó todo el poder de su título sobre Reed con el fruncimiento de su ceño.

Oh, tener tal poder. No es que ella supiera qué hacer con él si lo tuviera. La naturaleza de Viola era dura y combativa. Hasta hace unos meses, no había tenido el lujo de nada más. Su efímero vistazo de libertad de la pobreza y la necesidad estaba a punto de llegar a un final profundamente vergonzoso.

Vete, articuló en silencio a Dalton. Él la miró, leyó el mensaje en sus labios y lo ignoró,

acercándose a ellos con una tormenta gestándose en su apuesto rostro. La furia floreció en su pecho.

—He sido acusada de robo —declaró Viola cuando él se acercó. Interiormente, se estremeció. Este no era ni el momento ni el lugar, pero no pudo evitarlo. Piers quería ser su héroe. Por mucho que pensara que podía salvarla de lo que era, Viola conocía la verdad.

Todo lo que podía darle era dolor.

Una vez que Samuel muriera, nunca volvería a ser esposa. Viola había anhelado ser dueña de sí misma por completo, y no lo renunciaría de nuevo por nadie ni por nada. Ni por un título. Ni por un hombre. Ni siquiera por amor.

Dalton necesitaba más. Necesitaba una esposa y un heredero. Necesitaba una vizcondesa.

—Falso, estoy seguro —dijo Dalton arrastrando las palabras en su manera más elegantemente aristocrática. Como si esta investigación no fuera más que un inconveniente. Como si Reed pudiera ser espantado como una mosca por la cola de un caballo.

Viola estaba embriagada por la proximidad al poder.

—En efecto —interrumpió ella—. No es necesario que hablen de mí como si fuera invisible. Arréstenme si deben, señor Reed. No confieso nada, pues no he cometido ningún delito. Deseo saber quién es mi acusador. Quiero defensa legal. Y, además, solicito que me liberen bajo mi propia palabra. No huiré.

La boca cicatrizada de Reed se torció en una mueca burlona.

—Por supuesto que no lo harás, muchacha. No mientras tu marido yace moribundo en la casa de tu hermana.

El mundo entero de Viola se encogió en ese momento, contrayéndose a su alrededor, aplastando sus costillas con tal fuerza que no podía respirar.

—Déjelo fuera de esto —susurró, incapaz de enfrentar la mirada acusadora de Piers.

Reed sacudió la cabeza hacia Dalton.

—Él no lo sabía, ¿verdad?

—No todos los detalles. Está al tanto de que mi condición de viuda es cuestionable —Desde hacía tres minutos, pero técnicamente había confesado la verdad—. No tenía motivos para contárselo a Lord Dalton porque no hay nada entre nosotros —respondió Viola con serenidad. A su lado, Piers se estremeció.

—¿Es por eso que desaparecieron juntos por un pasillo oscuro? ¿Quizás su señoría está involucrado en la estafa? —desafió Reed a Piers por encima de su cabeza.

—No tengo idea de qué está hablando. No hay ninguna estafa. Nadie está involucrado en nada. Arréstenme o váyase, señor Reed —exigió Viola. La bravuconería era todo lo que le quedaba.

—Señora Cartwright, nos vamos.

—Iré con ustedes —insistió Piers.

Pobre hombre estúpido. Viola le lanzó una mirada fulminante.

—Vete a casa, Dalton. No puedes salvarme. Reed ya ha decidido. Todo lo que necesita es evidencia...

—¡Ay!

Un grito femenino sonó detrás de ellos. La señorita Lowry se arrodilló, delicadamente, y levantó su falda lo suficiente para revelar un tobillo esbelto y una zapatilla enjoyada. Bajo sus dedos había una pequeña joya brillante. Un pendiente que Viola reconoció.

—Lord Dalton, me he torcido el tobillo. ¿Podría solicitar su ayuda? —Los ojos oscuros de la señorita Lowry se desplazaron de Piers a Viola y a Reed, captando cada matiz. Viola entrecerró

los ojos. La señorita Lowry le devolvió la mirada desafiante.

Dalton, siendo el caballero que era, ofreció su brazo a la americana. Se levantaron al unísono. La señorita Lowry colocó una mano contra su chaleco y se sonrojó graciosamente.

—Mi lord, le debo mi agradecimiento.

—No ha sido nada, señorita Lowry —respondió él con rigidez.

—Me torcí el tobillo con esta baratija. —La señorita Lowry la mostró. En su palma yacía el pendiente perdido de Viola.

—¿Qué tiene que decir ahora sobre su pendiente perdido, señora Cartwright? —exigió Reed mientras la sacudía.

—Vámonos, señor Reed. Como usted dice, esta es una conversación que es mejor tener en privado. Piers... Lord Dalton. Por favor, si pudiera notificar a mi abuela dónde encontrarme. —Viola se envolvió en su dignidad hecha jirones como si fuera un sudario—. Deje que termine su partida de whist primero.

—Esto no es el final de esta noche, Viola —declaró Piers, como si pudiera ordenar un desenlace más de su agrado.

Pero algunas cosas estaban más allá de la salvación, incluso para un vizconde. Particularmente una adúltera y presunta ladrona.

No importaba que no fuera ninguna de las dos cosas. Viola podría ser ahorcada por sus transgresiones imaginarias, y no había nada que Piers, o nadie, pudiera hacer al respecto.

Se tragó un sollozo e intentó mantener un sentido de dignidad mientras Reed la sacaba marchando. En su interior, ardía de rabia por la injusticia de todo.

Matthew. ¿Qué le diría a su hijo, si alguna vez lo volvía a ver?

Samuel. La ira floreció en su pecho, abrasadora como si alguien hubiera encendido fuegos artificiales dentro de ella. Para salvarlo, había robado a su propia hermana. Para escapar de él, había traicionado sus votos. No por completo, pero lo suficientemente cerca. Viola saboreó la amargura.

Si no había sido ella, ¿quién había robado las joyas?

Venticinco



VIOLA

—SEÑORA CARTWRIGHT. Tiene una visita —el guardia mantuvo un tono cuidadosamente neutral—. Lady Landor está aquí para verla.

Una oleada de gratitud la inundó, dejándola débil de esperanza. No estaba sola. La abuela la ayudaría. Viola se apresuró tres pasos hacia adelante, pero se detuvo en seco al ver el rostro ceniciento de su abuela. Olía ligeramente a polvos y lavanda, a riqueza y comodidad. Se había cambiado el atuendo elegante de la noche y se había puesto un severo vestido gris de día adornado con trencilla negra, uno que la baronesa había adoptado durante unas semanas después de que el conde de Briarcliff falleciera, por respeto a la familia de su nieta.

La baronesa había elegido ropas de luto.

Las lágrimas temblaban en sus ojos azules, tan familiares como los de la propia Viola. El hielo rozó el cuello de Viola.

—¿Es cierto? —exigió la abuela, con la voz quebrada—. ¿Me utilizaste para acceder a Londres y poder robar joyas para pagar el tratamiento de tu marido?

—¡No! —jadeó Viola. Una cosa era escuchar las acusaciones de Bow Street de boca de los aterradores compañeros de Reed, pero era totalmente impactante oír las mentiras de labios de su abuela. Agarró los brazos de la baronesa. Viola se obligó a respirar antes de sacudir a la anciana.

—No mientas, niña. Eres tan mala como tu padre. Lo encontraron, ¿sabes? Viviendo, si se puede llamar así, en la casa sin terminar de tu propia hermana. ¿En qué estabas pensando? —terminó la baronesa con un siseo de ira—. Esconderlo allí. ¿Tienes idea de cuánto has herido a tu hermana?

—Samuel se está muriendo. Creía que ya estaba muerto. Nunca quise mentir, abuela. Tienes que creerme.

—Lady Gracie me dijo que no traerías más que escándalo y ruina al nombre de los Landor. Nunca esperé que fueras tan descuidada con la reputación de tu hermana. Dame una sola razón para volver a creer una palabra de tu mentirosa lengua, señora Cartwright. —La baronesa recogió sus faldas como jirones de dignidad. Las manos de Viola cayeron a sus costados. Su corazón dolía en su pecho, un dolor físico por la pérdida de la confianza de su abuela.

—Pensé... que si te lo decía, me echarías. Creí que pronto sería viuda. ¿Qué daño había en darle a mi marido un lugar seguro para morir? —Viola tragó saliva—. Cuando necesité dinero, se lo pedí a Harper. Nunca robé ni un centavo ni una joya. No sabría cómo hacerlo.

—Cuéntaselo al magistrado, señora Cartwright —espetó la baronesa—. Él sabe todo sobre cómo retiraste fondos del dinero para alfileres de tu hermana. Harper no tenía idea de cuánto

habías gastado. Robando a tu propia familia... —Su abuela se interrumpió, dolida—. De tal palo, tal astilla, ¿no? Has hecho más que llevarte unas cuantas joyas bonitas. Has robado mi buen nombre. De hecho, señora Cartwright, prácticamente has arruinado cualquier esperanza de que tu hermana pueda entrar en sociedad como una condesa respetada. Su pariente más cercana siempre será una vulgar ladrona de joyas.

La dama imperiosa le lanzó a Viola una mirada funesta como una maldición.

—Por esto cortamos lazos con tu madre. Sabíamos que tu padre vendría a nosotros por dinero cuando demostrara ser incapaz de mantener a una dama refinada. Me sorprende que el señor Cartwright no viniera acosándonos por oro cuando te casaste con él.

—Él quería hacerlo, pero yo lo detuve. No le permití contactarte, sin importar cuán desesperadas fueran nuestras vidas. —La amargura ahogó a Viola—. Si hubiera creído que me darías la bienvenida, ¿no crees que habría venido a Londres con Harper después de que nuestros padres murieran? ¡Tenía quince años! No sabía los planes que Samuel tenía para mí cuando me casé con él. Mi madre no le contó a nadie fuera de la familia sobre la conexión.

—Entonces, ¿cómo se enteró tu marido?

La boca de Viola se apretó en una línea firme mientras su corazón se rompía. Su padre había confiado en su amigo, quien había preguntado sobre los elegantes modales de su madre. Ese amigo le había contado a Samuel. Ella había estado sola, una niña huérfana con una hermana enmudecida por la tristeza. Al casarse con él, Viola había hecho lo mejor que sabía en circunstancias difíciles.

—Ya veo. Tu madre comenzó el descenso hacia la falta de respeto, y yo, tontamente, te he permitido continuarlo. Bueno, tengo suficiente consideración por el apellido Landor para hacer lo que debería haber hecho cuando tu desaliñada familia llegó a mi puerta.

—Abuela, no me abandones —suplicó Viola, su corazón latiendo erráticamente como si se estuviera partiendo en dos.

—Nunca vuelvas a llamarme por ese nombre, señora Cartwright. Te repudio. —La baronesa giró en un círculo apretado y, con la cabeza alta y la espalda tan recta como siempre, se marchó. La puerta de la celda se cerró con estrépito, dejando a Viola en la oscuridad.



PIERS

—No veo vías legales que seguir. Su dama fue atrapada con las manos en la masa robando en un baile y fue arrestada en el proceso de intentar encubrir su crimen. Tiene derecho a una defensa, pero con las pruebas, será difícil ganar su caso, y usted no tiene mucho tiempo para prepararse. ¿Cómo puede estar seguro de que la señora Cartwright es inocente?

Piers luchó contra el impulso de golpear el escritorio con el puño. Era un caballero, después de todo, no un tirano incivilizado. Pero una vez, solo una vez, deseaba poder quitarse el manto de la respetabilidad y abrirse paso por el mundo luchando con ambos puños. Sería mucho más gratificante que este interminable juego de ajedrez y jaque mate. Control.

—Porque, en el momento de la desaparición de la baratija, la señora Cartwright estaba conmigo. A solas, si entiende mi significado.

El abogado lo miró fijamente por encima de sus dedos entrelazados, hasta que Piers se sintió como un colegial travieso. —¿Es así?

—No en el sentido que parece creer. —Casi, pero no del todo. Viola había sido muy firme en

rechazarlo en cada paso, y ahora, Piers entendía por qué su anhelo estaba en guerra con su disposición. Lo único excelente sobre la reputación mercenaria de Bow Street era que sus servicios podían comprarse.

Dudó si contarle a Thomas Belden lo que había hecho, pero maldita sea, Piers necesitaba ayuda. —La dama y yo estábamos inmersos en una conversación privada, durante la cual reveló que su marido no estaba del todo en su pasado.

Pronto lo estaría, sin embargo. Después de una oleada de correspondencia con el conde de Briarcliff, se le permitió a Samuel Cartwright quedarse en la casa de la ciudad bajo vigilancia. El magistrado había ordenado, por consejo del médico y con el acuerdo de Briarcliff, que se mantuviera con vida el tiempo suficiente para servir como testigo.

—Mmm —respondió Thomas, claramente dudoso de su afirmación—. Permítame resumir lo que me ha pedido que haga por usted, Lord Dalton. ¿Quiere que presente una defensa para una mujer que ha mentido sobre ser viuda, que fue sorprendida robando dinero a su hermana, y a quien se le encontró el broche favorito de Lady Whitney, y con quien usted no está... perdóneme mi vulgaridad... fornicando?

Piers se removió como un colegial culpable.

—Maldita sea, Thomas. Fuimos amigos una vez. Sé que ella no cometió ningún delito.

—¿Cómo? —preguntó Thomas con la distante curiosidad propia de un abogado.

—Porque conozco su carácter. ¡Viola confesó la existencia de su marido en el mismo momento en que el verdadero ladrón la estaba inculcando por sus crímenes! —explicó.

—¿Qué le hace pensar que el ladrón es un hombre? —inquirió Thomas.

—Porque... Maldita sea, Thomas. Un crimen tan descarado requiere cierto grado de descaro. Entrar en los mejores bailes de Londres como invitado y robar joyas directamente de los cuerpos de la aristocracia adinerada requiere nervios de acero y dedos ágiles, sin mencionar una completa falta de remordimientos. El culpable debe estar dispuesto a mirar a una persona a los ojos y mentir lo suficientemente bien como para parecer inocente.

—Estos robos requirieron un engaño y una destreza descarados. ¿No le inclina eso a creer que el ladrón es una mujer? —preguntó Thomas con agudeza.

—Si es un hombre, no puede ser la señora Cartwright.

—Lo que significa, amigo mío, que debe albergar una sombra de duda sobre su amada.

—Ella no es mi amada —replicó Piers con rigidez.

—Ah. Qué lástima. Entonces, ¿por qué está tan decidido a limpiar su nombre?

¿Era esa una sonrisa burlona en el rostro de Belden? Thomas había juntado los dedos de nuevo. Piers decidió que el hábito estaba diseñado para parecer pensativo mientras se reía de sus clientes detrás de sus manos.

Piers arqueó una ceja de manera amenazante. Normalmente, el simple gesto doblegaba la voluntad de la gente. Thomas, sin embargo, se reclinó en su silla con una leve sonrisa burlona.

—Tu determinación de tener a la señora Cartwright como tu amante está nublando tu juicio, Piers —dijo Belden suavemente.

Piers cerró los puños alrededor de los extremos de los brazos de la silla. Su cuerpo estaba tan rígido y duro como el mueble. Nadie le creía, y nadie creería a Viola tampoco.

En el mejor de los casos, sería deportada. En el peor, la colgarían.

Una vez más, se sentía impotente para salvar a los que más amaba de la calamidad. Se levantó de la silla empujándose con ambas manos curvadas alrededor de los brazos.

—¿Adónde vas? —preguntó Thomas.

—A buscar un abogado que realmente pueda ayudarme.

—Siéntate, amigo mío. Hay un aspecto de este caso que me intriga. Las joyas desaparecidas incluían gemas falsas, ¿no es así?

—Sí, ¿qué hay con eso?

—Un ladrón de joyas experimentado sabría la diferencia entre piedras de imitación y gemas verdaderas incluso a simple vista. Podría entender uno o dos errores, pero casi la mitad de los objetos robados eran imitaciones. ¿Por qué?

Thomas Belden examinó el informe manuscrito que Piers había solicitado al magistrado. Trazó una línea con un dedo de punta roma manchado de tinta.

—Aquí. Mira la descripción del primer robo significativo. "Lady Graham notó que un colgante de rubí y una pulsera a juego habían desaparecido de su persona después de haber bailado con su marido. Los objetos son parte de un *parure* heredado de su bisabuela". También se robó una pulsera de oro con diamantes y zafiros perteneciente a Lady Margaret y un par de pendientes de pasta descritos como de poco valor. También había un puño de esmalte y piedras de imitación, más costoso que los pendientes, pero aún nada comparable con el premio mayor de la noche: un collar de perlas y diamantes. ¿Por qué un ladrón decidido se tomaría la molestia de quitarle un par de pendientes a una víctima desprevenida cuando la venta de las joyas mantendría cómodo a un ladrón durante un año, fácilmente?

La frente de Belden se arrugó bajo su cabello negro recortado, mejor para llevar una peluca al presentar argumentos en las cámaras, decidió Piers. Le sentaba bien a sus rasgos aguileños.

—No lo sé —replicó Piers con causticidad—. Como yo mismo no soy un ladrón.

—Yo tampoco lo soy, Dalton, pero una mirada superficial al patrón me hace pensar que hay más en esto que un simple hurto y empeño de joyas. Es como si alguien estuviera tratando de amasar simultáneamente una gran pila de dinero y despistar.

—¿Cómo ayuda esto a Viola? —exigió Piers.

—Puede que no lo haga. Sin embargo, si ella es verdaderamente inocente, el ladrón se alegrará de su arresto y quizás use la distracción para atacar de nuevo, pronto. Antes de las fiestas, es mi suposición. Queda tal vez otra semana de festividades antes de que la ciudad se vacíe para Navidad en el campo... para aquellos que pueden permitirse tal lujo, por supuesto.

—¿No te satisface el salario de un abogado, Belden? —se burló Piers. Se pasó una mano por el pelo, considerablemente más largo que el de su amigo. Tenía el lujo de mantener su melena como quisiera. Como cuarto hijo de un baronet, Thomas nunca había tenido muchas esperanzas de una herencia, y aunque su hermana se había casado con un caballero, era poco probable que alguien más en la familia lo hiciera tan bien.

—Estoy satisfecho con mi suerte. Yo también me uniré a mi hermana en Hampshire para las fiestas —respondió Thomas suavemente, con esa manera lacónica que había poseído mucho antes de estudiar derecho.

Era el turno de Piers de burlarse.

—Ningún hombre con ambiciones políticas como las tuyas debería describirse como "satisfecho".

—Eso es cierto —replicó Thomas Belden con suavidad, todavía hojeando los informes manuscritos del secretario del magistrado.

—Pagaré lo que sea —Piers odiaba suplicar. Preferiría arrastrarse desnudo por un campo de trigo recién segado y cortarse la piel en tiras con los tallos irregulares—. Lo que quieras. Encuentra una manera de salvar a la señora Cartwright de la prisión, o algo peor.

—Lo haría gratis.

Piers se puso rígido. Las crudas discusiones sobre dinero le dejaban un sabor en la boca

como el vino agrio.

—Eso no es necesario, Belden. Difícilmente estoy empobrecido.

—Yo tampoco. Tomaré el caso con una condición, Piers. Si se demuestra que tu amante es una ladrona, dejarás que reciba el castigo.

Thomas Belden lo atravesó con la mirada. Piers fue el que apartó la vista.

—Eso no sucederá.

Thomas levantó las manos exasperado.

—No puedes abordar esto con certeza sobre el resultado. En los ocho años que llevo haciendo este trabajo, he tenido clientes que creía culpables y resultaron ser inocentes, y los que parecían más inocentes demostraron ser capaces de los crímenes más viles imaginables. Empezaré este viaje contigo con una sola condición: que mantengas la mente abierta.

La mandíbula de Piers se tensó. Saboreó hierro y polvo. Con una lengua demasiado seca para formar palabras adecuadas, masculló:

—De acuerdo.

Thomas apoyó los nudillos sobre la superficie de su escritorio y bajó la cabeza.

—Supongo que eso tendrá que ser suficiente. Espero, amigo, que la señora Cartwright sea tan inocente como dices.

—Si no lo es, prometo que me apartaré —ofreció Piers de mala gana.

—Las pruebas en su contra, en esta acusación, son ciertamente condenatorias. El magistrado intentará pintarla como una mujer lo suficientemente insensible como para robar a su propia hermana. ¿Cómo es su relación?

—Cálida. Cercana. Lady Briarcliff delegó en su hermana la supervisión de las renovaciones de la casa de la ciudad. La casa original de los Briarcliff se quemó hasta los cimientos en otoño.

Un aleteo frenético de esperanza cobró vida en su pecho. El corsé de ansiedad que se había apretado alrededor de sus costillas se aflojó ligeramente.

—Lo recuerdo —Thomas examinó de nuevo el resumen de los cargos—. Si podemos probar que la hermana autorizó el dinero que tomó la señora Cartwright sin el conocimiento de su hermana, podremos socavar el argumento de que es tan insensible como para robar a su propia familia. ¿Qué hay de la abuela?

—La baronesa no sabía que el marido de Vio... de la señora Cartwright seguía vivo hasta esta semana. Nadie lo sabía. Me aventuro a decir que ni siquiera le confió a su hermana que existía la posibilidad de que no fuera viuda.

Tampoco se lo había confiado a él.

Ya no importaba si el engaño de Viola había nacido de la esperanza o de la necesidad. A Piers no le importaba por qué había mentido. Nunca había detectado un atisbo de felicidad en el tema del matrimonio de Viola. No había afectado su alegría al ver a Harper y Edward unidos. De hecho, había puesto todo su corazón en ayudarles. *No podía* haberlo hecho con fines mercenarios.

¿O sí?

La idea de que pudiera haberse enamorado de una embaucadora sacudió a Piers hasta la médula. Maldito Thomas Belden por plantar una semilla de duda en su jardín de certezas.

—Si es cierto, ese hecho no ayuda a nuestro argumento. Necesitamos encontrar un patrón. Mejor aún, al verdadero culpable. Debemos examinar minuciosamente cada informe de robo de joyas desde antes del regreso de la señora Cartwright a Londres. ¿Dijiste que fue hace solo dos semanas? —Thomas estaba garabateando notas ahora, su pluma rayando el pergamino.

—Más o menos, sí. ¿Dónde buscamos?

—Folletos, periódicos. Yo me encargaré de las denuncias judiciales. Bow Street sería de gran ayuda, si no estuviéramos trabajando en su contra.

—Qué curioso que menciones a los Runners —tosió Piers. Thomas le lanzó una mirada penetrante.

—¿Oh?

—Sí, bueno, he contratado a uno. Sobornado, creo que es el término adecuado. Confieso que no tengo práctica en estas cosas. Le pedí que vigilara a la señora Cartwright y que continuara con la investigación. Reed es su nombre. Nos proporcionará información según la solicitemos. Me aseguré de ello.

Belden asintió una vez con su mentón cuadrado.

—Bien hecho. Reed tiene buena reputación entre los Runners. No todos ellos son tan bien considerados.

El alivio inundó a Piers. Salvaría a Viola. Esta estratagema iba a funcionar. Nunca se lo admitiría a Thomas, pero no había forma de que creyera que ella era una ladrona. A pesar de sus medias verdades, Viola era la persona más sincera de corazón que jamás había conocido.

—Gracias, Thomas —humillado, Piers extendió su mano. Thomas la estrechó con media sonrisa.

—Agradécelo cuando haya exonerado a tu dama, si puedo. Ahora, ponte a trabajar. Si podemos, necesitamos conectar a este hábil carterista con un crimen cometido antes de la llegada de la señora Cartwright a Londres para arrojar dudas sobre la historia de Bow Street. Con las fiestas acercándose y los Woolryte presionando por una decisión, el magistrado estará ansioso por condenar. ¿Puedes convencer a la baronesa Landor para que nos apoye? Cuantas más voces tengamos hablando a favor de la inocencia de la señora Cartwright, más posibilidades tendremos de ralentizar el proceso.

La advertencia de Thomas disparó el pavor por los nervios de Piers como mercurio envenenando su sangre.

EL RELOJ de la repisa dio la una cuando Piers llegó a la residencia de los Landor. Esperó en el salón donde las cortinas estaban corridas. Aunque la corona fúnebre había sido retirada de la puerta principal, había un aire de luto en la casa.

—La señora Landor —anunció el lacayo. La pesada puerta tallada se abrió. Tap, tump. Tap, tump. La señora Landor entró, apoyándose pesadamente en un bastón de laca negra.

—Lord Dalton, ¿a qué debo el placer de su compañía esta tarde? —exigió.

—Señora. Se ve bien —mintió. La penumbra no podía ocultar sus ojos enrojecidos, ni las líneas que parecían haberse grabado en su rostro de la noche a la mañana. La baronesa había *envejecido*, su vitalidad agotada.

—Gracias —respondió con el aire represivo de quien sabe que le están mintiendo.

—Estoy aquí por su nieta, la señora Cartwright —comenzó Piers. Había preparado un discurso. Era muy bonito, en la línea de *ambos nos preocupamos por Viola, así que cooperemos para liberarla*.

—No tengo nieta.

La baronesa golpeó el suelo con su bastón para enfatizar. Mentalmente, Piers arrugó su discurso y lo arrojó por encima de su hombro.

—Usted tiene una nieta. Dos, de hecho. Una de ellas necesita desesperadamente nuestra ayuda conjunta.

—La señora Cartwright debería haber pensado en eso antes de robar mi dinero y manchar mi buen nombre. —La baronesa resopló—. Su hermana está decidida a apoyarla. Le sugiero que empiece por Lady Briarcliff.

—Ya he enviado una nota al conde y a su esposa —respondió Piers.

—Entonces no veo más necesidad de ocupar mi tiempo. —La dama se dio la vuelta—. Si me disculpa.

—Su señoría —continuó Piers con firmeza, pero la anciana no lo estaba escuchando.

—¿Todavía está usted aquí?

—Viola es su propia sangre. ¿Cómo puede dejarla encarcelada? —exigió. Si la baronesa quería una batalla, él se la daría. Cualquier cosa para verla luchar por la nieta que amaba. El dolor de la Baronesa Landor estaba escrito en las suaves arrugas de su rostro que se habían profundizado en los últimos días y en la pesadez de su paso. Aunque sospechaba que el bastón era una muleta que había adoptado, era como si necesitara el apoyo porque sus piernas habían sido metafóricamente cortadas bajo ella.

—No sabía que tenía la más mínima influencia en el asunto —respondió la baronesa—. Esa mujer se aprovechó de mi buen nombre para robar a mis amigos más queridos. Es lo opuesto al buen *ton*.

Piers juntó las manos detrás de la espalda y caminó. Sobre la chimenea, un hombre de rostro severo los miraba, serio y crítico.

—Todo lo que quería era permitir que su marido muriera con dignidad —declaró.

—No me importa si lo hizo por su cuenta o a petición de su despreciable marido. Viola me utilizó. Me robó a mí y a su hermana. Nada excusa eso. —La anciana miró el cuadro sobre la chimenea. Su expresión se endureció—. Su madre era de corazón blando y cabeza dura. Aunque Viola se parece a su padre, que Dios pudra su alma, es muy parecida a su madre. Testaruda. Intenté verla establecida con el Almirante Saxon. Su fuerza de carácter habría compensado la debilidad en la de ella, si se hubiera casado con él.

—Eso habría hecho a Viola una bígama —señaló Piers.

—Otra mentira —escupió la Baronesa Landor—. Le creí cuando afirmó ser viuda.

De nuevo, miró el cuadro.

—¿Es este el difunto Barón Landor? —preguntó Piers, siguiendo su mirada.

—Lo es. Él sabía lo que era el señor Forsythe, con sus modales encantadores. Conocía el carácter de nuestra hija. Insistió en que los abandonáramos después de que se fugaran. Pensé que era cruel, que deberíamos apoyarlos. Tuvimos una terrible discusión por ello. Pero él tenía razón, Lord Dalton. Mi marido veía con claridad las ambiciones del señor Forsythe. Durante más de treinta años, solo tuve la más vaga idea de lo que les sucedió a mi hija y sus hijos. Hasta el día en que Viola, Harper y Matthew llegaron a mi puerta, albergué dudas sobre la decisión de mi marido, pero la respeté. —La baronesa inhaló bruscamente—. Fui una tonta, Lord Dalton. Soy una anciana, y quería creer en las segundas oportunidades. Pensé que si podía perdonar a mis nietas, podría aliviar el dolor que he sentido durante estos muchos años sin mi hija. Y, por un tiempo, lo hizo. Descubrir que he sido engañada después de todo... —Se interrumpió—. Lord Dalton. No hay golpe más profundo que pudiera haber sufrido. Mi único propósito en esta tierra es ver a mi nieto bien ubicado en la escuela, y quizás, un nieto a través de Harper. Si me permite visitarla después de haber repudiado a su hermana.

El reloj avanzaba, los segundos pasaban.

—Ha sufrido mucho, mi señora —comenzó Piers. Los hombros de la anciana temblaron con un sollozo silencioso. Él caminó, sus pasos coincidiendo con el sonido del reloj mientras los últimos momentos de vida de Viola se escapaban—. Admito que mi angustia al descubrir que Viola seguía siendo la señora Cartwright de verdad, no solo de nombre, me enfureció. Tenía la intención de hacerla mi esposa.

La cabeza de la baronesa se levantó de golpe. Piers ahora tenía su atención.

—Sí. Quería casarme con ella. Sin embargo, me rechazó una y otra vez. No era a mi persona a lo que se oponía. Era su preocupación de que su marido pudiera no estar muerto después de todo.

—Ese canalla —siseó la baronesa—. ¿Sabía usted que se casó con Viola con la intención de aprovecharse de nuestra relación de sangre? Un hombre de cuarenta años, casándose con una niña de quince para poder extorsionar a su familia.

—¿Se le ha ocurrido que su marido se equivocó al cortar lazos con sus nietas? —exigió Piers—. Si su madre no se hubiera sentido tan desconectada de sus propios parientes, su hija quizás no se habría sentido obligada a casarse a una edad tan tierna, simplemente para proteger a su hermana. ¿Dónde estaban los adultos a los que podría haber recurrido?

La baronesa se puso pálida. Piers sabía que sus palabras herían, pero se negó a suavizarlas.

—Viola impidió que su esposo se pusiera en contacto con usted durante años. Luchó con uñas y dientes para protegerla de los planes de Samuel Cartwright, ¿y así es como se lo agradece? ¿Dejando que su nieta se pudra en prisión por un montón de sentimientos heridos?

La camisa de Piers se le pegaba a la parte baja de la espalda, húmeda por el esfuerzo de contener la emoción cruda. Sacó un cheque bancario y lo extendió.

—¿Qué es esto? —hipó la baronesa. De inmediato, Piers se arrepintió de su vehemencia. Había esperado no tener que recurrir al teatro, pero no estaba por encima de hacer su punto usando accesorios.

—Es un cheque bancario en blanco. Tómelo. Pídale a su secretario que sume el costo de la manutención de Viola y Matthew desde su llegada. Se lo reembolsaré, con intereses. Entonces, puede desheredarla. Pero tengo la intención de luchar por ella. Tanto usted como yo sabemos que Viola Cartwright no es una carterista. No le importan las joyas. Cuando necesitaba dinero, lo pedía, y tanto usted como Harper se lo daban. Aunque no fue honesta sobre las razones por las que lo necesitaba, Viola nunca robó un solo centavo.

La baronesa lo miró fijamente, luego al rectángulo en su mano. Él dejó el papel sobre la repisa de la chimenea.

—Piense en lo que le diría a su nieto, si Viola fuera ahorcada por un crimen que no cometió —concluyó Piers suavemente.

—¿Y si se demuestra que es culpable? —exigió la baronesa. Pero se había derrumbado, lentamente, en una silla. Su bastón descansaba contra el brazo.

—Entonces no me interpondré en el camino de la justicia. —Piers dejó de caminar—. Pero hasta ese momento, su nieta nos necesita.

La baronesa Landor se tensó como si la hubiera golpeado.

—Gracias por su tiempo. Buenos días, mi señora.

La baronesa se levantó de la silla con su bastón y se alejó rígidamente.

—Señora. Si me permite abordarla sobre un último punto.

Ella se detuvo. Pero no se volvió para mirarlo. —¿Sí?

—Necesito su garantía de que presionará por la clemencia ante el magistrado.

Por un largo momento lo dejó esperando, hasta que Piers comenzó a pensar que su visita había sido en vano.

—No hago promesas.

Esta vez, no tuvo el valor de detenerla mientras la baronesa con el corazón roto se alejaba de él. La duda se abrió paso en el corazón de Piers. Estaba enamorado de Viola. Era emocionante y aterrador porque no solo corría el riesgo de perderla, sino que no podía controlar el resultado de su caso. El riesgo de quedar como un tonto era alto, y tendría que vivir con las consecuencias junto con el dolor de corazón.

Oh, Viola. Qué daño habrás causado si realmente eres una ladrona.



VIOLA

El día se fundió con la noche sin una clara distinción. Viola esperaba. Cuando sus piernas y espalda dolían por sentarse en el duro banco de madera, caminaba. Intentó cantar, solo para sobresaltarse cuando un guardia malhumorado golpeó los barrotes de hierro de su puerta con un

juego de llaves. El sonido fue lo suficientemente fuerte como para hacer que le zumbaran los oídos.

—¡Deja ese ruido! —gritó, antes de que sus pasos se alejaran retumbando.

Siendo la criatura contradictoria que era, Viola continuó tarareando las palabras y la melodía en voz baja mientras caminaba. Recordó el cosquilleo de la barba de su padre contra su oreja y sonrió en la oscuridad.

Prácticamente cualquier día era más feliz que uno pasado en esta celda. Había usado un terrón de tierra para marcar la pared cuando le servían su comida diaria. Pan duro que era mejor no examinar demasiado de cerca en la tenue luz, no fuera a encontrar gorgojos. Un huevo. Un cuenco de caldo demasiado aguado e insípido para calificar como sopa.

En la esquina, su cubo apestaba.

Tres marcas. Tres días. Preferiría ir a la horca mañana que soportar mucho más de esto. ¿Cómo había aguantado Samuel tales condiciones durante seis años?

Porque tú hacías el viaje cada mes para traerle ropa limpia, un poco de carne y un libro nuevo.

Un día entero de viaje en diligencia, seguido de unas horas de recriminación y tensa obligación, y luego otro largo viaje de regreso a casa. Matthew se quedaba con los vecinos. Había sido solitario, pero había tenido un propósito y un grado de libertad no disponible para ella cuando su marido estaba presente.

Ahora, él no podía hacer el viaje para visitarla ni una sola vez. Estaba enfermo, pero había llegado a Londres. Seguramente, si quisiera, Sam podría cruzar la ciudad en un coche de alquiler para darle unas palabras de consuelo. Si no, podría escribir. El hombre sabía sus letras. En cambio, la única persona que había venido a verla desde la visita de su abuela había sido ese tal Thomas Belden, acribillándola a preguntas como si creyera que era la líder de una red de contrabando de joyas.

Incluso Piers la había abandonado.

Una astilla de traición se alojó en su pecho. Dolía pensar en su nombre. Se clavaba más profundo cada vez que pensaba en cómo había estado tan cerca de traicionar sus votos matrimoniales por un hombre en quien no se podía confiar. Realmente, tenía el peor gusto en hombres. Si la verdad salía a la luz, y de alguna manera escapaba del transporte o de la horca, Viola nunca volvería a atarse a un hombre.

El chirrido de las bisagras oxidadas de la celda la hizo girar.

—Venga conmigo, señora Cartwright. Lord Briarcliff está aquí para verla.

Se apresuró hacia la puerta, ansiosa por escapar de su jaula fría y fétida.

—No tan rápido —le advirtió el guardia, aunque el tono del hombre era menos gruñón que antes. Viola se obligó a ralentizar sus pasos. El guardia la condujo a una pequeña habitación con una gran ventana, una mesa y tres sillas. Podría ser la misma donde Reed y sus secuaces la habían interrogado al llegar. O donde ese horrible Belden había hecho lo mismo.

¿Cómo había llegado a creer que contratar a ese hombre terrible la ayudaría? Viola se regañó por ser tres veces tonta. Todo lo que había logrado era hacer llover calamidades sobre su hermosa nueva vida.

Por el momento, estaba sola y abrigada en una habitación limpia. El único inconveniente de esta mejora respecto a su celda era que se volvió agudamente consciente del hedor que se aferraba a su persona. La puerta se abrió de golpe y, antes de que Viola pudiera registrar al recién llegado, un hombre grande con chaqueta negra y chaleco azul la atacó con un abrazo.

—Uf, Edward, no debes, estoy completamente sucia —murmuró contra la chaqueta de su

pecho.

—Sé lo que se siente, Viola, y te sacaremos de aquí. Las cosas se están moviendo rápidamente, pero no puedo decir más que eso.

—¿Dónde está Harper? —Viola se liberó del abrazo de su cuñado y lo miró. Una sensación de consuelo la invadió. Edward, el único en su vida aparte de Sam, sabía exactamente cómo se sentía estar encarcelado, pues lo habían arrastrado de vuelta a Londres en una jaula real.

—Ella no puede venir, por razones que le corresponde a ella discutir contigo. Harper está desesperada por verte libre. Llegué ayer al mediodía y he estado quedándome con Lord Dalton, tratando de resolver esto.

—¿Lord Dalton? —preguntó ella—. ¿Te escuché bien?

—Sí. Se ha esforzado al máximo buscando una manera de liberarte.

—No lo creo.

Edward frunció el ceño. Su habitual estado de desaliño hacía difícil discernir cuán descompuesto estaba, pero Viola tuvo la impresión de que no se había cambiado ni dormido en días. Alguien se preocupaba lo suficiente por ella como para venir a visitarla, hasta ahora, sin repudiarla.

—¿Por qué no? —exigió Edward, sosteniéndola por los brazos.

—Porque pensé que todos me habían abandonado. —Vergonzosamente, un sollozo brotó. Viola se secó una lágrima—. Mi abuela estuvo aquí hace varios días. La baronesa no se anduvo con rodeos al decirme que estaba —sniff— desheredada.

—Escúchame. Se ha arrepentido de su decisión y ha dado marcha atrás, en parte gracias a la intervención de tu hermana. ¿Thomas Belden ha venido a verte ya?

—Estuvo aquí ayer.

—Bien. Él y Reed están trabajando estrechamente para descubrir el nombre del ladrón. Mañana por la mañana te presentarás ante el magistrado. He arreglado que limpien tu celda. Puedes quedarte aquí para lavarte y cambiarte de ropa. Hay comida en la cesta.

Viola miró hacia la mesa. Efectivamente, un gran canasto esperaba que descubriera sus delicias. Casi gimió. El conde se rio entre dientes.

—Hay un odre de agua y un cuenco para lavarse y otro para beber.

Pero Viola ya los había descubierto y mucho más.

—Mañana por la mañana, Viola, vamos a limpiar tu nombre.

Ella hizo una pausa al desempacar.

—¿Eso significa que han descubierto al verdadero ladrón?

—No. Pero lo estamos intentando. Tenemos una última idea que probar, pero si no funciona, tendremos que trabajar con lo que tenemos. —La mandíbula de Edward se tensó y pareció sombrío—. Los Woolryte están decididos a verte colgada. Tu hermana está igualmente decidida a verte libre. Nuestra mejor oportunidad es encontrar al verdadero ladrón, pero si no podemos, no nos daremos por vencidos.

Le besó la frente. Viola se apoyó en el abrazo de su cuñado. Había confiado a la persona que más amaba en el mundo —posiblemente exceptuando a su hijo, pero ¿quién forzaría una elección entre hermana e hijo?— a este hombre. La esperanza se alzó en su garganta, ahogando las palabras con un aluvión de lágrimas.

—Límpiate. Preséntate lo más calmada que puedas mañana. Descubrirás que tienes más aliados de los que jamás pensaste posible, querida hermana.

Y entonces, se fue.

Dejando a Viola con mucha agua fría, un pastel de carne y poco tiempo para lavarse y

cambiarse. Se requería la habilidad de un contorsionista para desabrochar su vestido y corsé, pero con esfuerzo, logró salir del arrugado vestido de terciopelo que había llevado desde la noche de su arresto. Se retiró a la esquina para lavarse el cuerpo con una camisa mojada, luego se deslizó en la limpia que su cuñado le había traído.

No estaba sola.

Viola se ató el corsé lo mejor que pudo y ató las medias limpias a las cintas. Luego se puso el vestido limpio proporcionado por Lord Briarcliff. Su hermana había elegido bien. Era de un gris sobrio con un toque de ornamento alrededor del cuello. La prenda susurraba dinero. Hablaba de contrición. Parecía poder.

Con él puesto, Viola se sintió invencible.

Con el estómago lleno, después de comer el pastel y envolverse en un cálido chal, un rayo de optimismo se filtró a través de las barreras de su corazón. No podía saber qué traería el mañana. Pero lo enfrentaría sabiendo que era amada.

Podía morir sabiendo eso.

SI UNO PUDIERA DISEÑAR una sala de audiencias para maximizar la intimidación, esta estaba bien pensada. Incómoda, Viola tomó su lugar en el estrado. No se le ofreció silla. Entrelazó sus manos y se mantuvo tan erguida como pudo frente al magistrado, con su peluca blanca, mientras golpeaba el mazo.

Thomas Belden, igualmente empelucado, se sentaba solo en una mesa. Su rostro era una máscara indescifrable.

—Señora Viola Cartwright, se le acusa de hurto mayor. Específicamente, de robar un peto de oro y turquesa, un brazalete de oro esmaltado y un reloj de bolsillo hecho a medida de gran valor personal. Los robos han tenido lugar en varios bailes de sociedad celebrados en diversos lugares, incluyendo la casa de los Woolryte el nueve de diciembre. Su presencia también fue notada bajo circunstancias sospechosas en una representación teatral en Drury Lane. Si es declarada culpable, el castigo por este crimen puede ser encarcelamiento, deportación o muerte. ¿Cómo se declara?

Viola tragó saliva y miró a Belden. Él asintió.

—Inocente, Su Señoría.

El secretario llamó al primer testigo. Lord Woolryte subió al estrado. Viola sintió bilis en la boca mientras él describía su persona, su presencia y sus razones para sospechar que ella había cometido el crimen.

—La señora Cartwright ha estado presente en el lugar de cada robo de esta temporada. Aunque no tenemos testigos directos de un robo, poseo una declaración de un testigo para probar aún más mi caso. Pido a mi abogado que lea una declaración presentada por la señora James.

Un hombre empelucado consultó con una mujer rubia sentada a su lado. —La señora James de Cheapside relata que vio a la acusada en el Teatro Real de Drury Lane, la noche del doce de diciembre, momentos después de que su valioso brazalete de oro fuera sustraído de su persona.

—¿Eso es todo? —exigió el magistrado.

—Llamo al señor Mackey, de Bow Street, para que testifique en nombre de Lord Woolryte.

Viola tragó saliva. Belden le había advertido que el mero hecho de ser acusada de un crimen la ponía en desventaja. La magnitud y el valor de los robos significaban que todos buscaban un chivo expiatorio, y ella era la víctima. No habría una hora en la picota por crímenes de esta magnitud.

—Señor Mackey, acérquese al estrado. —El magistrado lo miró desde arriba—. ¿Qué tiene que decir en cuanto a las pruebas, señor?

—Deseo presentar pruebas sobre el motivo, Su Señoría.

Era el mismo hombre que se había parado sobre el hombro de Reed, amenazándola mientras la retenían en Old Bailey.

—Proceda. —El juez hizo un gesto con la mano. Viola casi se rio, por puro pánico, al verlo. Aunque no había nada especialmente gracioso en ello, la excesiva cortesía de su gesto le pareció absurda.

Como lo era toda esta situación.

—La señora Cartwright se ha presentado como viuda desde que llegó a Londres, aprovechándose de la buena voluntad de su abuela e incluso llegando tan lejos como para entretener los afectos del Almirante Saxon, quien la cortejó con la expresa intención de hacerla su esposa. Si la unión hubiese procedido, la señora Cartwright habría cometido bigamia.

Viola cerró los ojos y levantó el rostro al cielo. Que el Señor la librara de ese almirante bufón. Afortunadamente, el magistrado poseía un mínimo de imparcialidad.

—Señor Mackey —interrumpió el hombre empelucado y togado—, ¿la señora Cartwright se comprometió en un matrimonio bígamo o no?

—No lo hizo. La señora Cartwright rechazó el cortejo del Almirante Saxon.

—Entonces no entiendo la relevancia de su declaración más allá de difamar el carácter de la señora Cartwright. Elimine el testimonio.

El rostro duro del señor Mackey se tornó sombrío. Le lanzó una mirada de puro odio. ¿Qué le había hecho ella a ese hombre? Viola entrecerró los ojos y sostuvo su mirada.

—Después de afirmar fraudulentamente ser viuda, la señora Cartwright pidió dinero a su abuela con el propósito declarado de comprar regalos y artículos diversos para su hijo. En su lugar, usó este dinero para alojarlo en la nueva casa de ciudad del Conde de Briarcliff, abusando así de la confianza de otro pariente.

Un murmullo recorrió la multitud al escuchar el nombre de su cuñado. El Lord Salvaje. Viola se mordió el labio. Había venido a Londres para ayudar a allanar el camino para ellos, y sin embargo, todo lo que había logrado era arrastrar el nombre de Briarcliff por el fango de las calles de Londres. Viola se movió en el estrado.

Sin embargo, Edward había venido a ayudarla de todos modos. Parecía convencido de su inocencia. La cálida gratitud era lo único que la mantenía en pie.

—No veo la relevancia para nuestro caso, señor Mackey. —El magistrado miró al hombre por encima de su larga nariz. Mackey tragó saliva visiblemente.

—Ella robó las joyas para mantener a su familia, señor.

—Gracias por dar su opinión, señor Mackey. ¿Hay alguna otra declaración que leer en apoyo de las acusaciones de Lord Woolryte? —No las había. El magistrado hizo un gesto a Belden para que procediera con su defensa.

—Su Señoría, ante el tribunal hoy se encuentra una mujer falsamente acusada de robo —comenzó—. Como mis estimados colegas han oído del señor Mackey, la señora Cartwright es, en efecto, una mujer casada, que se presentó como viuda, pues su marido se creía muerto desde hace tiempo. Ella lo creía fallecido y contrató al señor Reed de Bow Street para descubrir su paradero. Es una cuestión de mala suerte, no un crimen, que su marido estuviera demasiado enfermo tras su liberación de prisión para reunirse con su familia.

—¿Hay algún punto, señor Belden? —interrumpió el magistrado.

—La señora Cartwright nunca se propuso engañar a nadie. No tiene motivo. Puedo probar que la dama pidió el dinero a su abuela. Aunque ha tenido medios, también los han tenido la mitad de Londres. Vaya, yo mismo asistí al teatro esa noche. Tal vez yo sea el ladrón.

La sala rio.

—Además, llamo al señor Reed de Bow Street para que testifique sobre la probabilidad de que la señora Cartwright sea sospechosa.

¿Reed?

Viola parpadeó. Su corazón se hundió. El hombre podría condenarla con unas pocas palabras. Pero si Belden lo había llamado como testigo... una chispa de esperanza se encendió dentro de ella.

—Señor Reed, tengo entendido que la ola de robos comenzó antes de la llegada de la señora Cartwright a Londres, ¿no es así?

—Así lo creemos, señor.

—¿Puede ser más preciso sobre quiénes son "nosotros"?

—Hasta cierto punto, sí. Bow Street ha sido contratado de forma privada durante varios meses para investigar la desaparición de un valioso collar de oro de origen africano en una pequeña fiesta celebrada el pasado 22 de noviembre.

—¿Y cree usted que este robo está relacionado con la reciente ola de joyas desaparecidas de las mejores familias de Londres? —aclaró Belden.

Reed adoptó una postura paternal. En contraste con el mal humor de Mackey, la franqueza de Reed invitaba a la audiencia a darle credibilidad.

—No puedo hablar más sobre el caso, ya que involucra a una persona de rango superior a cualquiera en esta sala, incluido Lord Woolryte. Es mi opinión que la señora Cartwright simplemente tuvo la mala suerte de estar presente al mismo tiempo que el verdadero ladrón. El caso previo de hurto demuestra que ella no puede ser la autora, ya que la señora Cartwright llegó a Londres el 6 de diciembre.

Cuando terminó de hablar, Reed la miró y le guiñó un ojo.

Guiñar un ojo era una buena señal, ¿no? Viola apenas podía respirar.

—Esta es una cantidad extraordinaria de mala suerte para una sola mujer. Sin embargo, nos estamos retrasando y tenemos muchos casos que atender esta mañana. Pasemos a las deliberaciones.

Se produjo un murmullo y un silencio mientras los jurados conferenciaban. Viola juntó las manos frente a ella, suplicante. ¿Cómo se veía la inocencia? No como Matthew cuando intentó afirmar que no había sido él quien se había comido todo el pastel de carne siendo un niño pequeño, y lo tenía embarrado por toda su pequeña barbilla. No como Samuel, cuando lo atraparon engañando a alguien por unos pocos chelines e intentó mentir para salir del apuro.

Como Harper, que miraba al mundo y a las personas en él con amor y generosidad. Viola dejó que sus hombros se relajaran. Levantó la barbilla y miró directamente a los ojos de los jurados. Después de lo que pareció una eternidad, pero debieron ser unos pocos minutos como máximo, el magistrado consultó con el tribunal y anunció:

—Tenemos un veredicto.

Belden, Woolryte, Reed y Mackey empujaron sus sillas hacia atrás y se levantaron como un solo cuerpo.

—Señora Cartwright, se la declara inocente de los cargos presentados en su contra. Ordeno su liberación inmediata.

El mazo golpeó dos veces.

Viola lloró. Lágrimas sin control rodaron por sus mejillas. Se dejó caer de rodillas con alivio.

—Levántese, mujer —exigió Thomas Belden a su lado. La sala había estallado en una cacofonía de protestas. Lord Woolryte se inclinó sobre la balaustrada, con el rostro enrojecido mientras reprendía al desdichado Bow Street Runner que había golpeado la mesa frente a Viola

durante su interrogatorio. El hombre feo soportaba el abuso con los hombros caídos y una expresión cansada.

Viola apenas registró la escena. Pero la indignación que bullía a su alrededor tenía un tinte de peligro. El magistrado la miraba con furia, como si hubiera escapado de la justicia, no como si hubiera sido declarada inocente. Desorientada, Viola obedeció el tirón de Belden en su brazo. Con pasos temblorosos, cruzó el umbral de la sala del tribunal y se derrumbó en los brazos de Edward.

—Ven. Tu hijo te espera en el carruaje.

—Matthew. Gracias a Dios. —Sus piernas se afirmaron instantáneamente. Viola habría corrido hacia la salida si su camino no hubiera estado bloqueado por una falange de reporteros y espectadores decepcionados que esperaban una ejecución. *Su ejecución.*

Había sido algo tan cercano.

Los lacayos de Edward abrieron un camino. Un brazo cálido cayó sobre sus hombros, formando una barrera protectora.

—Mantente cerca —murmuró Piers—. Los Runners se están preparando para un motín.

—Oh, no.

El susurrado lamento de Viola fue tragado por el rugido de la multitud. La luz invernal del sol apuñaló sus ojos. Edward la flanqueaba mientras los dos hombres la empujaban hacia adelante. Seis pasos. Diez pasos. Alguien empujó a Edward, y él se apartó brevemente. El brazo de Piers se apretó alrededor de su cintura. Hubo un grito, un paso, y Viola apenas levantó sus faldas a tiempo para caer en el carruaje. Unas pequeñas manos rodearon sus antebrazos, y Viola se izó hasta el asiento.

—¡Mamá!

Matthew se aferró a ella como una lapa mientras Piers y Edward se apresuraban a entrar en el vehículo y cerraban la puerta de golpe.

—¡Cochero! —llamó Edward. Los hombres compartieron el asiento opuesto. Viola liberó un brazo del abrazo de Matthew para tomar la mano de su hermana mientras el carruaje se ponía en movimiento con una sacudida.

Se elevó un grito.

—Bastardos sedientos de sangre —murmuró Edward entre dientes.

—¿Iban a ahorcarte, verdad, mamá? —preguntó Matthew. Ella dominaría su terror, por el bien de él. Aunque su corazón latía con fuerza en su garganta, Viola lo abrazó y besó su cabeza.

—No. No lo iban a hacer porque yo no soy una ladrona.

Harper le apretó la mano. El carruaje se liberó de la multitud y los caballos aceleraron el paso.

—No puedo esperar a ver lo que dirán los titulares mañana —dijo Viola con ironía. La banda alrededor de sus costillas se aflojó mientras la seguridad se acercaba. Los últimos cuatro días parecían irreales, como una pesadilla de la que estaba empezando a despertar—. Supongo que no he hecho un muy buen trabajo restaurando el buen nombre de Briarcliff, ¿verdad?

—Vi, no bromees —suplicó Harper. Incluso en la oscuridad apretada del carruaje, Viola detectó una nueva línea de preocupación entre sus cejas—. Casi te pierdo. Todos lo hicimos.

Viola escaneó los rostros que más amaba en el mundo, su corazón rebosante de emoción. No tenía palabras. Una lágrima le hizo cosquillas en la mejilla.

—Imposible —se burló. Pero su intento de despreocupación fue desmentido por el temblor en su voz—. No se librarán de mí tan fácilmente.

Y entonces, bastante avergonzada, estaba llorando. Edward, como era típico, había olvidado

un pañuelo, y Harper estaba tan apretada contra la pared que no podía alcanzar su bolso. Piers, sin embargo, le ofreció un pañuelo. Viola lo aceptó agradecida. No hubo un delicado toquecito en las esquinas de sus ojos para ella, oh, no. Viola empapó la cosa en menos de un minuto.

—Has pasado por mucho estas últimas semanas. Sabemos lo de Samuel —dijo Harper cuando Viola recuperó el juicio lo suficiente para hablar.

—Fui a visitar a papá. ¿Sabías que estaba enfermo? —interrumpió Matthew. Sus pies inquietos se enredaron en la falda de Viola. Su pobre hijo. Si tan solo se quedara quieto el tiempo suficiente para dejarla consolarlo.

—Sí, cariño. Lo sé. ¿Fue una buena visita? ¿Llevaste mascarilla?

—La tía Harpy me obligó —hizo una mueca—. Aunque no me gustó.

—Es Lady Briarcliff para ti, jovencito, hasta que puedas hablar del nombre de tu tía con respeto —interrumpió Edward bruscamente.

—Está bien, Edward, deja al niño en paz —respondió Harper con suavidad.

Durante todo este tiempo, Piers la observaba con una mirada cálida como el azúcar quemado. Aunque aún desconocía su papel en salvarla de la destrucción, Viola sabía que él era el centro del esfuerzo.

Su héroe.

Le había pedido a Piers que no se sacrificara por ella, pero si no hubiera ignorado sus deseos, ahora podría estar muerta. *Estaría* muerta. Entre su condena y la enfermedad de Sam, Matthew podría haberse quedado huérfano esta Navidad.

Viola le debía la vida. Ya era hora de que dejara de huir.

Sin embargo, quedaba el asunto de su marido enfermo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Viola. Suponía que ahora no tenía hogar, ya que la baronesa Landor la había repudiado. Por eso se sorprendió cuando su hermana respondió—: A Landor House.

Viola le lanzó una mirada inquisitiva a Harper.

—Nuestra abuela ha tenido un cambio de corazón, gracias a la intervención de Lord Dalton.

—Por favor. Estamos entre amigos. Mi nombre es Piers, Lady Briarcliff —respondió Piers.

—Lo haré si prometes hacer lo mismo —dijo Harper, y luego se llevó el puño cerrado a los labios—. Detengan el carruaje.

—¡Oh!

Viola se estiró por delante de su hermana para abrir la ventana. Harper vomitó en la calle, en la muestra más impropia de una dama que Viola pudiera recordar haber visto.

—Teníamos la intención de esperar hasta que estuviéramos reunidos en Briarcliff para decírtelo —dijo Edward—. Pero parece que este es un momento tan bueno como cualquier otro. Harper está embarazada.

Su esposa retiró la cabeza de la ventana.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Viola.

—Sí, en teoría. En la práctica, nada menos que la perspectiva de ver a mi hermana por última vez podría haberme alejado de casa. El movimiento, el calor, el hambre, todo me enferma. Las náuseas duran todo el día —se quejó Harper.

—Es la peor parte, pero pasará en unas semanas. Harper, esta es una noticia increíble. Confieso que estoy desbordada y no puedo absorber más acontecimientos maravillosos hoy. Todo lo que quiero hacer es descansar. Supongo que esto significa que no necesito terminar la casa de la ciudad a tiempo para tu llegada en primavera —Viola apretó el hombro de su hijo y susurró—: Vas a tener un primo.

Matthew arrugó la nariz.

—Planeamos hacer algunas apariciones, pero no seremos anfitriones la próxima temporada. Puedes hacerla tan cómoda como quieras y vivir allí, si volver con la abuela resulta demasiado complicado ahora.

El corazón de Viola casi estalló de gratitud. —Gracias, Harper. Edward. Aprecio vuestra generosidad más de lo que puedo expresar. No podría pedir un mejor cuñado que tú.

Una vez más, Piers golpeó el pie incómodamente, como si se sintiera un intruso en esta acogedora escena familiar. *Desearía que fueras parte de esto, con toda su torpe y amorosa confusión.*

Ahora no era el momento de hablar con el corazón. Este no era el lugar.

Cuando el carruaje los dejó en la residencia Landor, Piers hizo una reverencia y se puso el sombrero.

—Le deseo un buen día, señora —dijo formalmente. El calor en sus ojos estaba apagado, cubierto por una tristeza que retorció aún más el maltrecho corazón de Viola. Sin embargo, agotada por su calvario, Viola no pudo pensar en nada que decir que pudiera mantenerlo a su lado.

—¿Te veremos en Navidad? —soltó Viola cuando Piers estaba a punto de alejarse.

—Lo dudo sinceramente.

—¿Por qué no? —exigió Edward. Se irguió en toda su imponente estatura. Vestido con el atuendo apropiado de un lord, resultaba intimidante. ¿Hacia solo unos meses que convencerlo de que se pusiera pantalones y una camisa regularmente era una tarea diaria? Harper había hecho maravillas con el hombre.

—Mi hermana, Gwendolyn, está sola en mi casa de campo. Se espera que me reúna con ella y con Emily.

—¿No puedes traerla a Briarcliff? —preguntó Harper, que se había recuperado de su ataque de náuseas.

La mirada de Piers se dirigió hacia ella. Viola abrió la boca, pero su corazón intentó saltar y correr hacia él. No salió nada. Él se puso rígido.

—Gracias, pero no quisiera imponerme, Harper.

Viola encontró su voz. —Por favor, ven. Sería un honor celebrar con tu familia, si Gwendolyn está en condiciones de hacer el viaje.

Aun así, él dudó.

—Le enviaré un aviso. Si lo deseas.

Viola se desplomó de alivio. —Por favor, ven. Me encantaría conocer a tu hermana.

—Por supuesto que lo deseamos, Piers. No podríamos haber ganado hoy sin ti —Harper aceptó el brazo de su marido y colocó una mano cuidadosa en el hombro de Piers—. Siempre tendrás un lugar con nosotros.

Detrás de ellos, la puerta principal de la casa se entreabrió. —Bueno, no se queden ahí fuera en el frío. Entren y cuéntenme cómo la salvaron.

La baronesa miró a Viola como si fuera un fantasma. Un aire de arrepentimiento melancólico envolvía su frágil cuerpo. Viola sintió la fugacidad del tiempo con cada latido de su sangre y cada bocanada de aire. Podía estar enojada y resentida, o podía elegir perdonar.

Viola decidió perdonar, no solo a su abuela, sino también a sí misma. Había sido obstinada y terca en su insistencia por encargarse de todos los asuntos familiares ella sola. Debería haber pedido ayuda. La frágil novedad de tener una familia que ofrecía apoyo, en lugar de exigírselo a ella, hacía que Viola se sintiera vulnerable y tímida.

—Entra —instó a Matthew—. Veamos cuántos pastelitos puedes comer antes de que la abuela te detenga.

Matthew le sonrió radiante y se dirigió al interior, seguido por su tía y su tío.

Dejándola a solas con Piers. Viola reunió los jirones de sus emociones e intentó convertirlos en pensamientos y palabras, pero nada salió exactamente como ella pretendía.

—No sé todo lo que ha hecho por mí esta última semana, Lord Dalton. Sé que le debo la vida. Me gustaría mucho que se uniera a nosotros durante las vacaciones.

Él cambió de postura y desvió la mirada.

—No me gustaría causar incomodidad entre usted y su esposo.

—No la habrá. El nuestro ha sido un matrimonio poco más que de nombre durante años y, dada su salud, no será un matrimonio de verdad por mucho más tiempo. Es posible que Sam no sobreviva al viaje, pero creo que sacarlo al campo le compraría tiempo y le haría sentir cuidado en un momento de gran sufrimiento. Cualquier ser humano merece al menos eso. Quiero esto por Matthew, ¿entiende? No por mí misma.

—Por supuesto —Piers hizo ademán de hablar, luego se sacudió el borde del sombrero con la punta de los dedos—. Haré los arreglos necesarios, señora Cartwright.

El hombre que había desempeñado un papel fundamental en salvarle la vida la estaba dejando ir, y por mucho que le doliera el corazón, Viola no podía, en buena conciencia, pedirle que volviera a su lado.

Veintiocho



PIERS

ESTABA A SALVO.

Se había ido, pero estaba a salvo.

Piers acarició el fleco de seda de las cortinas de su estudio. ¿Habría elegido Viola el satén o el brocado? ¿Importaba ya?

Su pecho se vació ante la idea de que quizás no.

—¿Estás bien, hermano?

La figura pálida y delgada de su hermana emergió de la oscuridad, envuelta en un halo de luz de velas. Como él, tenía el cabello y los ojos oscuros. A diferencia de él, la bata de Gwendolyn no podía ocultar su fragilidad. Donde Piers era robusto, el cuerpo de ella había sido devastado por la enfermedad y nunca se había recuperado del todo.

—No del todo —confesó. Gwen rara vez era su confidente, pues él raramente residía en su finca campestre. Gwen la gobernaba como una gentil señora mientras Piers permanecía principalmente en la ciudad. En verano, la visitaba durante las peores semanas de calor, pero por lo demás atendía asuntos políticos y de negocios. Cada vez que regresaba a Dalton Manor, Piers se sentía acosado por los recuerdos.

Pero allí estaba su hermana, a quien adoraba, así que iba de todos modos. Dalton Manor no estaba muy lejos de Londres. Debería ir más a menudo.

—Cuéntame —exigió suavemente. Gwen se acurrucó en un sillón de orejas, expectante.

—Nuestros padres deberían haberte llamado Mónica. La santa patrona de la paciencia —comentó Piers.

—No veo brandy en tu mano, aunque fuéramos dados a la religión papista —respondió Gwen con firmeza—. Que no lo somos. Así que cuéntame, hermano. ¿Qué te preocupa?

—¿Descuidé a Emilia?

La pregunta de Piers lo sorprendió. Había pensado en preguntar en términos generales qué le aconsejaría Gwen para cortejar a Viola. Pero su pregunta iba más allá. No podía amar a Viola sin reconocer lo que había salido terriblemente mal en su primer matrimonio.

Viola quería libertad. Era lo único que Piers no podía darle, porque significaba que su linaje no continuaría. Sus padres, sus hermanos, todos sus antepasados lo miraban ceñudos desde un pasillo lleno de retratos.

Consigue un hijo varón, cueste lo que cueste.

A Piers ya no le importaba lo que pensarán sus antepasados.

Lo que sí le importaba era Viola. Ella no era una yegua de cría, como tampoco él era un

semental puesto a cubrir.

Eran solo personas que se amaban. Era más de lo que le había dado a su primera esposa. De ahí su pregunta a Gwen, quien parecía tener dificultades para formar una respuesta.

Ya tenía su respuesta.

—Piers. Hiciste lo mejor que pudiste. Emilia esperaba mucho de ti. Sé que te esforzaste por hacerla feliz.

—¿Lo hice? —exigió Piers con dureza—. ¿O me conformé con dejar que ella intentara construir un puente entre nosotros sin darle apoyo?

Se ahogó. Gwen lo miró, pero no dijo nada. Desdobló las piernas de debajo de ella y se dirigió a su escritorio, donde sirvió dos dedos de brandy en dos vasos y le ofreció uno.

—¿Cuándo empezaste a beber? —exigió Piers.

—Cuando me apeteció, querido hermano. —Gwen sorbió su bebida ámbar sin pestañear. Se acomodó de nuevo en su sillón, con las piernas bajo el drapeado de su bata—. Desearía que me dejaras ir a Londres por un tiempo. Me gustaría vivir un poco, aunque signifique que muera antes.

—El médico dice que no. Entiendo que querías una presentación en sociedad. Pero ¿y si te resfriaras? Tus pulmones no están preparados para los rigores de Londres.

Gwen acunó su vaso entre sus dos manos de dedos largos.

—Todos morimos, Piers. Lo que importa es cómo vivimos.

Se sentó en silencio durante un largo rato, reflexionando sobre las palabras de Gwen. Por primera vez, Piers se dio cuenta de que el silencio con Viola era así: cómodo.

—¿Te gustaría conocerla? —preguntó, atragantándose con el líquido que le quemaba la garganta aunque no estuviera caliente.

—¿A la señora Cartwright? Por supuesto. Me encanta cualquier excusa para socializar. Tengo la oportunidad tan raramente. Lo sabes. —Gwen inclinó su vaso. Estaba medio vacío. La cabeza de Piers ya zumbaba. ¿Cómo podía su hermana tolerar beber más brandy que él?

—Nos han invitado a la finca Briarcliff para Navidad. Tú, yo, Emily y la señorita Townsend. Por supuesto, la señorita Townsend. —Frunció el ceño.

Gwen se rio entre dientes.

—No entiendo por qué te desagrada. Te adora.

—Idea horripilante.

—No seas cruel. —La risa de Gwen se apagó—. Sí. Me encantaría compartir la Navidad con tu nuevo amor y su familia.

Piers pensó en protestar, pero había verdad en la descripción de su hermana, así que no lo hizo. Se sentó con esa sensación por un momento. Su cálido ardor y dulce dolor no podían llenar el vasto vacío en su pecho al saber que Viola estaba con su familia.

Lo habían invitado a adentrarse en su mundo, pero lo que retenía a Piers era su propia culpa. Porque no había amado a Emilia, a pesar de su desesperada necesidad de ello. Piers había estado obsesionado con conseguir un heredero, lo más rápido posible, y el compañerismo había sido lo mejor que pudo ofrecerle a su primera esposa.

—Emilia te amaba —ofreció Gwen en el silencio, como si pudiera leer sus pensamientos—. Nunca tuve la sensación de que tú sintieras lo mismo.

Durante varios minutos, Piers no tuvo respuesta. Cuando volvió a hablar, su voz sonó desgarrada.

—¿Crees que es posible... que si hubiera cuidado mejor a Emilia... o se lo hubiera demostrado, estaría viva hoy?

Gwen se deslizó fuera de su sillón, un fantasma de cabello oscuro de futuros perdidos. Se inclinó y besó su frente.

—Piers. Emilia era joven y frágil. No había nada que pudieras haber hecho de manera diferente. No dejes que ella te impida amar mejor en el futuro. —Retrocedió, tan pálida como un fantasma en la penumbra—. Si la señora Cartwright te hace feliz, constrúyete un nido en lugar de una jaula. El título continuará si te permites ser feliz. Está diseñado para hacerlo, independientemente de tus sentimientos.

De que su hijo, si llegara a tener uno, fuera más que una perpetuación del linaje. En ese momento, entendió el fugaz y condenado intento de Viola por alcanzar la libertad.

No era su espíritu alegre lo que lo atraía hacia ella, porque debajo, Viola luchaba contra demonios tan duros como los suyos propios. Era su inquebrantable compromiso con su familia y su disposición a sacrificarse para lograr la felicidad, pues él había hecho lo mismo.

Estaba cansado de perseguir. La había dejado libre. ¿Volvería a él, con el tiempo?

¿Alguna vez?

Veintinueve



VIOLA

—¿ESTÁ usted cómodo, Sam? —preguntó Viola, aunque claramente no lo estaba. Sam se incorporó en el trineo, lo que provocó un ataque de tos. La nieve profunda significaba que necesitaban cambiar de caballos con frecuencia, pero el cielo despejado y el aire fresco le ayudaban a respirar. Detrás de ellos, la baronesa, Piers y Emily ocupaban un segundo vehículo. Siguiéndoles de cerca iba un tercer carruaje que llevaba a Gwendolyn y dos enfermeras: una para ella y otra para Samuel.

—Todo lo que puedo estar —susurró. La enfermedad había reducido su voz a un susurro ronco cuando podía respirar lo suficiente para hablar. Aturdido por el láudano, se tambaleaba al borde de la consciencia cuando estaba completamente despierto.

—Tengo un brebaje en mi bolsillo, cuando lo quiera —ofreció ella. El conductor azotó al caballo para que trotara mientras el aire frío le quemaba las mejillas.

—Más tarde. Viola, amor... ¿eres feliz con él?

—¿Te refieres a Piers? Sí, Sam. Mucho.

Viajaron en silencio durante un tiempo. Viola saboreó los copos de nieve y parpadeó para quitarse los cristales que se posaban en sus pestañas. La fría luz del sol invernal le quemaba los ojos cuando intentaba abrirllos completamente.

—No tenías que haber sido tan devota, Vi. —Tos—. Conmigo, quiero decir.

—Hice una promesa, Sam.

—Eras solo una niña.

Más tos. Las mantas del carruaje tendrían que ser quemadas. Si pudiera evitar que la infección de Sam se propagara a otra alma viviente, lo haría, sin importar lo que costara. Las vidas importaban más que la tela, por muy suntuosa que fuera.

—He honrado a mi esposo —dijo Viola cuando él se quedó en silencio—. En todos los aspectos, desde el día en que nos casamos.

—Eres una mujer más fuerte de lo que yo soy hombre —respondió Sam débilmente. A Viola se le cortó la respiración de tristeza. Su sacrificio no le había ganado fidelidad. Aunque conocía la verdad, aún le dolía escuchar su confesión en voz alta. La herida ardía con fuego purificador. Quemaba sus ilusiones.

—No he sido perfecta. Déjeme que él me besara.

—¿Eso es todo?

—No. —Inhaló—. Una vez, dejé que me tocara. Pero nada más, Sam. Fui más allá de lo que debería, pero al final, me detuve. No he sido, ni seré nunca, una adúltera.

—Me alegro de que hayas encontrado la felicidad con él. Nunca te merecí, Viola. Pero estoy malditamente contento de haberte tenido como esposa. —La emoción en la voz ronca de Sam le trajo lágrimas a los ojos. Viola parpadeó para alejarlas.

—Está bien, Sam. —Le apretó la mano—. Está bien.

—No, Viola. No lo está. —Tos. No había nada que hacer más que esperar—. Te libero de tus votos. ¿Me escuchas, mujer?

—Te escucho, Sam.

—No vas a aceptar mi palabra, ¿verdad?

—No, Sam.

—Te pondré una brida en la cara y te venderé al hombre, si eso es lo que hace falta. —Tosió de nuevo.

Viola reunió sus pensamientos en el momento que tardó en pasar.

—No harás tal cosa. Juré hasta que la muerte nos separe, y pienso cumplir esa promesa. Por el bien de Matthew, si no por el de nadie más. Ahora, quédate quieto y duerme. Nuestro hijo tiene razón. —Miró con cariño la cabeza oscura de su hijo, que se había quedado dormido a su lado.

Arrullada por el movimiento del trineo tirado por caballos, la prueba de su experiencia y la paz de la libertad, Viola cerró los ojos y se durmió.



En Navidad, después de compartir la cena y acostar a los niños, el conde y la condesa hicieron traer bandejas de vino caliente en platillos de plata. Viola sostenía el suyo con ambas manos y sorbía la cálida y dulce bebida especiada. El calor se extendió por su cuerpo y ahuyentó cualquier frío persistente del viaje o de su breve estancia en Old Bailey.

La suntuosa habitación llena de hermosos muebles y un tronco de Navidad crepitando en la gran chimenea ya no era un refugio. Por mucho que se hubiera alejado de la miserable granja que Sam había construido con sus propias manos, donde el viento silbaba a través de las grietas en las paredes y los sabañones se hinchaban y picaban, Viola no había encontrado un nuevo hogar en Londres. Briarcliff era un punto de paso en su solitario viaje hacia ninguna parte. Ella era una intrusa aquí, una invitada perpetua. En Londres podía desvanecerse en la ciudad.

Viola reunió su dignidad, besó a su hermana para desearle buenas noches y los dejó envueltos con su hermana y su cuñado. Trazó un camino sin saber a dónde iba, aunque su destino no la sorprendió cuando llegó.

—He venido a desearle a Samuel una feliz Navidad. ¿Está lo suficientemente bien para verme?

—Sí. —La enfermera se desenganchó la mascarilla. La habitación estaba fría por la ventana abierta, pero había un mango de una sartén llena de carbones calientes sobresaliendo de la colcha.

—Samuel.

Un gemido salió de la cama. Su marido jadeaba como un acordeón roto. Un escalofrío le recorrió la espalda. No faltaba mucho. Podría no pasar de esta noche.

—Vete... de aquí.

—Soy tu esposa, Sam. Me quedaré contigo.

—No eres mi esposa —tosió. Viola se estremeció ante el doloroso ruido—. Ya no. Te liberé.

—Sin embargo, sigo aquí. Legalmente, no tienes poder para anular nuestros votos. Ahora,

siéntate. Déjame ayudarte.

—"Cuando la ley no puede hacer justicia, que sea lícito que la ley no impida el agravio" —citó Samuel de *El rey Juan*—. ¿Crees que no recuerdo cuando le leías a Matthew? A... ella.

—Constance. —A Viola se le cortó la respiración en un sollozo entrecortado—. Nuestra hija. Di su nombre.

No lo hizo.

—Ojalá te hubiera dejado llamar al médico. Esta muerte es lo que merezco, por dejarla morir en tu pecho.

—No había esperanza, Sam. —El resentimiento de Viola estalló. Pero esta vez, cuando llegó a su punto álgido, la herida supurante en su corazón finalmente se abrió—. La fiebre era demasiado alta.

—Debería haber *intentado* —siseó Sam.

Viola le agarró la mano y cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas calientes se escaparon de todos modos. La pérdida de su hija había dejado cicatrices en ambos corazones, pero ahora todo lo que sentía era aceptación.

Esas tres palabras eran la verdad. No había habido esperanza.

Ella había culpado a Sam, y ambos habían sufrido. Durante años.

Un torrente de recuerdos la perturbó momentáneamente. Viola dejó que la inundaran, recogiendo uno a uno los jirones desperdigados.

Su descubrimiento de cómo Sam se había casado con ella en un intento de extorsionar a su abuela. Sus peleas cuando ella se negaba a cooperar para contactar a la baronesa. La calma relativa antes de que llegara Constance. Las peleas que vinieron después.

Viola los reunió en su mente, una bola de todo lo que la había convertido en lo que era ahora.

Esta noche, estaba preparada para dejarlo unirse a su hija. Para liberarlos a ambos.

—Te perdono, Samuel Cartwright. Por todo.

Quizás, con el tiempo, sanaría lo suficiente para encontrar de nuevo el camino hacia la maternidad. La posibilidad brillaba ante ella, un espejismo en la distancia.

Se inclinó hacia adelante y besó la frente de su marido. Estaba fría bajo sus labios.

—Enfermera —llamó mientras la calma descendía sobre ella. La mujer entró en la habitación como una sombra.

—¿Sí, señora?

—Se ha ido.

Había perdonado a su marido. La pregunta que quedaba era, ¿podría alguna vez perdonarse a sí misma?

Treinta
❧

PIERS

PIERS MIRABA FIJAMENTE la botella medio vacía frente a él. Había páginas esparcidas sobre la superficie de cuero de su escritorio.

Vergonzoso, en realidad.

Hacía rato que había mandado a su hija a la cama y se había encerrado en su dormitorio con una botella de brandy para intentar, de una vez por todas, sacarse a Viola de la cabeza.

El esfuerzo no iba bien.

En aquellas páginas dispersas estaban escritas variaciones de lo siguiente:

Viola, te amo, haría cualquier cosa por... Nunca me rendiré... Entiendo por qué no puedes...

Pero no lo entendía. No realmente. Ese era el problema. Su dolor era un monumento que él no podía mover, y la muerte de su marido solo lo aumentaría. Por lo tanto, Piers había pasado como sonámbulo por los preparativos navideños, y esta noche se estaba revolcando en su abatimiento como el chico melodramático que sus compañeros de escuela una vez habían atormentado sin piedad.

El golpe en su puerta fue engullido por el vacío de la habitación.

—Adelante —gritó Piers. Necesitaba compañía.

Viola se deslizó en la habitación como un fantasma con su vestido blanco.

—Me equivoqué —declaró, con los ojos brillando intensamente en la penumbra de su dormitorio.

Piers se puso de pie en un instante, inestable pero no borracho, a menos que se contara como intoxicación la repentina oleada de deseo que inundaba sus venas.

—¿Sobre qué? —exigió.

—Me equivoqué al pensar que no había esperanza para nosotros, Piers. Puede que no sea capaz de darte todo lo que quieres de mí, pero sería deshonesto conmigo misma si me contuviera de decirte lo que siento por ti.

—Vi —gimió él—. No puedo seguir oscilando entre la esperanza y la desesperación. Nuestro coqueteo fue divertido al principio, pero verte encarcelada por un crimen que no cometiste... Nunca me he sentido tan impotente en mi vida.

Se mantuvo firme. Piers la había perseguido durante demasiado tiempo. Necesitaba que Viola diera los últimos pasos. Ella voló hacia él, con los brazos abiertos y dispuestos.

Piers inclinó la cabeza y la besó con avidez. Ya no había más coqueteo entre ellos. Ni vacilación. Esta vez, no hubo contención.

—¿Por qué ahora? —exigió con voz ronca contra su mejilla.

—Estoy cansada de castigarme —susurró ella—. Empujarte a los brazos de Lady Margaret no funcionó, Piers. Jurar permanecer fiel a mi marido, sin importar el costo, casi me cuesta la vida.

—¿Se ha ido?

—Hace unas horas. Debo volver por la mañana, por Matthew. Estará devastado, pero tenía que decírtelo esta noche. Soy libre. Mi corazón es mío para entregarlo ahora. —Rozó un beso contra su boca—. Si aún me quieres.

Piers se apartó y la agarró por los hombros.

—Mi corazón es tuyo, Viola. La vida es demasiado frágil como para no tomar la alegría donde la encuentres. Y me encuentro más feliz contigo que con cualquier otra mujer en esta tierra.

—Pero ¿qué pasaría con el título si no... si no puedo...? —La angustia turbaba las profundidades de sus ojos. Piers la abrazó con fuerza y alisó sus mechones por la espalda mientras hablaba.

—Si alguna vez hubo una mujer que valiera el sacrificio de un título, Viola, esa eres tú. Tendré el vizcondado durante nuestra vida juntos. Seguramente, eso es suficiente. Emily no tendrá problemas para casarse bien, cuando llegue el momento. Matthew tendrá todas las ventajas en la vida.

Ella negó con la cabeza contra la seda de su bata.

—Es solo que tengo miedo.

—Vi. Si no tengo una condesa y un heredero, el mundo no se acabará. El título pasará a mi primo, cuando sea llamado de este mundo. Tú estarás provista. No tener un heredero es un riesgo que asumiré. Pero no arriesgaré la posibilidad de perderte de nuevo.

Reclamó su boca nuevamente mientras ella, con ingenuidad, deslizaba una mano bajo su camisa y chaleco. Su miembro se tensó hacia su deseo largamente negado. Ella presionó contra él. Aunque su conexión estaba amortiguada por capas de tela, la sangre caliente palpitaba a través de él. Viola sonrió contra sus labios.

—¿Ansioso, verdad? —bromeó. Esta vez, su ligereza era dulce y tierna, acariciándolo desde dentro y despertando emociones largamente reprimidas.

—Sí —gruñó él. Torpe por la necesidad, encontró el cierre de su vestido y lo aflojó. Piers jadeó ante la visión de sus pechos pesados con pezones oscuros que rogaban ser lamidos. Debajo del estrechamiento de su cintura, las caderas fuertes se ensanchaban sobre piernas esbeltas y musculosas. En el ápice de sus muslos yacía el parche oscuro de su deseo.

—¿Viajaste así? Mujer, vas a morir de frío —gimió.

—Confío en que me calentarás —Viola rió suavemente mientras retrocedía hacia la cama. La suave seda se deslizó por sus hombros, un pálido telón de fondo para el cabello oscuro que le caía hasta la cintura. Se subió a la cama y se arrodilló, mirándolo, con los ojos velados por el deseo y el labio inferior brillante por su beso.

Piers dejó que ella observara mientras él, sin prisa, deslizaba los botones a través de los ojales de su chaleco. Se lo aflojó y lo dejó caer al suelo. Repitió el proceso con su camisa, saboreando la forma en que Viola lo devoraba con la mirada. El puro placer de no tener que apresurarse, ni mantener un secreto, lo llevó justo al límite. Hizo una pausa y luchó por controlar su cuerpo.

—Ahora los pantalones, Piers. No me hagas esperar.

—Como desees, mi señora.

Por una vez, ella no protestó por el apelativo. Él se quitó los pantalones de una patada y se

dirigió a la cama en ropa interior.

—Parece que tienes ventaja sobre mí. —Viola jadeó cuando Piers la presionó contra la colcha—. Permíteme igualar la situación.

—En un momento —respondió él con pereza, apartando sus manos ansiosas de la cintura.

Piers mordisqueó su camino por la curva de su cuello. Viola suspiró debajo de él. Cuando se detuvo para trazar el hueco de su garganta con la lengua, ella jadeó. Cuando llegó a sus pezones tensos, ella agarró los mechones de su nuca en un desesperado forcejeo.

Él succionó una sensible protuberancia entre sus dientes. Viola se arqueó hacia arriba. Piers sonrió y ahuecó el otro pecho hasta formar un pico firme antes de prodigarle el mismo tratamiento. De un lado a otro. Saboreando. Provocando. Viola se retorció para encontrarse con él.

—¿No vas a... seguir adelante? —jadeó ella después de un rato.

—¿Tienes prisa? —exigió él.

—No. Es que... nunca he...

Piers apoyó su cuerpo sobre el de ella con los brazos a ambos lados de su cabeza. Viola lo miró con ojos grandes e inquisitivos. Ella enredó una pierna alrededor de su pantorrilla.

—¿No sabes lo que es el placer? —la instó él.

Viola hizo un sonido desdenoso. —No seas tonto. Sé lo que me gusta y puedo hacerlo yo misma. Nunca he estado con un hombre que...

Dudó de nuevo, reacia a hablar mal de su marido, o eso supuso Piers. Su corazón se encogió por la desolación de su vida. No era de extrañar que se aferrara a cualquier atisbo de placer o belleza que pudiera; hasta hace unos meses, su vida había sido de estoica fortaleza.

—Yo puedo. ¿Cuál es la cosa más traviesa que has deseado que te hiciera un hombre? —murmuró Piers en su cuello. Viola olía tan bien. Como ropa recién lavada y mujer lasciva.

—He soñado con ser besada.

—Nos hemos estado besando, amor —susurró mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Mechones de su cabello le hacían cosquillas en la cara. Si ella quería lo que él pensaba que estaba pidiendo, era un preludio. El miembro de Piers se puso duro como una roca.

—Me refiero a abajo.

—Mmm.

—Entre mis piernas, Piers.

—Te entendí, cariño.

Se tomó su tiempo, disfrutando completamente de cada estremecimiento y jadeo mientras buscaba los puntos sensibles alrededor de sus pechos —donde se detuvo un momento extra para torturarlos a ambos— y deslizó su lengua en el hueco de su ombligo. Las piernas de Viola se abrieron para él, revelando el rosa brillante de su sexo.

—Cariño, eres tan hermosa —dijo con voz ronca, trazando su contorno con la punta de un dedo. Viola se retorció.

—¿Estás ahí abajo para pintar un cuadro? —exigió con avidez, aunque Piers percibió su nervioso entusiasmo a través de la bravuconería.

—De cierta manera —se rio entre dientes.

Tocó con su lengua la perla en la punta de su sexo y lamió, tal como lo había hecho con sus pezones contraídos. Viola se retorció y agarró las sábanas. Lentamente, trazó un círculo alrededor del apretado capuchón, provocando un gemido.

Era todo el estímulo que necesitaba.

Piers deslizó un dedo en su húmedo pasaje. Viola le agarró el pelo como si quisiera

empujarlo contra su sexo.

—Estoy cerca —suplicó y ordenó a la vez.

Piers bombeó y succionó hasta que sus caderas se pusieron rígidas y un grito ahogado resonó por la habitación. Redujo la velocidad, pero no se detuvo hasta que los pulsos de su cuerpo se desvanecieron.

Con Viola satisfecha, al menos por el momento, Piers se levantó de la cama y se dirigió a su escritorio. Bebió un sorbo de su whisky, que complementaba muy bien el sabor de una mujer bien complacida. Distraídamente, buscó en el cajón un pequeño paquete de unos cinco centímetros cuadrados. Se lo mostró para que lo inspeccionara.

—¿Qué es esto?

Viola yacía apoyada sobre un brazo, radiante y espléndidamente sensual. Con su mano libre, dio vueltas al paquete entre sus dedos.

—Un preservativo.

—No puedo decir que haya dominado el francés, pero esto parece estar impreso en inglés, Piers. «Para la protección de los caballeros contra las molestias».

—Viola —se sentó en la cama junto a ella—. Si realmente no quieres tener hijos, usaré uno cada vez que hagamos el amor.

Ella desenvolvió el pequeño paquete. Salió una funda tubular. Le dio vueltas.

—Nunca había visto uno antes. Tengo mis propios medios de prevención. Una esponja —tomó su brandy y bebió un sorbo.

—¿La estás usando? —preguntó. Piers estaba familiarizado con el dispositivo.

—Por supuesto. No iba a dejar nada al azar cuando decidí venir aquí esta noche. Menos aún eso.

Le besó la nuca donde se curvaba hacia el hombro. —Me alegro de que estemos de acuerdo, amor.

—Al menos, por ahora.

Era suficiente. Tal vez no tuvieran mañana, ni la semana que viene, ni el mes que viene.

Piers le apartó el cabello de la cara y la miró profundamente a los ojos. —Viola. Lo digo en serio. He terminado de vivir mi vida como si le debiera más a un título sin vida que a las personas que amo.

—Tal vez cambie de opinión sobre tener un hijo —ofreció con duda—. O puede que la naturaleza se interponga en mis intenciones. Estoy dispuesta a llevar a tu hijo, si eso ocurre. Es solo que no creo que pueda soportar la pérdida de otro bebé.

—No tienes que explicarte. Pensé que nunca querría volver a tener una esposa, hasta que te conocí —le besó la frente. El viejo dolor se había suavizado, como una piedra afilada en un río. Siempre estaría con ella. Sin embargo, amar a Piers era el agua que desgastaba sus bordes.

Viola se relajó contra él. Con su mano libre, empujó el último trozo de ropa que le quedaba. Piers la ayudó a bajárselo por las caderas, rodando lo suficiente para quitárselo de una patada. Se puso el preservativo de tripa de cordero con cuidado y volvió a su lugar detrás de ella. Su dama suspiró de satisfacción cuando él le rodeó la cintura con un brazo y presionó contra su húmeda entrada.

Sus caderas se movieron, recibéndolo lentamente. Centímetro a centímetro sus cuerpos se hicieron uno. Un nuevo tipo de tensión vibró por su columna. El cuerpo dócil de Viola le dio la bienvenida. Con jadeos desesperados, ella lo llevó más cerca del límite, pero Piers se resistió. El impulso de agarrar sus caderas y embestir hasta que el placer lo dominara era abrumador, pero Piers lo mantuvo a raya.

—¿Por qué te contienes? —exigió.

—¿De qué? —Viola levantó la vista. Una sombra de culpa cruzó por sus facciones.

—De mí —aclaró—. De encontrar placer. No aceptaré nada menos que tu corazón entero, Viola.

—¿Me querrás si no puedo ser tu esposa? —preguntó suavemente.

—Viola. Sí. Te tomaré de cualquier manera que pueda tenerte. Sin etiquetas. Si necesitas libertad, la tendrás. Solo quiero lo que estés dispuesta a dar, sin reservas. Especialmente cuando estamos juntos así. Nunca te escondas de mí.

—Te amo, Piers —susurró y se hundió sobre él. Él le sujetó las caderas, pero era ella quien lo estaba llevando al límite—. No puedo imaginar a nadie más que tú... aah.

Se interrumpió a mitad de la frase cuando su cuerpo se tensó y se retorció sobre él. Piers embistió desde la cama. La visión de sus gloriosos pechos justo encima de su nariz era una que planeaba revivir a diario. Su tormenta lo alcanzó. Cuando Piers volvió en sí, Viola yacía medio desplomada sobre su pecho con la larga cortina de su cabello oscuro cayendo sobre su estómago. Estaban desnudos, juntos, por fin.

—Piers —Viola sonrió maliciosamente mientras trazaba un camino desde el hueco de su garganta, bajando por su esternón hasta el hoyuelo de su ombligo. Le hacía cosquillas.

—¿Sí, amor?

—Sobre la boda... Pregúntame de nuevo el año que viene —le guiñó un ojo—. Después de todo, el año nuevo llegará en unos días.

Piers rodó para inmovilizarla contra la cama. —Te lo preguntaré cada Navidad, durante el tiempo que sea necesario para convertirte en mi Lady Dalton.

—Entonces considera esto un sí.

Cubrió su boca con la suya. Viola sabía a especias y vino, a risa y ligereza, y a casi más amor del que su corazón podía soportar.

Piers sabía que estaba a la altura del desafío. Ambos lo estaban.

Epílogo

EL COMPARTIMENTO secreto en su escritorio se abrió con un giro y un clic. De él salió una bandeja forrada de terciopelo. Dentro de la estrecha bandeja yacía un collar de filigrana de oro de exquisito detalle.

La ladrona lo miró fijamente.

Sin palabras, con reverencia, lo levantó con sus largos dedos. Colgaba entre ellos como una telaraña, con un colgante de media luna del tamaño de su palma pesando en el centro.

Se colocó el ornamento alrededor del cuello, donde quedó suspendido entre sus pechos. El corpiño cruzado de su bata, aunque caro, valía una fracción del suntuoso collar.

Al oír un golpe en su puerta, la ladrona ocultó la joya bajo su ropa.

—¿Lady Margaret? —preguntó, entreabriendo la puerta.

—Hemos recibido una invitación —los ojos marrones de la joven brillaban como platos—. ¿Te lo puedes imaginar?

—Sí, me lo puedo imaginar fácilmente —respondió la ladrona con indulgencia. Esta chica simple era su boleto a la libertad. Podía permitirse ser tolerante, aunque a veces Lady Margaret ponía a prueba su paciencia.

—Es de un *duque*. Y lo que es más, está dirigida a ti —Lady Margaret agitó un sobre de algodón crema con bordes dorados a través de la rendija—. No me dejes esperando en el pasillo. Déjame entrar y la leeremos juntas.

El collar le quemaba la piel. Sin embargo, ella era la invitada. No tenía ningún control sobre esta joven desprevenida.

—Déjame leerla primero, mi lady. Prometo que compartiré las noticias.

El rostro de Margaret decayó. No obstante, la ladrona se la quitó de la mano y cerró la puerta en la cara de su anfitriona.

Estimada señorita Lowry:

Creo que tiene algo que me pertenece.

Está invitada a cenar mañana a las ocho para discutir los detalles de su devolución.

Cordialmente,

El Duque de Havencrest

Su corazón de estafadora latió con fuerza. ¿Con anticipación? ¿O con miedo?

—¿Qué es, Toni? —exigió Margaret a través de la puerta.

La mejor carterista de Londres elevó la mirada al cielo y suspiró. Qué modales tenía esa niña. Luego volvió a colocar el collar en su escondite y lo guardó bajo llave. —No es nada, Lady

Margaret. Una petición equivocada para una sirvienta. No voy a dignificar esto con una respuesta.

—Es de *un duque*.

Como si no lo supiera.

La señorita Antonia Lowry sabía que una invitación de un duque no debía ser ignorada. Por supuesto, la verdadera señorita Antonia Lowry no era una carterista. *Ella* se habría horrorizado al descubrir que una ladrona común había robado descaradamente su identidad y falsificado cartas de presentación para conseguir pasaje a Inglaterra.

A la seguridad.

Pero ella no era Antonia Lowry, y a ella —la ladrona— no le importaba un comino lo que quisiera un duque.

Sobre su escritorio había una variedad de gemas extraídas de engastes de metales preciosos. Diamantes más pequeños en cortes de mesa, apilados en una esquina. Esmeraldas de corte escalonado de una pulsera, cabujones de turquesa y perlas de tamaños graduados yacían en montones, una reluciente caja de tesoros de riqueza. En el centro, había un pequeño par de alicates, cortadores de alambre y una lupa de lapidario para trabajos de precisión. Un enredo de engastes de oro y plata esperaba ser fundido y vendido como chatarra.

Lo que necesitaba ahora era un perista. Sus fondos se estaban agotando, pero Toni estaba acostumbrada a no tener nada en absoluto. Se las arreglaría. El juicio de la señora Cartwright había sido algo arriesgado. Durante unos días, se había visto obligada a contemplar la posibilidad de ver a una mujer inocente ahorcada por sus crímenes. La ladrona aún no había decidido cómo evitaría que eso sucediera. Pero entonces, Bow Street había socavado su propia investigación y la señora Cartwright salió libre.

Por supuesto, eso la dejaba expuesta hasta que pudiera desvanecerse en otra identidad por completo. Pronto, la señorita Antonia Lowry compraría un boleto de vuelta a Nueva York, y se convertiría en otra persona. Una de calidad.

Una verdadera *princesa*.

—¡Abre la puerta, Antonia! —exigió Margaret.

Rápidamente, la ladrona bajó el escritorio y cerró el frente, ocultando su trabajo de la vista. Compuso sus facciones en una mueca de bienvenida indulgente y ligeramente irritada.

—¿Sí, mi lady?

—¿Enviarás tu aceptación?

—No. Lo contrario. Si me dejas un momento, compondré una breve nota expresando mis disculpas.

Todo el cuerpo de Margaret se tensó, y sus ojos se abrieron de par en par. —¿Rechazarías una invitación personal del Duque de Havencrest? ¿Sabes quién es?

—No —Toni hizo una pausa—. Ni me interesa saberlo. Ahora, si me disculpas.

Y cerró la puerta de su dormitorio en la cara de su entrometida anfitriona por segunda vez. Bueno, aquellos que insistían en meter las narices en los asuntos de los demás se arriesgaban a llevarse un golpe. Sería una buena lección para Margaret.

A solas, acarició la pesada invitación de papel del duque. Dos días antes de Navidad, y estaba completamente sola.

No. No iría. En su lugar, debía pasar las vacaciones haciendo planes para desaparecer. El tesoro en su escritorio tendría que ser suficiente para un nuevo comienzo. El único objeto que nunca vendería era el ornamento africano de media luna. La llamaba. Le susurraba historia y secretos.

Si eso era lo que buscaba el Duque de Havencrest, podía atragantarse con su elegante cena. Daría su vida antes que entregarlo.

Consigue un sensual epílogo extra con Piers y Viola:

<https://BookHip.com/FQWDDCZ>



¿Disfrutaste leyendo este libro? ¡Por favor, deja una reseña!

Nota de la autora

Para mí como lectora, el final de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen se encuentra entre las escenas más románticas de la literatura. Darcy, habiendo facilitado inadvertidamente el engaño de Wickham, se encarga de enmendar sus errores. Lo hace sin ninguna expectativa de ganarse la mano de Elizabeth. De hecho, su segunda propuesta de matrimonio es tan humilde como arrogante fue la primera: —*Mis sentimientos y deseos no han cambiado, pero una palabra suya me silenciará para siempre sobre este asunto.*

Todos los suspiros.

Darcy ha inspirado a muchos héroes en el romance, incluido Piers Ranleigh.

Con respecto a la escena del tribunal y Old Bailey, hay numerosos informes disponibles en línea que cubren juicios reales de la década de 1820. He intentado capturar la naturaleza caótica de estos juicios sin perder el drama narrativo del casi escape de Viola. Lo que está claro es que las protecciones contra condenas injustas que existen hoy en día no existían entonces. Antes de que se desarrollaran las técnicas modernas de investigación, los tribunales de Londres eran propensos a condenas erróneas. El ritmo acelerado de los juicios no ayudaba. Mientras que los abogados modernos a menudo se molestan cuando los escritores aceleran los plazos legales en su ficción, en el período georgiano en el que se desarrolla esta historia, los juicios eran asuntos apresurados que a menudo duraban menos de media hora. Puedes leer más sobre el proceso de juicio aquí:

Hasta donde sé, el Museo Británico no tuvo una biblioteca propiamente dicha hasta 1827, cuatro años después de que se desarrolla *El ascenso de Lady Dalton*. Fue construida para albergar la donación de 60.000 volúmenes pertenecientes a Jorge III, donados al museo en 1823, el año inmediatamente posterior a la historia de Viola. Puedes ver el plano original de Montagu House, Bloomsbury, donde se alojaba el Museo Británico original, en línea: La Biblioteca del Rey no estaba inicialmente destinada a ser una sala de lectura pública.

Hace muchos años, como bibliotecaria novata, tuve la oportunidad de catalogar una edición original de *Description de l'Égypte*. Los libros son extremadamente grandes y exquisitamente detallados. Puedes ver todos los 903 grabados detallados que asombraron a Viola, y a mí, de forma gratuita en línea a través de la Biblioteca Pública de Nueva York.

Agradecimientos

Estoy profundamente agradecida a Jackie Barbosa por su esencial retroalimentación sobre este manuscrito. A Silla Webb, ¡por sus servicios editoriales a menudo con plazos ajustados! Sin ustedes, la historia de Viola no existiría. Todos los errores son míos. Un agradecimiento especial a Sara Patten, sin cuya asistencia no hubiera podido producir esta historia.

A la familia Lomax: Michael, gracias por encargarte de la cena, los platos y la cocina cuando yo nos habría tenido a todos comiendo cereal en tazas para la cena en cada fecha límite. Te amo.

Sobre la autora

Carrie Lomax escribe novelas románticas contemporáneas e históricas con alto contenido erótico. Carrie fue finalista en el concurso Virginia Fool for Love de 2018 por su novela romántica histórica, *To Win a Wicked Widow*.

Después de una temporada enseñando inglés en Francia, se mudó a la ciudad de Nueva York durante 15 años, donde obtuvo un par de títulos de posgrado, un marido y una carrera como bibliotecaria. Vive en Maryland con dos lectores en ciernes y su héroe romántico de la vida real.

Libros de Carrie Lomax

Romance Histórico de la Regencia

Me gustan los duques grandes... (antología superventas de varios autores)

-El duque al que desafió

Novelas cortas de Cavalier Cove:

-El sinvergüenza secreto de la solterona

Serie completa de Escándalos de Londres

El lord salvaje (Escándalos de Londres Libro 1)

El ascenso de Lady Dalton (Escándalos de Londres Libro 2)

El lord perdido (Escándalos de Londres Libro 3)

El corazón robado del duque (Escándalos de Londres Libro 4)

Doce noches de escándalo

Doce noches de ruina

(Duetto)

Virtud y Vicio Serie de Romance Histórico Victoriano

Belladonna

Annalise

Rosalyn

Próximamente en la serie *Virtud y Vicio* (2024):

Cora

Isabelle

Rose

Jane

Series contemporáneas:

Di que te quedarás (Alyssa y Marc)

Di que me necesitas (Janelle y Trent)

Di "Sí, quiero" (Novela corta adicional: Boda en Fiyi)

Di que eres mío (Olivia y Ronan)

Romance de fantasía escrito como Joline Pearce:

Princesa caída

Caballero eterno

El ascenso de la reina

Trono carmesí

Visita para más detalles